

Z/ 13135 : 15, 725 (1926)

FRAY MOCHO



"FLOR DE LOTO"

N.º 725

16-3-1926.

ESTAS MARCAS

SON LAS
PREFERIDAS
PORQUE

proporcionan

CALIDAD - PRESENTACIÓN
Y
AHORRO POSTAL GRATUITO



**Señor Gerente de la
COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS**

Presente

Comunicamos a Vd. que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta el 31 de enero próximo pasado y desde el 1º de febrero hasta la fecha, los **BONOS DE AHORRO** y las **ORDENES DE DEPOSITOS** respectivamente, de esa Compañía presentados para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

Meses	CANTIDAD	IMPORTE
Diciembre/924 a Enero/926 -Bonos	25.213	\$ 181.925
Febrero/926 -Ordenes de Depósitos	663	" 4.845
TOTALES	25.876	\$ 186.770

Saluda a Vd. muy atentamente.

Buenos Aires, febrero 27

F. A. J.

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

CONTADURIA

AHORRO POSTAL

PRACTICAR EL AHORRO ES COMBATIR EL JUEGO, EL ALCOHOLISMO, EL LUJO, EL DESPILFARRO; ES DIGNIFICARSE ANTE SI MISMO Y ANTE LOS DEMÁS.

C. N. A. P.

25.876 PERSONAS

DISTRIBUIDAS EN TODA LA REPUBLICA

HAN SIDO AGRACIADAS

SEGUN EL DOCUMENTO ARRIBA REPRODUCIDO

CON LOS BONOS DE AHORRO

PARA DEPOSITAR EN LA

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

QUE OBSEQUIAN

SIN RECARGO DE PRECIO PARA EL CONSUMIDOR

LOS FOSFOROS "VICTORIA" y "75"

RECORDAMOS

que debe romperse en varias tiras el frente que lleva impresa la figurita para hallar la mancha reveladora de que el premio se encuentra en el frente opuesto, que lleva la Marca "VICTORIA" o "75". Sumérjase luego este frente en agua el tiempo necesario para que se despreque el Bono de Ahorro.

EN TOTAL
se han pagado

186.770

Pesos

AVISAMOS

que de ahora en adelante los Bonos de Ahorro deben remitirse por CERTIFICADO directamente a la COMPAÑIA, CALLE LIMA 239, BUENOS AIRES, a efecto de ser antes canjeados por una ORDEN DE DEPÓSITO para la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL.

FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 16 de marzo de 1926

Núm. 725

SOBRE EL RASTRO

POR MARTÍN GIL

Creo que para mi relato, no es del todo indispensable hacer saber al lector que ño Cecilio era el paisano más hediondo a chivato que he conocido en mi vida. Todo su cuerpo estaba penetrado de ese tufo acre y picante que despiden los corrales de cabras después que llueve y abre el sol. Pero pasemos por alto el olor del buen paisano.

Serían las dos de la mañana cuando nos despertamos sobresaltados por las sacudidas que alguien nos daba.

—¡Niños! ¡Niños! ¡Levanten! ¡Vengan! ¡Oigan!

Al mismo tiempo un fortísimo olor a chivato invadió la habitación. Crujieron los viejos catres de lona y mi primo y yo salimos casi juntos al patio, tambaleándonos, medio dormidos.

—¿Qué hay, ño Cecilio?

—¡El león en el potrero!—dijo en voz baja y trémula.—Cállense y atiendan—añadió.

Contuvimos la respiración, y abriendo boca y ojos, escuchamos.

A esa hora reinaba una quietud imponente. Una brisa suavísima rizaba apenas el follaje de los enormes nogales que rodeaban la casa, produciendo cierto susurro imperceptible. La naturaleza toda cantaba su gran romanza sin palabras: la canción del silencio. De pronto, hacia el lado del potrero se oyó un furioso resoplido, tropel y relinchos entrecortados, mezclándose a todo esto el tañido de un cencerro.

—Este bufido es de la mula castaña—dijo ño Cecilio—y cuando esa bufa, no es de vicio: ¡a la fija que anda el león!

Para estos casos, u otros parecidos, acostumbrábamos tener un par de caballos atados a sogas, así que ño Cecilio tardó menos en ensillarlos que nosotros en vestirnos. Los perros, maliciando de lo que se trataba, habían rodeado a los caballos, y cuando fuimos a montar, acompañados de la vieja carabina leonera, nos recibieron con una algazara infernal: saltos, ladridos, aullidos, hostezos, chicoteo de colas, palmoteo de orejas y estruendo de narices, al parecer obstruidas. Dimos el silbido de ordenanza para animar a la jauría, y nos dirigimos al potrero. No Cecilio se nos incorporó jinetizando el petiso zaino bichoco, al que había encontrado en la huerta comiendo duraznos.

Al llegar a la primera quebrada, percibimos un fuerte olor a menta y poleo, de lo que se deducía que por allí debió andar disparando la manada un momento antes. Y, efectivamente, detrás de un talar encontramos la manada del "moro" en actitud expectante: silenciosa, amontonada, apiñada como un racimo, del cual se destacaban, como puntas de lanzas, innumerables orejas. Los pobres animales nos miraban de cierto modo extraño; parecían querer decirnos que algo grave ocurría

muy cerca de allí. Solamente la mula castaña, inquieta y nerviosa trotaba en todas direcciones, resoplando por su nariz elástica y parando las orejas como cartuchos peludos. No habríamos andado cinco minutos, cuando los perros comenzaron a saltar y remolinear con el hocico pegado al suelo, hasta que concluyeron por amontonarse debajo de un algarrobo.

—Allí debe estar la presa—dijo el paisano.

Y los tres llegamos juntos hasta el

árbol, apáñndonos de un salto.

—¡Velai la potranca "rosía"—dijo ño Cecilio, agachándose hasta tocar el hulto que rodeaban los perros.—¡Pucha digo! ¡Tan luego a la "rosía"! ¿Por qué más bien no le halará metido uña a la "gatiata" lunanca?

El pobre hombre parecía ignorar que muchas veces la fealdad es el mejor baluarte.

El cadáver estaba aún caliente y presentaba varios tajos profundos que corrían desde las primeras costillas hasta



el anca. Pero a todo esto los perros, después de examinar rápidamente el caso concreto, habían desaparecido. Indudablemente, seguían el rastro del león, el cual, al sentirnos, debió abandonar la presa. Montamos, y sin movernos del sitio en que estábamos, con la boca llena de emoción y las manos húmedas y frías, esperamos el primer anuncio.

La mula castaña seguía bufando.

Un ladrido corto y seco llegó a nuestros oídos; después, una pausa; en seguida otro, y otro más... y ladraba toda la jauría.

—Doy la doble contra "sencio"—dijo ño Cecilio—a que van y lo empacan en el monte de quebrachos.—Y nos dirigimos hacia donde se iniciaba el ataque.

Los ladridos continuaban, pero cada vez más lejos. Había momentos de silencio completo, para después estallar un clamoreo indescriptible. El león, siguiendo su táctica, peleaba en retirada, engañando al enemigo con sus saltos y gambetas. Este animal procede como Lucifer al combatir; cuando lo llevan mal, cuando se ve apurado, se evapora, se hace humo, desconcertando al adversario más ducho.

El monte íbase volviendo cada vez más inaccesible. Había que hacer prodigios de esgrima con el cabo del talero para rechazar el ataque constante y tenaz del "garabato", ese arbusto de espina acerada y corva como uña felina, enemigo irreconciliable de la ropa y de la piel. Por fin, no pudiendo avanzar más, aseguramos los caballos y marchamos a pie.

Los ladridos se oían en un solo punto, y su intensidad no variaba; el enemigo, por lo tanto, estaba empacado y no muy lejos de nosotros.

En ese momento, las estrellas comenzaron a palidecer. Un suave resplandor amarillo-mate vislumbró al Este: venía el alba. La aurora, con sus dedos de nácar, principiaba a ejecutar su gran preludio en notas de luz. Arriba del horizonte, en lo alto, semejando una bandada de garzas rosa, flotaban en hilera preciosos "cirrus", esas nubecillas, verdaderas flores del aire.

Habíamos llegado hasta muy cerca de un matorral impenetrable, en donde se sentía hervir el enjambre de perros. Teníamos que hablar a gritos para entendernos, ¡de tal manera vociferaban esos bárbaros!

Nos arrastramos, se puede decir, unos cuantos metros más, y por entre el tupido matorral alcanzamos a distinguir los perros que, alrededor de un gran tronco de quebracho, se revolvían furiosos, ladrando en completo desconcierto, con sus ojos fijos hacia arriba y sus largas y ondulantes lenguas desplegadas. Algunos permanecían echados e inmóviles como en éxtasis, con los ojos llorosos y la boca abierta de par en par, acechando desesperada-

Caricaturas de Rojas



Señor Salvador Aversa, Director General de Tráfico de Buenos Aires.

mente; otros, llegaban hasta nosotros a toda prisa, y meneando la cola, nos largaban un lengüetazo, volviendo en seguida a sus puestos. La espesura del monte nos impedía ver lo que había en el árbol.

Nos apresuramos todo lo posible hasta quedar debajo mismo del quebracho, y no Cecilio, atando con su "arreador" los gajos que nos impedían ver, tiró con todas sus fuerzas, que no eran pocas. Entonces pudimos contemplar un hermoso cuadro: arriba, en un gajo más bien delgado del enorme quebracho, se balanceaba suavemente un espléndido "puma", el león de nuestras sierras. Su cuerpo elástico y de elegantes curvas, se destacaba soberbio en el fondo brillante y puro de un cielo azul. Su piel bronceada y lustrosa, reverberaba a los primeros rayos de un sol naciente. Parecía estar completamente tranquilo: miraba a los perros como a verdaderos "perros", con olímpico desprecio. En su cara redonda y sin expresión, fulguraban dos grandes ojos anaranjados y cristalinos como discos de ámbar. ¿Cuánto hubiera dado un aficionado a la fotografía por encontrarse allí con su máquina?

El cuadro valía la pena, indudablemente. Pero no Cecilio entendía muy poco de estética, y casi de mal modo nos dijo:

—¡Ideal! ¿Qué hacen que no le maten? ¿Hasta qué hora quieren que esté cinchando?

Cuando sonaron los dos "tic" de la carabina al ser montada y mi primo apuntó, callaron de golpe todos los perros, escondieron sus lenguas y quedaron inmóviles. La expectativa era solemne. Habíamos convenido en herirlo levemente para no dejarlo indefenso.

—¡A las patas de atrás!—dijo el tirador, y un estampido de carabina remington repercutió de quebrada en quebrada.

Cuando con nuestros sombreros hubimos disipado la nube de humo que nos envolvía, pudimos ver al león abrazado al mismo gajo en donde un momento antes estuviera de pie. Pero la situación era insostenible, porque todo su cuerpo pendía y oscilaba, y por más gruesos que fueran sus puños, no podía resistir mucho tiempo. El pobre animal miraba en todas direcciones, buscando dónde largarse sin caer sobre algún enemigo. Por fin se desplomó, quebrando gajos y apretando perros. En el primer momento no vimos más que un enorme ovillo o madeja móvil, compuesto de patas, colas, cabezas y bocas dentadas. Una gritería infernal llenaba los aires.

Nos aproximamos y no sin trabajo pudimos distinguir a la víctima que, tirada de espaldas, y prendida con uñas y dientes, formaba el núcleo central del gran pelotón vivo. El león, al vernos, debió hacer un esfuerzo supremo, porque de pronto el ovillo se dilató, abriéndose como una ola; los perros remolinearon, y surgió el león hecho un arco, todo erizado como un cepillo enorme, y echando chispas por los ojos.

—¡Ese es gaucha y medio!—dijo no Cecilio.— ¡Oiganle a esa maula!

El león ocupaba el centro de un gran círculo canino. Entre la jauría había un perro notable por su valor, fuerza y destreza; lo que sí, necesitaba ser animado.

Entonces, tocándole el lomo, dímosle la orden de ataque:

—¡Vamos, fiato!—Y se arrojó ciego sobre el felino. Este lo recibió con sus grandes garras abiertas como un par de rosas siniestras, las que fueron a incrustarse en los flancos del perro; pero las mandíbulas del "fiato", hacien-

do las veces de tenazas dentadas, oprimían la garganta del enemigo con mortal insistencia.

El ejemplo es contagioso; todos los perros atacaron resueltamente, y en algunos minutos de lucha encarnizada y feroz, el terror de las manadas y majadas, el gran dañino, la pesadilla de esa pobre gente que se mira como en un espejo en sus cuatro potrillos y sus cabras, entregó su vida, combatiendo como un héroe.

La luz de un sol radiante se derramaba a torrentes sobre montes y que-

bradas. Las lomas de talco brillaban alegremente, como odaliscas cubiertas de lentejuelas: parecía que ardían. Las majadas de cabras recién libertadas del corral, trepaban las alturas casi al trote, desparramándose por las laderas como puñados de confines, mientras que arriba, en el espacio sin límites, un enjambre de cóndores con sus grandes alas extendidas y rígidas, dibujaban majestuosamente interminables espirales, buscando como al descuido, con sus sangrientas pupilas, el tierno cadáver de la potranca rosilla.

Príncipe del bosque

Todas las mañanas vienes a mi patio saltarín y alegre, pájaro cantor, como si quisieras decirme: ¡ya el día se está engalanando con la luz del sol, levanta, que vuelvan tus radiosos sueños... ¡Como yo, poeta, brinda tu canción!

Todas las mañanas posas en la tapia, o rondas las ramas del naranjo en flor; época no tienes para dar tu canto y te es indistinta cualquier estación! Igual que los bardos soñadores, cantas en cualquier momento... Que tu dulce voz lo mismo en verano como en el invierno le trae a mi patio tu salutación.

Saltarín y alegre príncipe del bosque, pájaro cantor, ¿por qué no retornan, como tú, las muertas horas, las que el tiempo por siempre llevó?, ¿por qué ya no canta, como en otros días, el pájaro ciego de mi corazón?

Francisco D. Titilba

El paso por la línea equinoccial

Por FRANCISCO SERRA SERRA

La costumbre de celebrar en los barcos el paso por la línea divisoria entre uno y otro hemisferios, es muy antigua, tanto quizá como la navegación a América.

Actualmente, la navegación transatlántica, con sus lujosos vapores de miles de toneladas, verdaderas ciudades flotantes, ha substituido las tradicionales fiestas de principios del pasado siglo, por bailes en sus halls de lujo, sesiones de cine para el pasaje de tercera y banquetes por demás suntuosos.

Todo es espléndidez, jolgorio, alegría; pero no deja de ser una de tantas fiestas conocidas cuya única atracción es el de gozarlas sobre un suelo móvil.

En el primer tercio del siglo XX, en la navegación española surtía los mercados del Nuevo Mundo por medio de un sinnúmero de barquichue-

los no mucho mayores que los en que Cristóbal Colón realizó sus descubrimientos, era cuando en la noche del corte del Ecuador se presentaba forzosamente "El Rey de los Mares" a cobrar sus derechos.

La comedia se representaba del modo siguiente: Al punto de la medianoche unas lucecitas en la perilla del palo mayor y unos chillidos que semejaban aullar de bichos raros, despertaban a la guardia franca y azoraban a los de turno.

Formaban todos a popa, y el capitán, vistiendo levita y sombrero de copa, aguardaba impávido la llegada del poderoso Rey de los Mares, amo y señor de rayos y tormentas.

Callaban los chillidos; rugían unas cadenas... Sin duda, era presagio de malos tiempos.

Rato de espera. En seguida, cohetes y bengalas; algunas veces, mu-

sica, si había algún tripulante filarmónico. Tal escena representaba calma, buen tiempo.

Mientras, de abajo, desde la toldilla de popa, reunidos todos, oficialidad, marinería y pasaje—que en aquellos tiempos no hay que decir que también se llevaba y traía, aunque en pequeña escala,—miraban a lo alto del palo con tanta curiosidad como si realmente el aparecido fuera el Soberano de las Aguas amargas.

De pronto repercutía, cavernosa en la noche, una voz:

—¡Oh, del navío...!

—¿Qué dirá?

Aunque poco substanciosa, era ésta la respuesta obligada del capitán.

—¿De dónde viene y adónde va?

—Vengo de Barcelona y voy al Plata.

—¿Travesía?

—Treinta y dos días.

—¿Trae pasaje?

—Cinco en total.

—Prepárenme el tributo del paso.

Sonando en un galimatías cadenas, músicas y silbidos, alumbrado por cohetes, bengalas y luces, el Rey de los Mares, cual diestro saltimbanqui, de un salto se agarraba a una burda y por ella se arriaba a la cubierta con más ligereza que un mono.

Se apagaba la iluminación por un momento, y cuando se presentaba el Rey a la vista del capitán, iba precedido de dos pajes, que sostenían desmesurada bandeja.

El Soberano vestía de tan raro modo y de tan chillones colores, que además de causar risa, ofendían a los sentidos de la vista y del gusto. Llevaba caperuza estilo "Ku-Kux", y la larga cola de su capa recordaba al rey de bastos. Lengua barba de color rojo y bigote cuyas puntas tendrían un par de palmos, desfiguraban por completo su cara. Sus satélites hacían parejas con él, respecto a indumentaria.

El capitán, después de darle la bienvenida y de pedirle protección y buenos tiempos, hacía las presentaciones:

—Mi tripulación... Los pasajeros Fulano, Zutano, Mengano...

Seguidamente los pajes presentaban su bandeja al jefe de la nave, el cual, ceremoniosamente, dejaba caer una onza de oro.

El paje se veía forzado a echar análoga o parecida gratificación si la fortaleza de sus bolsillos lo permitía.

En la cámara se descorchaban unas botellas de vino generoso y comían galletas y dulces que el cocinero preparaba la tarde anterior. Aquella noche se reunían todos en fraternal intimidad y hasta las guardias se reducían a los más precisos para seguir luego más horas de baioteo y jolgorio, que dulcificaban la monotonía y zozobras de su azarosa vida.

Y el dinero recaudado era gratificación que, en concepto de estímulo a su buen comportamiento, regalaban capitán, oficialidad y pasaje a los pobres y sufridos cocineros.

De esta manera celebraban el paso por la línea equinoccial los barcos españoles—principalmente los de Levante—hasta poco antes de finalizar el siglo anterior.

Tal costumbre se fue perdiendo con las evoluciones de la navegación, y hoy día, aunque se sigue celebrando, se hace en la forma vulgar anotada primeramente y que todo el mundo conoce.





—¿Dígame, señor, está el jués corresional?
—Está en audiencia con el fiscal y el defensor de pobres.
—¿Entonces no se le puede ver?
—Si lo quiere ver, mírelo por esta hendija.
—No; yo quisiera hablar con él, porque, amigo, me ha pasao una desgrasia con m'hija, que es esta muchacha que traigo aquí, una desgrasia que le puede suseder a usted también si tiene hijas mujeres.

—Tengo una, pero es muy chica tuavía.
—Esta tiene diez y ocho años, ya la ve. ¿No es fea, no es sierto? Bueno, yo no he sido mal paresido tampoco. Pues con esa carita e sonsa, empesó a dejarse querer con un guarda el Metropolitano. Ella sale a su madre, sabe.
—¿A la de ella?
—Sí, señor, a mi mujer, que tiene un modito engañador como monja pedigüeña y una manera e mirar que no le digo nada. Yo no anduve más que tres meses de novio, porque me empesé a poner flaco y me entró tirisia en un ojo; entonces los padres de ella, antes que se me pusiera el otro ojo amarillo, era mejor la seremonia. En la iglesia hay más respeto, porque los santos parecen que lo aconsejan a uno a ser güeno; el cura, vestido con el chapiao dorao..., créame amigo, que aunque usted dentre muy entero, sale de allí abatafao. Bueno, pues, como le iba disiendo, m'hija ha sacao todo lo de la madre: el modito, la mirada y hasta el modo de andar, y con ese bagaje e cualida-

Páginas olvidadas Deslinde de jurisdicción

Por NEMESIO TREJO

des me lo enganchó al guarda en una pasada el eléctrico.
—¿Y lo echó abajo?
—No, señor, él se bajó solo. Empesó primero a ronsiar la mansana como mula e noria; después se paró en la esquina como poste e correo y empesó a escurrirse como en palo jabonao y ahora en cuanto me descuide, me va a demandar por desalojo.
—¿Y usted viene a demandarlo por violación de domicilio?
—Yo no sé si será ese el término que hay que usar pa lo que yo vengo, pero en cuanto lo secretee al jués, él me dirá cómo hago la sitasión.
—Vea, amigo, con la reforma que hemos hecho al Código Criminal, que es lo mismo que cantar con acordeón, por lo desafinao, hasta los abogaos se vuelven locos, pa deslindar la jurisdicción. Antes a usted le pegaban un sopapo y le voltaban una muela y el comisario le arreglaba.
—¿La muela?
—No, hombre, la causa.
—¡Ah!
—Hoy lo araña a usted uno en un entrevero con la uña del dedo chico, por

ejemplo. Lo llama el jués y le pregunta al ofendido: ¿Con qué lo han herido a usted?—A mí con la uña—le contesta.—¿Ya vé que parece un refrán? Pues lo condenan a seis meses de prisión al de la uña larga. Habiendo factura, amigo, le aplican el máximo; no hay que hacerle; por eso le pregunto pa que no pierda el tiempo, qué causa viene a entablar, pa ver si es de mi jurisdicción.
—Pues a mí me ha pasado una desgrasia con m'hija, como le puede pasar a usted si tiene hijas mujeres.
—Ya le he dicho que tengo una, pero es muy chica.
—Cuidelá. Pues m'hija se empesó a dejar querer...
—Ya me lo ha dicho: con un guarda el Metropolitano, que lo enganchó en una pasada.
—Sí, señor.
—¿Bueno, y qué le ha pasao con el novio?
—Vea, amigo, siento que su hija no sea más grande pa que usted se diera cuenta e mi desgracia.
—¿Pero, qué tiene que ver m'hija con su asunto?

—Es pa hacerlo sentir.
—Nosotros, los que estamos en la magistratura, no sabemos sentir y dejamos que obre la lay y la consensia. Y dígame, el malhechor, diremos así, o causante de la desgrasia e su hija, ¿tiene algún atenuante?
—Yo no sé si tendrá, pero debe tener.
—Entonces la pena no es tan dura. Confíeseme, ¿cuál es la desgrasia?
—Vea, señor, yo quisiera que su hija fuera grande pa que usted se diera cuenta...
—Hombre, deje a m'hija que no tiene nada que hacer en estos asuntos.
—¿De manera que tengo que contarle cuál es la desgracia, pa saber lo que debo hacer?
—Es claro, y pa deslindar la jurisdicción.
—No sé lo que es eso.
—La jurisdicción es la que determina a los jueses la intervención en las causas. Cuando el delito es chico y no pasa la pena de un año, entendemos nosotros, ya sea por una lesión, una violación de domicilio sin fatura, un hurto y otra caterva e causas; pasando de ahí, le corresponde el asunto al juez del crimen que está en el otro patio.
—Entonces, con permiso, amigo, y disculpe, me voy pal otro patio. A m'hija le han lastimao el corasón y el asesino anda suelto. Yo vengo a que los jueses me den justisia, sino va quedar una familia e luto. Vamos, m'hija.
—Vamos, tata.
—¡Pobre hombre, con la muchacha enferma! Pa esas heridas no hay más jués que la consensia y Dios que es el que faya sin apelasión. Y no es fea la criollita. Voy a ver si nesecita abogao.



Caraciolo Villarreal era un verdadero misterio que traía intrigado al pago.

¿A qué se debía aquella profunda taciturnidad, que nunca abandonaba a Caraciolo?...

Los que le conocieron, diez años atrás, recordaban que era uno de los mozos más alegres del pago. Y como era muy rico, muy bueno, muy generoso, tenía tantos amigos como personas habitaban la comarca.

Sin embargo, de pronto, se aisló, dejó de concurrir a los bailes, a las yerras, a las carreras, a las pulperías, y aun dentro de su misma casa mostrábase inaccesible a las visitas.

De madrugada, daba sus órdenes al capataz, montaba a caballo y salía a vagar sin rumbo por el campo, no regresando, frecuentemente, hasta el obscurecer. Cenaba de prisa y se encerraba en su habitación.

Tras la muerte del padre, había quedado completamente solo en el inmenso caserón de la estancia.

Y cada vez su rostro era más sombrío, su voz más áspera, mayor su deseo de aislamiento.

¿Qué pasaba en el alma de aquel mozo? Riquísimo, dueño de inmensos dominios, Caraciolo era, a los treinta años, un hombre soberbio. Alto, fornido, con una hermosa estampa de criollo, de rostro varonil y bello, rodeado de prestigios personales por su valentía, su destreza campera y su bondad, ¿qué mal le atormentaba así?... ¿Enfermedad?... No; conservábase robusto, fuerte, lleno de energías.

¿Mal de amores?... Era la suposición general, pero nadie le conocía ninguna aventura amorosa.

Y era así, sin embargo.

Lindando con la estancia de su padre estaba la estancia del coronel Egidio

Rojas, y ambas familias mantenían una amistad tradicional.

Caraciolo era hijo único; don Egidio sólo tenía una hija, Marta. La madre de Caraciolo y la madre de Marta, murieron con intervalo de pocos meses, cuando él tenía quince años y ella no había cumplido los diez. Criados juntos, su cariño infantil los unía.

Andando el tiempo, la amistad floreció en amor; un amor discreto que pasó inadvertido para todos, hasta para el coronel, al cual no podían extrañarle las asiduidades del mozo, considerado como de la familia.

Además, esos amores duraron muy poco tiempo. Antes de los tres meses de iniciados, don Egidio murió a consecuencia de una rodada.

Marta quedó sola en la estancia. Solía con una tía anciana y achacosa, con el viejo capataz, don Telmo, y unos cuantos peones, viejos también, antiguos soldados del coronel.

Después de la muerte de éste, Caraciolo pasaba la mayor parte del tiempo en casa de su novia, y estaba combinando el matrimonio, cuando pasó algo extraordinario: una tarde, al llegar a la estancia del coronel, le dijeron que Marta estaba enferma y no podía recibirlo. Al día siguiente lo mismo, y así durante tres semanas.

—¿Pero qué tiene?—preguntaba el mozo angustiado.

Y la respuesta era siempre la misma:

—No sé.

Súplicas, amenazas, todo en vano. Nadie sabía o nadie quería decir nada.

Sin embargo, un día Caraciolo logró sorprender a Marta en el fondo del parque de eucaliptos.

Ella intentó huir. El la retuvo.

—¿Por qué me huyes, Marta?...

—¿No me querés ya?... ¡Decílo!... Si no me querés, si querés a otro, decílo, yo me iré, no te mortificaré en ninguna forma... ¡Hablá!...

Ella, extraordinariamente pálida, llevando en el rostro las huellas de un sufrimiento horrible, respondió sollozando:

—No quiero a nadie..., tampoco a ti... ¡Déjame, por favor!...

—¿No me querés ya?

Marta titubeó un momento y luego exclamó:

—¡No!... ¡No te quiero!

El le soltó la mano y ella echó a correr hacia las casas.

Caraciolo volvió a su estancia medio enloquecido. Desde entonces todos sus esfuerzos por obtener una entrevista con Marta fueron infructuosos. Ella vivía como enclaustrada en el viejo caserón paterno y él comenzó a consumirse de pena.

Y se fueron pasando, horriblemente

amargos, los años, hasta que una noche, mientras cenaba solo y taciturno en el gran comedor vacío, entró Anselmo, un peón de confianza, un mulato criado en la estancia con todo género de mimos y preferencias, y le alcanzó una carta, diciendo:

—Un peón de la estancia del finao coronel trajo esto..., y dijo que la niña Marta había muerto.

—¡Muerta!—gritó el mozo dando un brinco...

Febrilmente rompió el sobre y leyó:

"Mi queridito: Esta carta te será entregada el mismo día que yo me haya muerto. ¡Y ojalá fuese ahora mismo!... Y te la escribo para decirte que siempre, siempre te he querido y que si te despedí fué que no podía ser tuya; no podía ser tuya a causa..., a causa... de que un infame, tu peón Anselmo, me sorprendió un día en la huerta y... ¡Queridito, queridito mío!... Moriré adorándote. ¡Adiós, mi querido, mi idolatrado!... Tu infeliz, Marta."

Caraciolo concluyó de leer la carta y permaneció un rato anonadado. Luego se puso de pie, se acercó al patio y, sereno, tranquilo, glacial, preguntó:

—¿Sabés lo que dice esta carta?...

Confuso, asustado, el peón tartamudeó:

—No sé, no señor.

—Una recomendación de Marta para ti.

—¿Una recomendación?—articuló el mulato temblando de miedo ante la terrible expresión del rostro de Caraciolo.

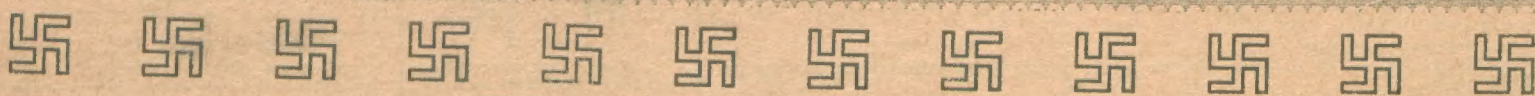
—Sí—exclamó éste.

Y desnudando el cuchillo se lo hundió en el corazón, diciendo con acento de inaudita perversidad:

—¡En nombre de Marta!...

EN NOMBRE DE MARTA

Por JAVIER DE VIANA



DIVO AEROPLANO

Por EDUARDO MARQUINA

Divo Aeroplano: una mitología mereces; un rito, un altar...

Las aldeas, por ti, casi creen hoy día que se puede volar;

te soñó Don Quijote, sostén para sus hombros, volteando en las aspas del molino y has enseñado a la Fuerza un camino que no es preciso tender sobre escombros.

A la audacia, al valor, al genio curioso del hombre de pendencia en tierra y mar, has abierto un palenque glorioso, has impuesto un combate en que no ha de matar.

Aeroplano, por tu mediación, la mecánica, pauta de aceros, mete en cintura el corazón de los nuevos aventureros;

y, graves, en el atavío de su actual vestimenta imprevista, parten, ágiles, a la conquista del aire vacío;

pero saben del número; tocan la palanca del freno en la ascensión; pesan el aire; invocan la ley, la razón

y constituyen la falange rara de hombres-pájaros, de ojos profundos, que hoy dan su vida gentilmente, para la inteligencia final de los mundos...

Entre tanto, unas novias nuevas,

ojos de fiebre pasionales reforzados en ópticos cristales, la espiral siguen de sus rumbos... Evas impenitentes, al hacer, cuando ellos parten, votos por su buena fortuna, les pidieron, acaso, que fueran a coger un no-me-olvides a la luna...

(...En mi rincón de miserias calmas, donde vegeto apenas, observante y poeta, tejiendo parco, en la mañana quieta, mi tela azul para las almas, ¡yo te invoco y saludo y bendigo, Aeroplano, vasto lirio en la atmósfera pura, que le impones de nuevo al tronco humano la actitud de clavar los ojos en la altura! Aeroplano: tu alado ejemplo sirva a los hombres y a las cosas, forma ascendente en el máximo Templo, entre incienso de nebulosas, ¡no surcaras en vano, sobre la postración de nuestras horas grises, el aire sin canciones, tú que tienes el gesto de las resurrecciones en tu viva ascensión!...)

Aventura—hoy, la única—del espíritu humano, cisne-príncipe, engendro de un cuento oriental, fina estrofa de bulto y en marcha, Aeroplano: ¡superaste la altura del muro fatal!

Doble esfuerzo, máquina y ala; nave de la imaginación; Jacob, en ti, podría prescindir de su escala; le das al aire un corazón.

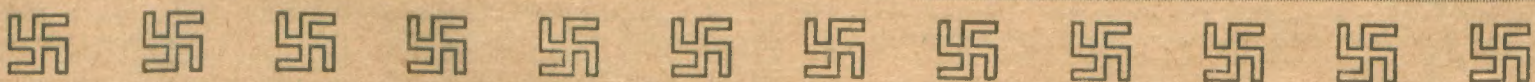
Ciencia... y milagro, todavía; grito de dolor y protesta de fe; punto de apoyo en que el hombre hace pie para entrar, sin la muerte, en lo infinito;

caparazón-fantasma del anhelo; en las auras, sobre las tempestades, más allá de los montes, al indómito ritmo de tu latido, instauras una doctrina humana que devora horizontes.

Las águilas, descendidas de su trono de rayos, huyen sobrecogidas para que ensanches tu carrera ¡tú, que podrías ser, con las alas tendidas, del casco de los Orbes, águila en la Crimea!

Pasas, visible apenas, el arco lejano del aire desconocido ¡y en la paz de los valles y en el pecho humano se reproduce tu latido!...

La Humanidad dispersa y dividida vivió hasta ayer, al azar de banderas... Tal vez tú, descendiendo de las quietas esferas, le dirás que los aires son una senda unida, y le dirás que el vuelo no conoce fronteras...



La ley de la antigua tragedia—la que desarrollaba sus tremendos acontecimientos bajo la influencia inexorable del destino—exigía que los sujetos actores en el drama fueran monarcas, héroes o personajes de gran majestad y significación, para que así el contraste de sus dolores y desgracias con su excelsitud y poder determinara con más energía esa sensación de terror y de piedad que la tragedia debía causar en el auditorio.

Como especialmente preparado por el destino para llenar estas condiciones, para ser el héroe de tragedia, querido por la preceptiva clásica, apareció en el escenario genuinamente republicano de nuestra América, cifiendo una corona de emperador, el príncipe Maximiliano de Austria.

Protagonista de un singular ensueño de gloria que se desvaneció en una lúgubre madrugada de ejecución, este príncipe europeo, que cifió la corona de un imperio americano inventado en París, que pudo realmente creer por un momento que iba a presidir en el lejano y desconocido país, de un contingente ajeno al exótico espíritu monárquico, una era de prosperidad, de restablecimiento del orden social y económico, el surgir de una dinastía austriaca entre los bosques de América...; este príncipe europeo tan incapaz del gobierno y tan confiado en la autoridad inminente del prestigio real, se presenta al recuerdo con todas las influencias sugestivas de lo novelesco y de lo dramático que interesan el ánimo en su desgraciada empresa y lo han prestigiado durante medio siglo con la aureola de piadosa simpatía que su trágico fin, al redimirlo de sus faltas de fracasado, le conquistó en Querétaro. El episodio político cedió su puesto en la historia viva al drama humano.

Es así cómo, cumplidos últimamente los cuarenta años de la ejecución del emperador Maximiliano, todavía ese drama interesa como una novela interesantísima y emocionante.

Por lo demás, la historia concreta de este episodio americano es mucho menos sabida de lo que se cree y no le faltarán lectores empeñosos entre los mismos que crean conocerla tan sólo porque la dan por sabida.

El príncipe

Fernando Maximiliano José de Habsburgo tenía treinta y dos años cuando le fué ofrecido en el castillo de Miramar aquel resplandeciente cetro de un imperio americano entre cuyo oro iba encerrado el testimonio del acta de su proclamación por la Asamblea de notables de Méjico.

Había nacido en Schonbrunn el 6 de julio de 1832; era hermano del emperador de Austria, Francisco José II, y la vida desplegaba ante él perspectivas sonrientes.

Dotado de sentimientos liberales, culto, con aficiones artísticas y literarias, amante del estudio, distinguido y afable, de hermoso y noble físico, ojos azules muy dulces, gran barba rubia sedosa, Maximiliano tenía todo el tipo de un *dilettante* selecto, un idealista que parecía esperar la consagración de una empresa novelesca.

Había ejercido el mando supremo de la escuadra imperial y luego el gobierno del Lombardo-Veneto.

En el retiro de su castillo de Miramar se entregó allí a sus especulaciones favoritas, escribiendo máximas de buen gobierno que no había de aplicar más tarde.

A fines de agosto de 1857 se había casado en Bruselas con la princesa Carlota, hija del rey de Bélgica.

Fué esta una unión principessa consumada entre sonrisa y lisonjeros augurios. Toda la Europa celebró y fué evocado el antiguo lema: "Tu felix Austria nubi!"

La princesa Carlota, bella, gentil, seductora, dotada a la vez de una entereza de carácter y de una firmeza de voluntad que a Maximiliano, un

El drama de un imperio americano

La novela de amor y la novela de sangre de Maximiliano de Austria. — Una corona trágica

tanto, indeciso, no le sobraba, debía tener en la suerte de éste una participación importante hasta que el destino dió fin de sangre y locura a este poema de amor y de juventud.

La corona

El 6 de octubre de 1863, Maximiliano, rodeado de sus ayudantes y chambelanes recibía en Miramar a la diputación mejicana que dentro de un cetro de oro primorosamente cincelado le llevaba el voto de la asamblea de notables.

tiendo al acto varios embajadores extranjeros.

Luciendo magnífico uniforme de vicealmirante, llevando del brazo a su esposa, rodeado por los altos dignatarios de su casa en traje de gran gala, Maximiliano se presentó en el salón de Miramar donde, una vez prestado solemne juramento a la nueva constitución mejicana, recibió oficialmente el título de Maximiliano I emperador de Méjico.

Después de un breve viaje político a Roma, donde en el palacio Mares-

do a los emperadores de Méjico hacia su incierto destino.

Desde el trono

La historia de Maximiliano y Carlota en Méjico, resumida en sus contornos salientes a la distancia, presenta dos fases netamente definidas: una de esplendores matinales; otra de sombra trágica.

Recibido entre el jubiloso clamoreo de las campanas, de las músicas y del tronar de los cañones, en plena fiesta de guirnalda, gallardetes, arcos y flores, la joven pareja imperial pudo creerse con motivo dueños del corazón del país; la varonil arrogancia del emperador, la gracia y gentileza de la emperatriz habían, en efecto, dominado los ánimos; así, bajo los más auspiciosos augurios, se inauguraba el imperio mejicano.

La nueva situación había sido reconocida en todas las ciudades, aun en aquellas donde no había guarnición francesa, y el general Juárez, el fiero patriota había sido confinado con sus huestes republicanas en las estepas de Chihuahua, a más de dos mil kilómetros de la capital.

Las clases conservadoras, cansadas de la anarquía, querían un gobierno fuerte.

Se esperaba una era de paz y de prosperidad; el imperio debía ser fecundo en bienestar y, en efecto, los capitales extranjeros empezaban a afluir, con grande ventaja para el país.

Peró los meses, el primer año, el siguiente fueron transcurriendo en medio de fiestas, viajes triunfales, procesiones, banquetes, boato. La monarquía sólo daba a Méjico sus costosos esplendores escenográficos. Maximiliano, ocupado en crear órdenes caballerescos y en redactar un código de etiqueta, resultaba cada vez más contradictorio con el ambiente americano. Y entre tanto, allá lejos, Juárez, indomable, miraba, esperaba...

Por otra parte, la actitud de los Estados Unidos hacia el nuevo imperio, reconocido por todas las naciones, excepción hecha del gobierno de Washington, había creado al nuevo gobierno una situación comprometida.

Maximiliano debió conservar en el gobierno al general Almonte, que había desempeñado con acierto y prestigio la regencia hasta la llegada del emperador y no lo hizo, causando descontento.

En resumen, Maximiliano, espíritu brillante, orador lucido y dotado de cierta práctica administrativa, pero versátil, pródigo, "dilettante" en fin, no respondió a las expectativas ni a las necesidades del pueblo, y cuando quiso demostrar firmeza llegó sin necesidad a un extremo lamentable, dictando el terrible decreto de octubre 2 de 1865, según el cual: "Todo individuo que hubiese pertenecido a una partida armada contra el imperio, debería ser juzgado por un consejo de guerra, condenado a muerte, ejecutada la sentencia a las 24 horas de pronunciada."

Las consecuencias de este decreto fueron espantosas. El 13 de octubre siguiente, hechos prisioneros por el coronel Méndez docientos y tantos republicanos, fueron juzgados de acuerdo con él y fusilados a las 24 horas en Urnapán.

Tres meses más tarde Napoleón III notificaba a Maximiliano su decisión de retirar las tropas francesas que sostenían su trono.

La locura de la emperatriz

El emperador de Méjico no había pensado en formar su ejército. En cambio, las huestes republicanas engrosaban, y la plaza de Matamoros, después de veinte meses de asedio cayó en poder de los juaristas.

El momento era decisivo. Sentíase arreciar la tormenta; los esplendores matinales del imperio iban a concluir. Estaba próxima la noche de Querétaro.

Entonces se resolvió el viaje de la emperatriz Carlota a París, confiándose a su entereza y a su tacto la misión de obtener que Napoleón mantuviera

PIANOS

Al cabo de pocos meses..

AUTOPIANOS

De las marcas más afamadas y con certificados de los más eximios maestros se obtienen pagando una modesta suma al contado y el resto por cuotas mensuales.

Esta liberalidad de nuestras ventas permite a cualquiera ser dueño absoluto en pocos meses de un artículo de valer, sólido y duradero.

Rollos de 88 notas, tenemos siempre las últimas novedades.

OBIGLIO & HIJOS
BNE MITRE 1215
BUENOS AIRES

Méjico despedazado por una larga guerra civil, se sometía a la prueba de un gobierno monárquico y pedía a la casa de Austria un emperador. Napoleón III apuntalaba este trono con 30.000 bayonetas francesas.

Maximiliano, indeciso, teniendo las responsabilidades de semejante aventura, exigió a la diputación mejicana una manifestación plebiscitaria de la voluntad del país. Se reclamó el voto de los ayuntamientos correspondientes a los diez y ocho estados de Méjico; el archiduque, alentado por Napoleón III, celebró un pacto de familia por el cual renunciaba solemnemente a todos sus derechos eventuales al trono de Austria, y el 10 de abril de 1864 recibía por segunda vez y con toda pompa a la diputación mejicana, asis-

cotti celebró una entrevista con el papa Pío IX, volvió con su esposa a Miramar para embarcarse definitivamente en viaje a su nueva patria, a bordo del acorazado "Novara".

El 14 de abril los muelles de Trieste presentaron un espectáculo inolvidable: enorme muchedumbre asistía al embarque de los nuevos monarcas.

A las tres de la tarde los emperadores de Méjico subieron a bordo del "Novara", y al pisar su cubierta se enarboló al tope en el palo mayor la bandera mejicana que fué entusiastamente saludada por la artillería, los videntes atronadores y el agitar de los pañuelos.

Poco después el "Novara" desamarró, hinchó sus velas y se deslizó suavemente entre las aclamaciones, llevan-



un año más soldados en Méjico, mientras Maximiliano formaba a toda prisa algunos regimientos de cazadores de Méjico, embrión de un futuro ejército, y se constituía la legión austrohúngara.

El 6 de julio la soberana ceñía por última vez la diadema imperial, con motivo del cumpleaños de su esposo, y el día 9, se separaba para siempre de él.

Cinco entrevistas con Napoleón III en que luchó como una leona para arrancar a éste la resolución salvadora que iba buscando, la convencieron de que el abandono de su esposo a su propia suerte era una cosa irremediablemente resuelta. Napoleón no cedió.

Acudió aun al papa, decidida a aferrarse a todo. Pero el sumo pontífice le reprochó acerbamente la actitud de Maximiliano para con la iglesia mejicana, y se ha dicho que fueron tan ásperas sus palabras y tanta impresión causaron en el espíritu de la desventurada emperatriz, que ésta sintió quebrarse su corazón.

En el Vaticano se inició, en efecto, la evidencia de aquel drama de la locura que aún hoy mantiene vagabundo un espectro de mujer doliente en las soledades de Miramar, pero las primeras manifestaciones se habían producido ya antes de llegar a Roma. Hay quien asegura que en el mismo palacio de Saint-Cloud, ante la última negativa de Napoleón III.

El 10 de octubre de 1865 la soberana de Méjico, el ángel de amor de Maximiliano, entraba para no salir de él ya, en aquel castillo de Miramar que había sido el nido dichoso de sus venturas juveniles.

El último pensamiento de Maximiliano fué para ella.

Antes de su ejecución escribió la siguiente carta que fué por él confiada al arzobispo de Querétaro:

"Mi querida Carlota: Si Dios permite que tú cures un día y leas estas líneas sabrás cuán cruel ha sido la suerte que me ha perseguido desde tu salida para Europa. Te llevaste mi buena fortuna y mi alma. ¡Ojalá hubiera escuchado tus palabras! Tantos acontecimientos, tantas desgracias inesperadas han acabado de tal modo con mis esperanzas que la muerte para mí es una redención gloriosa y no una agonía. Moriré gloriosamente como un soldado, como un rey vencido, pero no deshonrado. Si Dios te llama para que te reúnas conmigo, yo bendeciré su mano divina, que tan pesadamente ha caído sobre nosotros. Adiós... Adiós. Tu desgraciado, Maximiliano."

El drama de Querétaro

Después de ese dramático episodio de la democracia de Carlota, los acontecimientos se precipitan en Méjico. La ráfaga trágica sopla apurada.

Maximiliano, al anuncio del retiro de las tropas francesas, había iniciado una negociación para contratar 10.000 soldados en Austria. Pero cuando, consumada, estaban estos hombres dispuestos a embarcarse, la cancillería austriaca recibió una nota del gobierno de los Estados Unidos protestando contra el reclutamiento de esas tropas y declarando que miraría como un acto de hostilidad la salida de tal expedición.

El Austria se hallaba entonces amenazada por la Prusia y la Italia. Francisco José no pudo arriesgar una guerra con los Estados Unidos y disolviendo las fuerzas reunidas, abandonó también a su infortunado hermano.

La suerte estaba echada. Las armas republicanas ganaban terreno velozmente. Después de una tentativa de abdicación, aconsejada por varios gobiernos que, bien informados de la realidad de las cosas, preveían el fin, y por un consejo de ministros y notables en el cual 10 votos solamente se pronunciaron por el mantenimiento del imperio, contra 9 contrarios, y 2 abstenciones—

Maximiliano, desistiendo de tal propósito, derrotado, perseguido, solo en medio de la tormenta, decidió quemar el último cartucho. Logró reunir un ejército de 6.000 hombres y el 13 de febrero, uniformado de general mejicano, montando brioso caballo, lo revistó al ponerse a su frente.

Al día siguiente salía de Méjico en dirección a Querétaro. El 5 de ese mes la bandera francesa había dejado de flamear en el imperio.

Cuando el emperador llegó a Querétaro, el 19 de febrero, ya la plaza estaba sitiada por el general Escobedo, aunque no rigurosamente, tal vez para dejar a Maximiliano entrada en ese baluarte imperial.

Puebla, entre tanto, había caído en manos de los enemigos y el imperio estaba reducido sólo a tres ciudades: Méjico, Orizaba y Querétaro.

Los generales de Maximiliano eran Márquez, nombrado lugarteniente del imperio, Vidaurri y los heroicos Miramón y Mejía. Márquez, sitiado en la capital por el general Porfirio Díaz, la abandonó al fin y huyó a Norte América. Maximiliano, una vez en Querétaro, vió cerrarse ante él el círculo de hierro de un asedio que duró cuatro meses, sostenido con valor por el pobre príncipe y sus soldados en medio del hambre y las enfermedades.

El 15 de mayo a las dos de la mañana el enemigo era introducido secretamente en la plaza.

¿Quién lo introdujo? Se ha dicho que esto fué el efecto de una traición con soborno del coronel López.

El hecho es que en medio de la confusión angustiosa de aquella noche, mientras las tropas republicanas entraban al convento de Santa Cruz, alojamiento de Maximiliano, éste "soñando de un gran sueño desvanecido", pudo llegarse hasta el cerro de las Campanas, desde donde escribía a Escobedo una carta concebida así:

"Me rindo a discreción para evitar un inútil derramamiento de sangre. Pido tres favores: 1.º, que no se me ultraje; 2.º, que si se nos ha de fusilar, se me fusile el primero; 3.º, que, si se me fusila, no se insulte ni mutile mi cadáver."

La versión del historiador Juan de Dios Arias dice que Maximiliano al llegar ante el Escobedo y su estado mayor se adelantó a recibirlo y tras un saludo grave pero cortés, solicitándolo aparte, le dijo:

—Me permitirá usted que, custodiado por una escolta, marche yo hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver a Méjico?

—No me es permitido conceder lo que usted pide—contestó Escobedo.

—Puesto que es así, espero que no permitirá usted que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas a un prisionero de guerra.

—Es usted mío—le respondió simplemente Escobedo.

Entonces el príncipe, desciñéndose la espada, se la presentó. El general hizo que la recibiese el jefe de su estado mayor.

En el teatro antiguo, el auditorio se hubiera estremecido ante el silencio solemne de esa entrega de la espada imperial. El destino hizo en aquel momento una terrible señal en el misterio. La tragedia iba a precipitar sus horrores.

La entereza americana

El derrumbe de aquel trono causó una gran conmoción en Europa. Apenas sabida la rendición de Maximiliano se pusieron en movimiento las cancillerías de las principales potencias europea y aun la de Estados Unidos, para salvar la vida del infortunado príncipe. La reina Victoria, Napoleón III, Rusia,

Bélgica, Italia y Prusia hicieron esfuerzos subhumanos para evitar la catástrofe que se preveía.

Se inició una heroica lucha entre los diplomáticos—sobre todo el generoso ministro de Prusia, barón Magnus—los defensores nombrados a Maximiliano—Riva Palacio, Martínez de la Torre, Vázquez—y Benito Juárez, para arrancarle a éste el perdón primero, la postergación del juicio, siquiera, después.

Se celebraron muchas entrevistas, todo el que algo podía valer intervino, se elevaron peticiones, súplicas... Juárez fué acosado con sin igual porfía. Todo inútil. El viejo patriota, dando ejemplo de una tenacidad y una entereza de que no había antecedentes, resistió, inquebrantable, invocando la salud de Méjico.

Maximiliano, enfermo, el valiente Miramón, herido, tomado peleando, y el bravo Mejía fueron sometidos al consejo de guerra el 12 de junio. La defensa alcanzó vuelos de elocuencia conmovedores. El tribunal, aplicando estrictamente la ley, dictó sentencia de muerte el 14.

Se renovaron ante Juárez los empeños con duplicada porfía, para obtener ahora el indulto. Juárez no cedió. Las damas de Méjico, encabezadas por la afligida esposa de Miramón, acudieron a él. Juárez no cedió.

—Excúsenme esta penosa entrevista—dijo,—que haría sufrir mucho a la señora de Miramón con lo irrevocable de la resolución tomada.

El sacrificio era inevitable.

El Cerro de las Campanas

La sentencia debía cumplirse el 19 de junio.

Los condenados firmaron con tranquilidad la notificación de la sentencia: recibieron cristianamente los auxilios espirituales del abate Fischer, secretario y confesor de Maximiliano, y éste solicitó, como última gracia, le fuera permitido permanecer reunido hasta el último momento con sus generales.

Al amanecer se oyó una música fúnebre, y el capitán González penetró en la capilla con las banderas, y saludando al emperador y a sus generales, les invitó a seguirle.

Maximiliano se adelantó sereno y resuelto, sin que le traicionara la más leve contracción muscular.

El general Miramón, debilitado por la herida y las noches de insomnio, apareció pálido y abatido.

Mejía, lleno de orgullo, pisando con firmeza y alta la frente, declaró que era una gloria para él morir con su soberano.

Se organizó, acto continuo, el fúnebre cortejo, que el historiador Pruneda describe como sigue:

"Abría la marcha un escuadrón de lanceros; seguía una música tocando una marcha fúnebre y un batallón de infantería a cuatro en fondo.

"En este momento pasaban los franciscanos: los dos primeros llevaban la cruz y el agua bendita, y los demás velas encendidas. Seguían los tres ataúdes llevados por doce indios, y últimamente las cruces de ejecución y los banquillos.

"La procesión marchó lentamente, por la calle del Cementerio, pasando por detrás de la iglesia y por el camino del acueducto.

"Iban primero el emperador, llevando a su derecha al abate Fischer, y a su izquierda al obispo; detrás marchaba Miramón, a quien sostenían dos franciscanos, y Mejía entre dos grabiteros de la parroquia de Santa Cruz. Cuando llegaron a lo alto de la colina, Maximiliano miró fijamente el sol, y sacando su reloj, tocó un resorte que ocultaba un retrato en miniatura de la emperatriz Carlota, besóle, y entregando la cadena al abate Fischer, le dijo:

"Lleved este recuerdo a Europa a mi querida esposa, y si algún día puede comprenderos, decidla que mis ojos se

cerrarán con su imagen que me llevo al cielo."

"El toque de agonía, grave e imponente, se hacía oír desde todos los campanarios; al llegar al muro exterior del cementerio una división de 4.000 hombres, al mando del general Díaz de León, formaba cuadro en la falda del Cerro de las Campanas, alejando a la apiñada multitud que se había colocado en la colina. Junto al paredón del cementerio se clavaron los fatales banquillos, y los tres pelotones destinados a efectuar la ejecución se apostaron a tres pasos de distancia del sitio que habían de ocupar los condenados.

"A las siete y cuarto llegó el cortejo al cuadro de la tropa, y el primero en adelantarse fué Maximiliano, que dirigiéndose con amable ademán a sus generales, les dijo con calma:

—¡Vamos, señores!—y los tres se dirigieron, con paso firme, hacia el lugar del suplicio.

"Una vez allí, el archiduque se acercó al pelotón de soldados que había de fusilarle y regaló a cada hombre "un maximiliano de oro", equivalente a 20 pesos, y Mejía, que sólo conservaba una onza en el bolsillo, la obsequió a su pelotón para que se la distribuyeran por partes iguales.

"Concluido este acto, Maximiliano alzó la voz y pronunció las siguientes palabras con entonación robusta:

—Voy a morir por una causa santa, la de la independencia y libertad de Méjico. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva Méjico!"

"Miramón, a su vez, con sonora voz, pronunció una viril alocución.

"Se adelantó el capitán González y vendó los ojos a Miramón, que no opuso resistencia; quiso hacer lo propio con Mejía, pero éste se resistió. Entonces el obispo de Querétaro le dijo algunas palabras en voz baja y se entregó tranquilamente.

"En cuanto a Maximiliano se negó terminantemente a que le tapan los ojos, y después de abrazar con efusión a Miramón y a Mejía, a quien le dijo al oído algunas palabras, se adelantó y haciendo señal al oficial le dijo con toda cortesía y sonriendo:

"A la disposición de usted—y de pío, colocándose en el sitio que le designaron, después de suplicar que no se le lastimase la cara, separó con ambas manos su rubia y sedosa barba echándola sobre los hombros, descubriendo el pecho, al propio tiempo que señalándose el lado del corazón y levantando la cabeza con orgullo exclamó con voz fuerte:

—¡Aquí!

"Miramón también señaló el pecho a sus tiradores.

"Mejía apartó silenciosamente de sí el crucifijo que tenía en la mano derecha.

"Maximiliano dijo algunas palabras en alemán, y a la señal del jefe del piquete, se oyó una triple descarga; una espesa nube de humo envolvió a los tres valientes cuan desgraciados defensores del imperio, y los tres rodaron por el suelo.

"Maximiliano no murió en el acto, y después de la descarga se observó que decía entre los estertores de la agonía: "hombre, hombre".

"El tiro de gracia concluyó con la vida de aquel príncipe que moría en el vigor de la edad, cuando todo lo convidaba a vivir, no cumplidos aún los 35 años."

La noticia de la ejecución de Maximiliano llegó a París en momentos en que Napoleón III distribuía los premios de la Exposición Universal. Los cañones tronaban y las campanas echadas a vuelo gritaban alegría en la gran ciudad.

Tres años más tarde Napoleón, vencido, humillado, enfermo, entregaba su espada y perdía su corona en Sedán.

De un paseo por Montevideo CASA DEL ESTUDIANTE

Por MANUEL GARCÍA HERNÁNDEZ

En mi reciente paseo por Montevideo—paseo con programa de agua, naturalmente,—me fué dado conocer un centro que allí llaman la "Casa del Estudiante".

El más modernizado de mis lectores creería de buen grado que la tal casa tiene algo que ver con una de esas hosterías de la vieja usanza en que estudiantillos de toda ralea dándose holganza para disipar el mal rato de la librería.

Bien ajeno es todo esto en la mentada casa, cuya creadora es nada menos que la escritora española doña Mercedes Pinto, fuerza motriz, nervio, alma y todo de la casa de referencia.

La escritora llega un día a Montevideo. Viene de España, en donde deshizo su hogar una fuerza extraña. Le acompañan sus hijos. Para probar el temple de la valiente mujer, pierde un hijo en la travesía.

Y así llega a la ciudad cordial. Llega sola. Llegan sin esas armas poderosas que abren puertas y doblegan voluntades.

Mercedes Pinto no sabe nada de la derrota y apenas llega se abre paso.

Escribe en los diarios. Su pluma es viril y en este caso hace el papel de espada libradora de combate para buscarse el camino.

Y logra triunfar y logra ser conocida. Y el que conoce a Mercedes Pinto—de cuya labor literaria diré dos frases luego, en otra carta,—la quiere y la admira. La quiere por su arrojo de madre, por su voluntad y la admira por su talento persuasivo y la bondad infinita que hay en su corazón.

Un día se pregunta o pregunta a los hermanos espirituales:

—¿Hay algún centro en donde consagrados y nuevos podamos reunirnos?

—No, Mercedes. Hay Ateneos, hay centros, hay universidades para todos los que ya son algo...

—Pues desde mañana—responde la admirable mujer—tendremos un centro que llamaremos "Casa del Estudiante". ¿Qué les parece?

—No piense en eso. Se reirán de usted...

—¡Pues, mejor! Eso me agrada mucho. Cuando se rien de uno, es positivo el éxito. Desde mañana tendremos la "Casa del Estudiante". Aquí se reunirán todos, literatos, artistas, ensayistas, que deseen fomentar el movimiento intelectual.

Y al día siguiente, dicho y hecho, se fundó la "Casa del Estudiante". La casa de la admirable mujer es la casa de todos. Las puertas, como las de un templo, permanecen abiertas para los fieles. El salón ya es pequeño para la concurrencia. Allí acuden los que saborean el éxito y los que no han conocido ni las chispas de la gloria... Los unos para enseñar y los otros para aprender.

He asistido a una de esas reuniones. Mercedes Pinto se multiplicaba.

—Es la madre espiritual de todos—me decía un escritor joven.—Esta mujer es admirable. Escribe y aun tiene tiempo para ocuparse de los otros. Ella ha dicho que debe desterrar el egoísmo y que estamos los unos para ayudarnos a los otros.

En la "Casa del Estudiante" se dan conferencias y fiestas literarias de mucho relieve. Los más prestigiosos hombres del Uruguay han visitado el modesto salón. Los nuevos valores tienen una cátedra de exposición y allí se les escucha con el recogimiento debido.

También se realizan exposiciones de pintura.

Mercedes Pinto ha tenido de asesoras a Juana de Ibarbourou, Luisa Luisi, Margarita Sierra de Sánchez y Carmen Izcuia de Barbat de Muñoz Ximénez.

La cuota de entrada es de un peso y la mensual a voluntad, desde cincuenta centésimos en adelante.

Esta es la mejor obra de Mercedes Pinto. Es la realización de su fuerte voluntad de mujer que sabe engrandecerse por sí y para que aprovechen los otros.

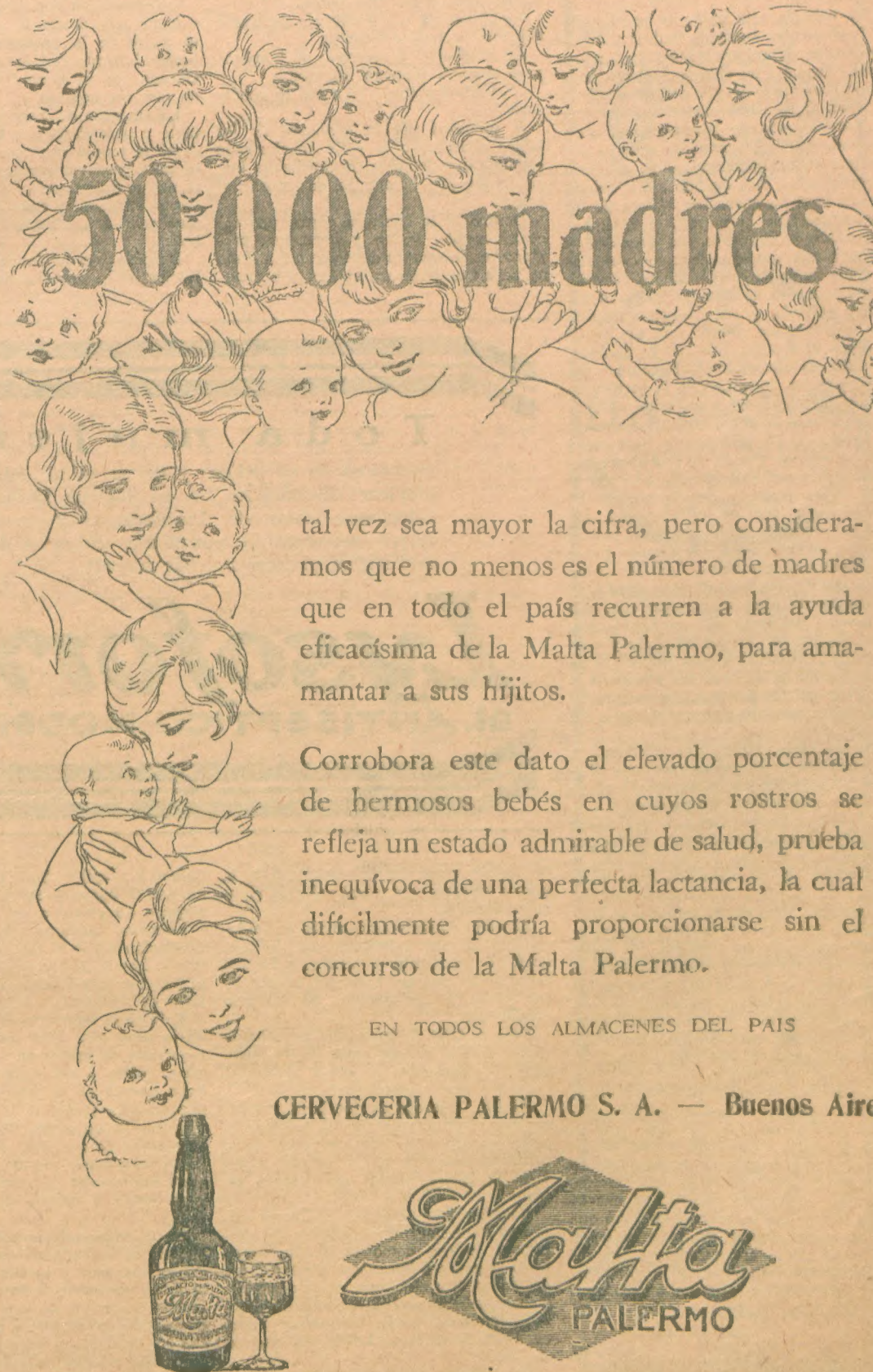
El infierno de los budistas

En la Exposición de las Misiones que acaba de celebrarse en Roma, en las salas y jardines del Vaticano, podía verse todo lo que ofrecen de característico los países visitados por los misioneros.

Los franciscanos, que ejercen particularmente en China su apostolado, habían enviado numerosas fotografías de la gran pagoda de King-Tscheu. En esta pagoda se hallan representados, en doce cuadros diferentes, las diez penas capitales con que se castiga a los muertos que han incurrido en los doce pecados capitales a su paso por este bajo mundo.

Los ambiciosos, los usureros, son enterrados vivos en la nieve, mientras que los mandarines

opresores del pueblo son golpeados con una maza formidable. Los fumadores de opio son tragados vivos también por los demonios, en tanto que los prevaricadores mueren a latigazos. Los padres que abandonaron a sus hijos son condenados a servir de manjar a los hambrientos. En cuanto a los pródigos y a los traidores se los condena a cortarles la cabeza. Los bozos o sacerdotes budistas que no ejercieron bien su ministerio serán precipitados desde lo alto de una torre a un mar de eieno. Los perjuros serán aserrados; los incendiarios y asesinos, aplastados por una rueda de molino. Los profanadores de tumbas serán precipitados en una caldera de aceite hirviendo, y los monederos falsos, sobre vidrio triturado. Finalmente, los impíos veránse transformados en serpientes.



50 000 madres

tal vez sea mayor la cifra, pero consideramos que no menos es el número de madres que en todo el país recurren a la ayuda eficazísima de la Malta Palermo, para amamantar a sus hijitos.

Corroborra este dato el elevado porcentaje de hermosos bebés en cuyos rostros se refleja un estado admirable de salud, prueba inequívoca de una perfecta lactancia, la cual difícilmente podría proporcionarse sin el concurso de la Malta Palermo.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires





El castigo de los hombres del pantano

La extraña tribu que vive entre los pútridos lagos de las costas de La Florida

Durante muchos años ha vivido en lo más intrincado de los bosques pantanosos de Florida, una raza extraña de la que se conoce muy poco, por no decir nada. Una tradición asegura, que son los descendientes de los naufragos de un buque pirata inglés que se fué a pique en las cercanías de aquellas costas. Otros dicen que los primeros antepasados fueron gitanos, que habiéndose perdido entre los pantanos, se quedaron a vivir en ellos. Pero la verdad cierta, nadie la conoce. A este curioso clan se le ha dado el nombre de *Concha*, debido a que su única divisa desde tiempos desconocidos, es la de una concha pintada en una bandera blanca.

La vida de esta gente es patriarcal; la tradición se sigue de padres a hijos por medio de relatos orales; no tienen leyes escritas y su vida se encierra dentro del marco del más perfecto primitivismo. Pero tienen leyes, que aunque no escritas, son de una ferocidad más refinada que las escritas en códigos por muchas de las naciones que se califican de civilizadas. Así, cuando algún miembro de la tribu quebranta alguna de las regulaciones de la misma, se le imponen castigos previstos, de crueldad y barbarie más grande que la de cualquier tribu de salvajes del Africa Central. Estas penas se aplican en forma peculiar y terrible, y en condiciones tales, que el castigado nunca sabe de dónde proviene el castigo, que por lo general, consiste en ahogarlo lentamente para que sufra las angustias de la tortura.

Recientemente, en esta tribu, Fanny Granger era la reina. Su edad apenas alcanzaba a 16 años y su hermosura podía rivalizar con la de una diosa pagana. Vivía en las costas de Florida, al lado de su padre y dos hermanos. El padre, cuya voz en el clan era ley absoluta, le había prohibido hasta la más ligera conversación con cualquier joven mientras no cumpliera los 18 años. Pero en una región cercana, vivía otro muchacho 10 años mayor que ella, que la amaba, habiendo sido correspondido. Este muchacho, aunque de ideas y costumbres semisalvajes como todos los de su clan, había viajado de marinero y por consiguiente tenía más concepto de la civilización y lo que era el resto del mundo.

Al principio, Fanny fué obediente a la decisión de su padre, con esa obediencia ciega de todas las mujeres de su raza, educación y costumbres.

Sonreía a Lorch, que así se llamaba el galán, lo saludaba cuando pasaba por el camino, o le daba la mano cuando lo encontraba en el mercado; pero nada más. Pero al fin, y ante la tenacidad del enamorado, una noche accedió a concurrir a una cita que le diera Lorch, en las cercanías de un pantano. Su padre y hermanos dormían mientras tanto a pierna suelta. Aquella primera cita satisfizo tanto a Fanny, que continuó concurrendo a ellas todas las noches. Pero en una ocasión, sucedió una cosa misteriosa que puso en claro la trama.

El patriarca Granger, por más esfuerzos que hizo, no pudo dormir. Molesto por el estado en que se encontraba, llamó a su hija para que le alcanzara un vaso de agua. No obtuvo la más ligera respuesta. Llamó varias veces más, pero siempre el silencio fué la contestación. Entonces se levantó, penetró al cuarto de su hija y con asombro comprobó que estaba vacío. Lleno de indignación y recelo, se vistió apresuradamente y salió de la choza en busca de la niña. No fué infructuoso su esfuerzo, pues a poco

de haber andado, a la luz de la luna que se filtraba por el ramaje, vió a la orilla del pantano a un grupo que amorosamente departía. La mujer se volvió y pudo comprobar el padre que era su hija que estaba en los brazos de un hombre. Como tigre saltó sobre el grupo; pero el enamorado, por timidez o respeto emprendió acelerada fuga, dejando solitaria a la amantelada tórtola frente a su enfurecido padre.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó con voz de trueno Granger.

La muchacha se encogió de hombros y ni siquiera despegó los labios.

—¡Vamos a casa! ¡Ya me lo confesarás!

Y mientras por la comisura de los labios chorreaban al viejo encolerizado espumarajos de rabia, la muchacha inició lentamente la marcha de retorno al hogar.

Dentro de la choza se siguió una escena terrible. Padre y hermanos presionaron de manera desesperante a Fanny para que declarara quién era el hom-

enfermó seriamente. En los delirios que la asaltaban en el curso de los ataques de fiebre, llamaba sin cesar a Lorch, pidiéndole amparo y diciéndole que iba a ser madre.

Después que el niño nació, y cuando ella se encontraba totalmente restablecida, sus hermanos y padres insistieron en que declarara quién era el padre de la criatura.

—Durante tu enfermedad—le dijeron—has estado llamando a Lorch. ¿Es ese el padre de la criatura? Nosotros ya hemos hablado con él, pero nos ha declarado que no tiene absolutamente nada que ver contigo.

La entereza de Fanny era inquebrantable y para descubrir la veracidad del caso, se tendió una celada a ambos en la que cayeron prontamente cegados por el mutuo amor que se profesaban, quedando su familia convencida de que el muchacho era el causante de la deshonra.

Después de obtenida la evidencia, Fanny fué inmediatamente encerrada

nos peligrosos, que llegaron a convencerlo de que había sido sentenciado a muerte por la justicia de la tribu. De hombre alegre y social que era, se convirtió bien pronto en un salvaje que vivía a salto de mata entre los pantanos, los bosques y las peñas, temeroso siempre de ser asesinado por una mano oculta.

Transcurridos dos o tres meses, Lorch pereció al fin de manera que jamás llegará a saberse, pues lo que hace precisamente terribles las decisiones de la tribu, es que el más profundo misterio rodea siempre a estos espeluznantes dramas.

Fanny fué enterada, pasado el tiempo que hemos dicho, de que en el pantano donde precisamente tuvo ella sus citas con el padre de su hijo, se hallaba hacia tres días el cadáver de un hombre, rodeado de buitres, y que este cadáver tenía clavado en el corazón un largo bastón, cuya punta era un puñal, y en cuyo tope flameaba impresionantemente la insignia del clan: una bandera blanca con una concha.

No hay duda de que la infeliz se hallaba en estado que no podría ciertamente calificarse de normal. En tales condiciones y con la desesperación producida por esta terrible noticia, acabó seguramente de enloquecer. Nadie podría decir tampoco cómo fué que logró escapar de su prisión y llegar al sitio donde se encontraba la víctima de la crueldad de las leyes del clan. Pero lo que sí pudieron decir todos, especialmente el hermano de Lorch, fué que al día siguiente, en la caldeadas aguas del pantano, flotaba también el cuerpo inanimado de la infeliz Fanny, que al comprobar el fin de su desdichado amante, se había suicidado arrojándose a la laguna a cuyos hordes había saboreado las dulzuras de un amor primitivo e intenso.

Como hemos dicho, aunque el misterio rodeó siempre todos estos dramas impresionantes, cuyo epílogo fatal es siempre el delito, en el caso presente el secreto de ritual no enviólvio con su manto a los delincuentes. El hermano de Lorch pudo al fin llegar, destrozado, hambriento y aniquilado por el paludismo contraído entre aquellas lagunas pútridas, hasta un pueblecito cercano a Miami, Florida, donde con rasgos sencillos pero profundamente gráficos, relató a la autoridad todo lo acontecido.

Empresa difícil es para los civilizados ir a hacer justicia entre las soledades de aquellos bosques intrincados, plétóricos de animales venenosos y en los que siempre acecha la garra de enfermedades mortales. Pero, como el crimen no puede quedar impune, aunque sean necesarios los mayores sacrificios para llegar a su castigo, las autoridades del Estado organizaron una verdadera expedición punitiva, para acabar con aquel clan deportando a regiones más accesibles a la civilización a todos los miembros de la tribu.

En tal hazaña se encuentran empeñadas actualmente las autoridades de aquel Estado, famoso por sus tribus nómadas y feroces, por sus aves de plumaje costosísimo, por sus animales venenosos de efectos tan violentos como un choque eléctrico, por sus pantanos pútridos que son como interrogaciones de la muerte; y por tener una fantástica historia escrita entre sus bosques y riachuelos, con la punta de los puñales de los innumerables piratas, que en sus salvajes soledades escondieron el fruto de sus robos o dejaron sus huesos entre las fauces de los caimanes...

Toda mujer

cuidadosa de su belleza y de su salud debe emplear diariamente en su higiene íntima soluciones tibias de Lysoform, pues es el mejor preservativo contra las dolencias de que suelen padecer muchas señoras.

Lysoform

EL ANTISEPTICO MODERNO

bre aquél; pero ella dió muestras de la mayor entereza guardando el más riguroso silencio.

El viejo se convenció al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, por lo que, decidido a arrancar el secreto a Fanny, recurrió al salvaje extremo, propio de sus ideas y civilización, de azotarla cruelmente.

Pero a cada latigazo que rasgaba la carne fresca y sonrosada de la niña, ésta se concretaba a gemir diciendo:

—¡No lo declararé nunca, nunca!

Al fin, temeroso de que la martirizada fuera a perecer en la tortura, el viejo salvaje cesó de azotarla; pero prometiéndole que todos los días repetiría la ración hasta que cantara de plano.

Pasaron tres semanas y Fanny comenzó a mostrar los síntomas del embarazo, lo que como es de suponerse llevó al padre y hermanos al paroxismo del furor. Sin embargo, en tales condiciones, nadie se atrevió a continuar martirizando a la infeliz, decidiendo cesar en su bárbara tarea hasta que naciera el niño.

Sin embargo, los sufrimientos físicos y el pesar moral habían hecho tan profunda mella en el espíritu de Fanny, que

en una habitación. Se le condenó a vivir de pan y agua, y se le quitó al niño a quien no volvió a ver más.

Mientras tanto, se había deliberado en el clan sobre el castigo que se debía dar a Lorch. La resolución fué unánime. Debía victimarse conforme a las leyes de la tribu.

Y llegó el momento del cumplimiento de la sentencia. Una noche que Lorch regresaba de pescar en los pantanos, al pasar junto a un viejo árbol, éste le cayó encima en el preciso momento en que cruzaba frente a él, hiriéndolo seriamente en un brazo. Tratándose como se trataba de un árbol casi podrido, el infeliz creyó que era de una coincidencia fatal, no dió importancia al asunto y se dedicó a curarse de la herida sufrida.

No había pasado una semana, cuando una tarde, bajando por la cuesta de un cerro, una gran roca se desprendió de la cima, pasándole a pocos pies de distancia. Lorch estuvo a punto de quedar convertido en papilla, y aunque el caso también podía atribuirse a otra fatal casualidad, el muchacho comenzó a sentir gran desconfianza.

Después de aquello, casi todos los días le sucedían accidentes más o me-



E L E S P I O N

Por HENRI DUVERNOIS

Después de seis meses de dicha frenética, Cipriano Boixillon dijo a su esposa:

—Y ahora, querida, hay que volver a trabajar.

—¡Claro que sí, amor mío!—contestó ella.—Nunca he pensado en acaparar tu tiempo, y estoy segura de que nos llevaremos muy bien tus matemáticas y yo.

—Tengo miedo, no creas. ¡Adiós nuestros días de diversión! Me levantaré a las cinco y estaré trabajando hasta las doce, y por la tarde, de dos a ocho. Por la noche, cuando no salgamos, podré trabajar de diez a doce.

La señora de Boixillon encontró excelente el plan de trabajo de su marido. Lo único que quería era su sitio en la *chaise-longue* del despacho de su marido. Allí se pasaría las horas muertas leyendo, fumando sus cigarrillos rusos y contemplando a su marido. De vez en cuando se levantaría, le daría un beso, y de nuevo a su rincón. Pero cuando estuvo sola pensó que la vida que comenzaba era mucho menos atractiva que los meses de fiesta que acababan de transcurrir como un soplo.

Y Cipriano se puso a trabajar. Julia, tendida en su *chaise-longue*, miraba a Cipriano, entregado a sus cálculos aritméticos. Se apenaba verle trabajar de aquel modo.

—Trabajas mucho—le decía—vas a caer enfermo. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed? ¿Quieres ostras para comer? ¿Sabes que la cocinera se pinta los labios? ¿Te aburro? No, ¿verdad? ¿Soy tu pajarito? Un besito a tu mujer-cita.

Se levantó, y Julia, en el beso distraído de su marido, advirtió un vago olor de tinta y libros viejos. Bostezó, se adormeció y acabó por tirar violentamente al suelo el libro que tenía en

sus manos. Miró a Cipriano con una mirada hostil, en la que se leía ya el rencor hacia la labor obstinada de su marido, en la que no tomaba parte ninguna.

Después de esta experiencia renunció a embellecer con su presencia el despacho de su marido. No se representaba así el papel de musa. Se imaginaba al hombre vestido de frac, alisándose el cabello con elegancia, y a la mujer, de blanco, colocando sobre su hombro un dedo protector. La realidad estaba muy lejos de su visión poética. Y salió todas las tardes: tes, conferencias, vistas, modistas... Volvía tarde, cansada, taciturna a veces. Cipriano sintió celos.

Un día recibió un anónimo en que le decían que su mujer le engañaba. Cipriano se decidió a interrogar a su mujer.

—¿Qué has hecho? ¿De dónde vienes?

Julia empezó a reír y le echó sus brazos al cuello. ¿Qué le interesaba a un matemático sus visitas? Había asistido a una sesión de espiritismo en casa de la señora de Molorgue.

—¿Te aburres aquí?—preguntó él humildemente.

—¡Hijo, no es muy divertida esto, que digamos!

Empezó a lloriquear, y Cipriano se lamentó. ¿Qué sería su vida en adelante si dejaba toda su alegría para los demás? Terminado su trabajo, él necesitaba a su lado un rostro sonriente.

Desde entonces, dudó de su mujer, y para desvanecer sus dudas decidió acudir a una agencia especial, en la que se entendió con un agente experimentado. Era un sujeto mal trajeado que andaba pegado a la pared por una especie de hábito profesional. Tenía un bigote melancólico, una palidez enfer-

miza y se distinguía por unos guantes color *beige* y un bastón amarillento, cuyo puño representaba una cabeza de mono. Se llamaba Alfredo. Se expresaba con voz doliente, y cuando estuvo al corriente del asunto declaró que se encargaba de él y que confiaba en un éxito tan rápido como satisfactorio.

Julia estaba cada vez más ensimismada. La vida se le aparecía cada día más monótona, y ya no creía en su belleza, pues nadie le hacía la corte. Nadie. Aquello era indignante.

—Usted—le decían los hombres—ha hecho un matrimonio de amor.

Lejos de enamorarla le hacían objeto de sus confidencias, y a sus oídos no llegaba ninguna palabra de las que tanto satisfacen la vanidad de una mujer. ¿Es que se había vuelto fea o idiota? Había tratado de seducir a varios galanteadores profesionales; pero todos, aun los más atrevidos, la trataban con un respeto ofensivo. Había llegado el momento psicológico en que no cuentan ya los sufragios del espejo, ni el de su marido despojado de su aureola, susceptible y gruñón.

De repente se operó en ella un cambio completo, milagroso. Julia dejó de ser la mujer melancólica e indiferente. Pasaba las tardes fuera, como siempre; pero volvía con el rostro animado por una fiebre de dicha. No faltaban las flores en la mesa de trabajo de su marido, lo abrazaba maternalmente, como si tuviera que consolarle por algo.

—¡Mucho cuidado!—dijo Cipriano a su polizonte.—Me parece que anda usted algo desorientado. Pasa algo que usted no advierte.

—Ya sabremos todo. No desconfíe.

Julia llegó un día con unos ojos en los que se leía tal felicidad, que el pobre hombre, sintiéndose herido como por un puñal, la recibió brutalmente.

—Te perdono—le dijo Julia.—Trabajas demasiado, querido, y eso te pone nervioso. Pero quisiera saber qué te hace falta: cuando estoy triste, te quejas; cuando estoy contenta, te quejas también.

—Estás contenta, así es; y eso es lo que yo me pregunto. ¿Qué causas son las de tu transformación?

Después de un silencio, balbuceó Julia:

—De buena gana te lo diría, pero... ¿me creerías?

—Habla.

—Pues escucha. Sabes que soy coqueta. No es un crimen en una mujer, ¿verdad? Te quiero, y quisiera que todos los hombres me desearan, porque te quiero... y todas las mujeres somos lo mismo. Las que digan otra cosa mienten. Y siendo así me ocurre que parece que llevo un cartel: "Amo a mi marido." Nadie se fija en mí; tal vez porque como te admiran no se atreven. ¿Puedo continuar?

—Sígue.

—Desde hace cuatro días el encanto está roto. Tengo un galán, querido. ¡Si supieras! ¡Es tan divertido! ¡Si lo vieres te daría lástima! No es muy seductor que digamos. Es un hombre mal vestido, raído. Me espera oculto en los portales y me sigue como un perro, sin atreverse a decirme una palabra. Se contenta con mirarme desde lejos. Soy su ídolo. Debe de ser algún poeta. No te enfades, querido; te repito que es un tipo. Tiene unos bigotes tristes, guantes *beige* y un bastón con una cabeza de mono. Que llueva, que nieve, nada le arredra. Cuando estoy tomando el te pienso que está aguardando en la calle y esto me halaga. ¿Qué quieres! ¡Yo no soy una mujer superior. ¡Le hago pasar unos apuros para seguirme! Ya ves que no soy exigente. Me faltaba una novelita para satisfacer mi vanidad de mujer. Ya la tengo y estoy tan contenta. ¿Me perdonas?

—¡Te adoro!

Al día siguiente Cipriano fué a la agencia, buscó a su espion, le dió un luis y le dijo:

—Estoy muy satisfecho de sus servicios. Fíjeme un precio y le ajusto durante seis meses.

Lo que Ud.
tiene es un
principio de
catarro!

Córtelo
inmediatamente

por el
**"método
Bayer"**

Esta noche al acostarse,

2
Tabletas de
FENASPIRINA
y un limón exprimido
en agua
caliente

Abríguese bien. Casi inmediatamente principia Ud. a sudar, se refresca, se alivia y duerme con la más deliciosa tranquilidad. Mañana si algún ligero síntoma persiste, una o dos dosis más en el día.

Durante las epidemias de influenza y gripe, la FENASPIRINA dió en el mundo entero maravillosos resultados, y el limón fue un excelente auxiliar curativo.

Ese es el origen del "Método Bayer."

Tiene la incomparable superioridad de que corta los resfriados, los catarros, la gripe, etc., sin afectar el estómago como las preparaciones laxantes, ni atotar como la quinina.



Las tabletas no se disuelven en la limonada; se toman antes con un poco de agua.

DULCE CAMINAR

(Del libro, próximo a aparecer, "Devocionario lírico")

Fuí vagabundo en la montaña,
soy el hombre triste del mar.
Sólo tu sombra me acompaña
en este dulce caminar.

Vi en los cerros la luna llena.
Ahora es de plata en el mar.
Pero sólo tu sombra buena
viene conmigo a caminar.

Por los senderos que yo sigo
se va a la montaña o al mar.
Y no quieres venir conmigo
en este dulce caminar.

Carlos PRÉNDEZ SALDÍAS.

Santiago de Chile.

Mi tío Juan José

Por MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

"Ella es una buena muchacha. Posiblemente con todos los defectos que tiene siempre una buena muchacha."

Recuerdo haber leído esta frase en la vieja libreta de apuntes, que entre otras cosas pasó a ser de mi tía Delmira, a la muerte de su primo Juan José.

"Ella es una buena muchacha". ¿A quién se refería? Jamás se le conocieron al misántropo afecciones femeninas. Si bien es cierto que tampoco las tuvo masculinas. Ya que su carácter desconfiado y agrio no le admitió más vecindad en su vida que la de su gato y sus libros, en aquella casaca, nivea de cal, sin rejas a la calle y un gran patio que a través del recuerdo veo lleno de redondeles de sol...

¡Mi tío Juan José! Mucho oí hablar de él en mi infancia. ¡Tanto se le criticaba su vida solitaria, como sus amargas citas de Schopenhauer!

—¡El muy hereje!—comentaban los viejos parientes que sostenían el palio en las procesiones—pues, ¿no le hemos sorprendido escribiendo esta frase en el dorso de una imagen religiosa: "Toda creencia está fundada en el egoísta anhelo de un "más allá" feliz?"

—¿A quién saldría tan impío?—coreaban las viejecitas de rosario, santiaguándose.

¡Mi tío Juan José! Ahora no tengo más que cerrar los ojos para ver su figura tal como la representaba aquel óleo cuyo marco de oro mate resplandecía en la penumbra azulada de la vieja sala familiar, sobre el piano de jacarandá. De cuerpo entero, la bella cabeza erguida con gallardo empaque, la mano blanca y larga en la que lucía un curioso anillo antiguo abierta sobre el pecho; los ojos anchos y azules de mirada fría, los labios apretados, la frente amplia y animando el conjunto el color oriental de la tez, cálido y rico.

Me acuerdo de las tardes en las que su mismo retrato presidió las reuniones en las que las voces se ahuecaban para nombrarlo.

¡Oh, mi tía Tránsito, cómo se te obscurecían los ojos claros tan niños aún en el rostro de la viejecita abuela!

¡Oh, mi tía Delmira! ¡Con qué ademán apresurado hacía tu mano temblorosa la señal de la cruz!

Y a veces era la hora del crepúsculo y la poca luz que se filtraba por las cortinas de tul y encaje, tornasolada al centellear en la plata de los candelabros o en las primorosas chucherías de nácar y porcelana, iluminando de paso el óleo, encendía no sé qué fulgor diabólicamente travieso en la comisura de los labios oprimidos...

Y en la penumbra rojiza y tibia, que oía a benjui las manos pálidas y viejas que alzaban las copitas de cristal, colmadas de mistela, tenían un vago temblequeo.

—¡Que Dios lo haya en su paz!

Siempre era la voz de la tía Delmira.

—Amén—me decía yo, puesta de rodillas sobre el sofá de terciopelo rojo, mirando abstraída aquellos ojos celestes y fríos como dos gotas de agua que reflejaran cielo.

¿De veras fuiste malé? ¿Cuántas veces me pregunté lo mismo!

Hoy me respondo: Tu maldad se llamaba pesimismo. ¿Y tu esquivéz? Desconfianza.

¡Mira si debía tardar el momento en que alguien entendiera lo que dejaste escrito en la libreta que dormía entre blondas amarillentas y abanicos de varillaje pintado en un arcón de la tía Delmira!

Mucho he meditado sobre tu letra menuda. Tu pesimismo es perfecto due- por todo. Tu sabiduría, cordial hartó

agrio. ¡Cuánta vid amarga y de morado zumo destila dolor en tus frases cortas!

"De hacer un bien casi nunca se saca nada. De todos modos, siempre se pierde tiempo."

"El interés es el más poderoso factor dinámico en la energía de la humanidad. ¿No? Oíd al pío Pascal: "Quitad la probabilidad y no hay manera de agradar al mundo."

"No hay más justicia en la tierra que la proclamada por los hombres, naturalmente egoístas e injustos. De donde toda justicia humana es injusti-

cia entronizada, con el agregado de todo derecho y prerrogativa y de toda impunidad."

"No puede haber amor de hombre a hombre. Antes que la afección está la desconfianza atávica de los que luchan por lograr el mismo fin."

"No aspiro al cielo. La Beatitud Divina debe ser muy sin sorpresas. Y ya estoy habituado a esta existencia llena de emboscadas y trampas."

¿Qué digo a todo esto? Digo, mi tío, que hay cosas abominables que no de-

ben escribirse, aunque nos hostigue un imperativo formidable. Digo que ya sabemos que la vida es luz y sombra. Harto nos pintaron las tinieblas; más espesas y negras aún de lo que son. Digo que ahora soñamos con quien nos lleve la luz. La luz que es azul y es rosa y es roja. Azul como un sueño que vuela con alas de esperanza. Rosa, como una ilusión que abre al entusiasmo. Roja, como la vida, que nos pide sangre para teñir sus rosas eternas. ¿Qué más digo? ¡Ah, sí, ya recuerdo! Que he de vencer en mi alma esa voz tuya heredada, que a veces pudo más que todos los propósitos de alegría.

Entre tanto cardo la sola flor—aunque de envenenado perfume—que hallo en tu diario es esta: "Ella es una buena muchacha." Y a renglón seguido: "Posiblemente con todos los defectos que tiene siempre una buena muchacha."

¿Quién fué esa "ella" que te inspiró la única frase suave de todos tus renglones escritos?

Tía Delmira, entre punto y punto de su encaje de bolillo, me develó la incógnita una tarde. Una tarde de principios de Primavera. Ella sentada en un banco de mármol bajo la santarrita en flor; yo, a sus pies, sobre el césped, entretenida en mirar en el cielo azul los vuelos de las golondrinas a través del encaje verde-tierno de los árboles. Hay recuerdos unidos a impresiones que jamás se olvidan.

Yo todavía aspiro el perfume de col, de venuceros y de césped mojado y oigo los trinos dispersos y el mismo canto fresco de la fuente. Todo evocado junto al rostro de la tía, tan pálido bajo la cofia blanca. Y oigo su voz: "¡Que Dios lo haya en su gloria a Juan José! Yo nunca pude conocerlo bien. Tenía un alma rara, hecha como de luz y sombra, de generosidad y esquivéz. Arranques por los que se descubría con un fondo de bondad de agua y gestos por los que se mostraba duro e incomprensible.

Me acuerdo de la primera vez que lo vi, bajo el cielo atardecido, a la hora del Angelus. El ruido de su caballo que se detenía frente a la puerta, vino a interrumpir el rosario que mi abuela presidía en el patio de la casa.

¡Tan gallarda como se recortó su silueta en el vano de la puerta, airoosamente envuelta en la negra capa española! Un rayo de sol le doraba el cabello y alcanzaba a diluir una vaga luz en sus ojos azules, tan fríos, tan lejanos siempre...

La abuela, enredado en los dedos el rosario de azabache, nos presentó:

—Tu primo Juan José.

—La pequeña Delmira.

Se inclinó ante mí. Intenté una reverencia. Y después el recuerdo se hace vago. Sólo tengo una lejana sensación de la poca luz de la hora y de su mano blanca como una flor abierta, oprimiendo la capa oscura sobre el lado izquierdo del pecho...

—¡Dios te salve, María!—susurraba la voz de la abuela.

Y el coro:

—Santa María, madre de Dios...

Y en tanto él de espaldas contra un pilar me miraba con sus ojos azules, mudo y algo sonriente. Y yo tenía miedo de que fuera a advertir mi turbación cuando la criada, atravesando el patio, llevara el farol encendido...

—¿Y después?

Tía Delmira pareció momentáneamente interesada en contar el número de puntos...

—¿Después? Yo, ¿para qué ocultarlo?, comencé a pensar mucho en él.

GRACIA

GRACIA

Murmuraba, mirando con tristeza la desolada superficie rasa, que las paredes de mi pobre pieza eran una excepción en nuestra casa.

Dije a la Primavera: —Necesita mi pared que la vistas de rosales y la alegres como a una noviecita bajo su blanco traje de esponsales.

Pobre muro, tratado injustamente, con un tenaz desdén que no me explico. Ni la palmera, descuidadamente, le acaricia la faz con su abanico.

¿Por qué engalanas todas las paredes con ese tacto de mujer discreta, y se muestran esquivas tus mercedes para mi humilde cuarto de poeta?

Primavera —finé con voz contrita, —yo, que jamás pedí, tan sólo espero que te conduelas de mi amarga cuita cuando vuelvas el año venidero.

...Y en este año, a la pared desierta acercóse una guía primorosa, que ha puesto sobre el marco de mi puerta la piedad de una rosa...

Eduardo O. ZAPIOLA.

GRACIA

Y conociendo la mala opinión que a todos merecía, rezaba por su cambio favorable. Pero todo ¡con tanta inocencia, con tanto fervor de espíritu!

Entre tanto deseaba volverlo a ver. Y esto se cumplió en un baile la víspera de Navidad del año 18... El conversaba gravemente con unos señores engalonados de oro, cuando yo entré al salón de la fiesta, con mi madre y mis hermanas. Vino a mí, con la mano tendida. Una cálida luz le animaba el azul frío de la mirada. Después ya nunca, nunca más, ni aun estando moribundo, volví a ver esa expresión en sus ojos.

Aquella noche habló conmigo. Pero no recuerdo bien de qué cosas amargas y tristes que en vano procuraba dulcificar con la voz grave y honda. Yo sentía una angustia apretada, un sabor a ceniza en los labios, un frío de desilusión y de cansancio en el alma. Todavía hoy veo tan borrosa aquella fiesta, como la vi antaño opacada tras el cristal de mi llanto invisible y casi inexplicable. Luces difusas, aderezos sin brillo, trajes de vagos colores, todo en una atmósfera diluida de pesadez y laxitud. Y luego su acento como venido de lejos:

—Yo no espero nada, Delmira, yo no espero nada ni de la vida ni de la muerte. Yo no creo en nada. Para mí empecinado cansancio, toda flor está demasiado alta; para mi esfuerzo generador toda bondad está demasiado lejos e imposible. No sé de qué otras vidas, me traigo esta alma de ceniza. No sé por qué otros mundos se apagó la llama de generosa confianza que no tengo.

Y cuanto me dijo aquella noche era así triste, así amargo...

¡Dulce tía Delmira! Cómo vacilaba tu voz al narrar todo esto y cómo se trabó la aguja de plata en la espuma del nítido encaje...

—¿Y después?

—Déjame respirar, curiosa!

Y mientras yo callaba, respetando la emoción del silencio, la misma ráfaga de brisa que levantaba hojas mustias en los caminos de arena, parecía traer no sé qué perfume de cosas antiguas y de amores truncos.

Sólo al cabo de unos días logré que la tía Delmira tornara nuevamente el hilo de la narración.

—¿Lo volvió a ver?

La dulce viejecita, inclinada sobre la paila de cobre luciente, donde se desleía rubio almíbar en torno a los bien mondados melocotones, levantó vivamente la cabeza.

—¡Madre del Amor Hermoso! ¿De quién estás hablando, muchacha?

—Digo si lo volvió a ver a él, a mi tío Juan José, después de la fiesta aquella.

La mano enfermizamente blanca, surcada de gruesas venas muy azules, se oprimió sobre la cuchara de madera, dando varias veces vuelta a la apetitosa golosina.

—Sí; volví a verlo en muchas ocasiones, siempre frío y reservado. Adivinaba a veces su mirada fija en mí, pero jamás podía sorprenderla.

¡Afecto más extraño el que me tuvo! A veces hasta creí ver pasar por sus ojos, que se devoraban, un relámpago de ira.

Pero nunca tuve de él, ni aun una de esas pálidas rosas de galantería, cuyo perfume dulcemente falsificado, se nos da a aspirar en los salones.

Ya por aquel entonces comenzó a festejarme tu tío Diego, que en gloria esté. Y él lo advirtió. Una tarde de reunión en casa de la abuela me preguntó si lo quería.

—¿A quién, a él? ¿A Juan José?

Tía Delmira enrojeció levemente bajo la cofia de almidonadas blondas.

—No, chiquilla, no. Me preguntó si lo quería a Diego.

—¿Y usted?

—Yo tenía tres diamelas sujetas en la cintura por un broche de oro. Recuerdo que desfloré una entre mis dedos.

—¿Y él?

—El, tranquilo y casi dulce, comenzó a encomiar las dotes de Diego:

—Es un buen muchacho que la hará feliz, Delmira. Tiene un alma noble y sana, que no se detiene a profundizar. El no sondea aguas oscuras. Ama la vida en el sol, en la primavera, en el amor. Esto quizá sea dulce. Yo jamás amé la vida en el amor. Mi camino será siempre estéril de amor.

—¿Y, entonces?

Y tú, ¿no piensas formar hogar?—le preguntó Diego.

Sonrió extrañamente. A pesar de la penumbra de la sala, sentí sus ojos en mí.

—No—dijo.—Yo no hubiera hecho la felicidad de nadie, porque ni la mía propia pude edificar. Mi camino será estéril de amor.

Después de estas palabras, se levantó para despedirse. Y desde entonces se encastilló en su vieja casa a meditar y a leer—como él decía,—siendo imposible versele en ninguna parte.

Como es natural, se le fué olvidando. Y así, hasta sus defectos cesaron de criticarse.

Pasados varios años, una noche vinieron a buscarnos a Diego y a mí de su parte.



Muchas veces en una copa de agua hallará Vd. la muerte.

Guide su salud y la de los suyos, consuma AGUA BUENA esterilizada con el

Botellón Esterilizador del prof. Dr. Hottinger

No cuesta ningún trabajo ni necesita preparación alguna.

SOLO basta verter dentro del botellón el agua extraída de la canilla, del pozo o del molino, y a la hora el AGUA estará perfectamente esterilizada, fresca y lista para el consumo.

El botellón HOTTINGER no debe faltar en ningún hogar. Si aún no lo tiene compre hoy uno.

En la Capital de venta en las siguientes casas:

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida.—Farmacia Belgrano, Cabillo, 1901.—Droguería del Indio, Rivadavia, 1501.—Beretervide y Leonardini, Piedras, 170.—Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301.—Heinlein y Cia., Av. de Mayo, 1402.—E. Martínez y Cia., Rivadavia, 1001.—Bazar Solanas, Santa Fe, 2138.—Guanzirolí y Cia., Sarmiento, 1431.—Angelieri Jacuzzi y Cia., Callao, 98.—Cervini Hnos., Sarmiento, 1202.—Juan Faccaro, Bm. Mitre, 2599.—Medina y Cia., Rivadavia, 865.—Schmitz Hnos., Alsina, 2639.—Alejandro Colven, Viamonte, 933.—Spinedi y Grundwald, Callao, 666.—Rafals y Cia., Moreno, 862.—Casa Ubalde, Maipú, 327.—Pablo Kolb y Cia., Moreno, 1202.—R. Greshake, Esmeralda, 146.—Federico Clarfeldt y Cia., P. Colón, 746.—A. Pfeiffer y Cia., Perú, 425.—Portes Hnos., Rivadavia, 1982.—Vicente Scannapieco, Tucumán, 800.—Farmacia del Norte, O. Pellegrini y Santa Fe.—Francisco Wackershauser, Santa Fe, 4512.—Farmacia Chialvo, Sarmiento, 1302.—Farmacia Múgica, Chile esp. E. Ríos.—Carlos Dietsch, Las Heras, 3501.—Souto y Cia., Rivadavia, 3000.—Dr. Carlos A. Peiti, O. Pellegrini, 163.—Silveira Rosa Hnos., 25 de Mayo, 11.—Farmacia Nelson, Suipacha, 477.—Farmacia Vázquez y Cia., Florida y Lavalle.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.



—Entonces yo sentí que del fondo de mi alma se alzaba una ola de orgullo ahogando aquel afecto naciente. Levanté los ojos hasta los suyos y con jovialidad, mientras jugaba con el abanico, le dije que aun antes de sus consejos mi elección ya estaba hecha y que Diego tenía mi afecto.

A partir de esa vez ya no lo vi en mucho tiempo. Las cosas siguieron su curso natural. Muerta en mi aquella inclinación, escuché a Diego y poco tiempo después me casaba con él.

Al regresar de un breve viaje, supimos que Juan José se había embarcado para Europa, sin despedirse de la familia, conforme a su rara costumbre.

—Y estuvo ausente mucho tiempo?—Cinco años. Al cabo de ellos regresó más excéntrico, más áspero que nunca. La única y primera visita que hizo en la familia fué para nosotros. Le presenté mis dos hijos y les acaricié levemente la mejilla.

—Se está muriendo—explicó la criada,—y como de todos sus parientes a los únicos que nombra es a ustedes, he creído prudente llamarlos.

En poco tiempo estábamos en la vieja casa que él ocupaba en compañía de sus famosos gatos y de sus avanzados libros de filosofía.

La luz exigua de su dormitorio y la profunda palidez del rostro, medio hundido entre almohadones, me contagiaron de honda tristeza.

Sonrió, tendiéndome su mano enflaquecida al vernos entrar.

—¿Tan mal va esto?

Y yo me acordaba, mirándolo, de aquella tarde ya tan lejana en que lo viera por primera vez, bajo el cielo atardecido, a la hora del Angelus...

—¡Mi tía!

—Era la emoción del momento... Pero él, estaba perfectamente tranquilo. Más aún; comenzó a filosofar sobre la muerte con Diego:

—Mira; éste es el punto de diver-

gencia y convergencia de todas las religiones. Yo, que fui lo que ustedes llaman un ateo, estoy ya a un paso de la solución del gran problema. ¡Por-tuna que luego no os la podré decir! Imaginas lo que significaría el misterio develado? ¡Adiós genio inspirador, de que habla Schopenhauer!

La luz nuevamente dorada de la lámpara esparcía una débil claridad sobre su semblante enflaquecido. Y un reflejo de luz temblaba en sus labios.

—Juan José—le dije, acercándome a su lecho,—¿por qué mejor no vuelves tu pensamiento al Dios único? Toda tu vida fué para la filosofía. Pero la religión es el único consuelo de la muerte.

Sonrió, mirándome, con triste ironía:

—No, Delmira, no; la única compensación de la muerte, es el amor.

—Estás filosofando—le repliqué, sentándome al borde del lecho. Y creo que mi voz evidenciaba harta amargura.

—Me moriré haciéndolo. No puedo ser de otra manera. Chiquilla, tú crees en las conversiones de última hora, pero yo te advierto que conmigo perderás el tiempo.

Un pliegue de dureza, le contraía los labios pálidos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. El lo advirtió. Una voz emocionada le oí decir:

—Mira, niña, hace tiempo deseaba decirte algo y es esto: De cuantas mujeres he conocido y he tratado en mi vida, tú eres la superior, la inconfundible.

—¿Por qué no rezas conmigo?—murmuré, sintiéndome presa de una angustia que me oprimía el pecho.

Pero él movió la cabeza negativamente.

—Ya es tarde para que yo rece, Delmira; sin embargo, cuando me haya muerto será dulce a mi espíritu que murmures un rosario en mi nombre... Como la vez en que te conocí...

Una luz azulada pareció extenderse sobre su rostro; sus labios palidecieron visiblemente. Comprendí que el ala de la muerte ya proyectaba sombra en él.

Caí de rodillas sollozando, traspasada de un dolor más fuerte que toda reserva.

—Esto es lo malo—murmuré aún con una voz como lejana.—Esto es lo malo, el dolor de la separación. Sin la idea de la ausencia, ¡qué dulce este sueño!

—¿Crees en Dios?—grité casi, apelando a un supremo recurso.

Sonrió fugazmente con su última sonrisa:

—Creo en mi Dios. Y creo en ti, Delmira. ¡Muchachita ¡a más buena, la única buena que conocí!

Después enmudeció por breves instantes.

Al cabo, como viera que sus labios se agitaban, me incliné para recoger su frase, tal vez de arrepentimiento. Y escuché esto:

—¡Qué lástima!

Un minuto después dormía para siempre.

—¿Y qué quiso decir con ese qué lástima?—pregunté a la tía Delmira, ocupada en dar vueltas a su conserva de melocotones.

—No sé—me respondió ella fugazmente, sin mirarme.

¡Mi dulce viejecita, hoy devuelta a la eternidad, si sabías lo que quiso decir Juan José, lo sabías como yo!

Pero bien hicimos en guardar silencio aquella tarde.

Sobre el abismo de lo irreparable, ¿qué arrojar la sonda inútil de la lamentación? Esta es la vida... Esto suele ser el Destino.



CURIOSIDADES

En las líneas férreas del Reino Unido trabajan en el transporte de los diversos ramos de la industria más de 80.000 hombres.

La única hija sobreviviente del doctor Livingstone es misionera en Chitambos. Su famoso padre falleció en 1873.

Los niños de piel negra sufren, según se afirma, muchas menos enfermedades que los de piel blanca.

Afeitarse con piedra pómez, como era la costumbre en la Roma antigua, es la única forma permitida en ciertos manicomios.

Gracias a un acta dictada en el Estado de Jersey, las mujeres casadas han dejado recientemente de ser consideradas como un "efecto" perteneciente al esposo.

La gripe no es una enfermedad tan moderna como generalmente se supone. Esta enfermedad está mencionada en una obra inglesa, *The Lane Lover* (*El amante lisiado*), escrita en 1770 por Samuel Foote.

"Un hombre honrado tiene más memoria que un mentiroso"—ha dicho Liponsky, una maravilla de memoria, que recientemente se manifestó en Londres. En dos días aprendió 2.000 palabras inglesas.

Los artistas que son miembros de la Real Academia Británica, tienen que retirarse al llegar a los sesenta y cinco años de edad.

En la India hay un arbusto denominado "aaka", cuya savia se usa como violento purgante. En opinión del vulgo, el viento que pasa por este árbol es mortífero para los que lo aspiran.

El cuerpo de Ramsés III, rey de Egipto, momificado hace más de 3.500 años, se conserva tan perfectamente, que se distinguen con claridad los rasgos de su fisonomía.

Después de la primera representación del *Orestes*, de Voltaire, una celebridad femenina de Francia le mandó una carta de cuatro páginas conteniendo críticas sobre su obra. El célebre escritor se contentó con responderle estas pocas palabras: "Señora, no se escribe Orestes con h".

Las espinas de una especie de lamprea llamada "aalenabe" forman un color verde al ser cocidas.

En Africa, los negros se dan fricciones en todo el cuerpo con aceite de palma, por su agradable perfume.

Un juez norteamericano afirma que el crimen es consecuencia de un defecto físico de cerebro. Se basa para hacer tal afirmación en 40.000 comprobaciones realizadas en los Tribunales de Chicago.

Se afirma que la mayor parte de los incendios de casas que ocurren en Londres son debidos al descuido de dejar ropas cerca del fuego o a las colillas encendidas de los cigarros y cigarrillos.

Para hacer el almidón perfectamente soluble en el agua, basta calentarlo hasta 190° centígrados con glicerina; este procedimiento es de éxito completo con el almidón de patata, regular con el de trigo y poco eficaz con el de arroz.

La leyenda dice que Adán y Eva, una vez arro-

jados del Paraíso, se separaron y hasta pasados varios siglos no volvieron a verse. Este encuentro tuvo lugar en un célebre monte de Arabia, llamado Arafat.

Algunos médicos dicen que uno de los mejores ejercicios para los niños es el de gritar, y el doctor de cierto hospital de niños asegura que los muchachos que no gozan de buena salud deben dedicarse a este ejercicio, tres o cuatro veces por lo menos cada día, y durante diez o quince minutos.

Dice un autor inglés:
"Goethe dijo a Balzac que cada una de sus mejores novelas parecía sacada del corazón de una mujer dolorida. Balzac hubiera podido devolverle el cumplido".

Durante una gran tempestad desencadenada en el Mar Báltico se vieron muchas gaviotas que volaban

con unos pequeños destellos azulados en el pico, en las patas, alas y cola.

El área que administra el Concejo de Londres mide 116.000 millas cuadradas. Está dividida entre 38.200 propietarios, y el mayor de ellos es el propio Concejo.

Durante el Imperio Romano florecieron los siguientes historiadores españoles:

Lucio Cornelio Balbo, el mayor, natural de Cádiz, "escritor purísimo y elegante".

Cayo Julio Higino, historiador doctísimo que, lo mismo que el anterior, floreció en tiempo del emperador Octavio Augusto.

Lucio Floro, del tiempo de Vespasiano. El emperador español Trajano, que escribió la historia de su guerra de Dacia.

El emperador español Adriano, que, entre otras obras, escribió en griego su propia vida.

Antonio Juliano, historiador de las guerras judaicas de su tiempo.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

Las aguas dentífricas tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

Las pastas dentífricas dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los Polvos dentífricos y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.—. Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTÍFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar bien los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.40 — de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

ECOS DE LA VISITA DE LOS TRIPLU- LANTES DEL PLUS ULTRA

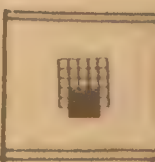
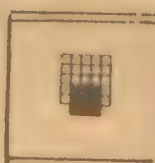
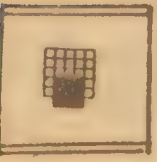
El grupo de tripulantes del "Plus Ultra" en un momento de su estancia en Buenos Aires.



Acto de despedida a los aviadores hispanos, por parte de la colectividad española radicada en Buenos Aires, realizándose en el Pabellón de las Rosas un gran banquete donde, una vez más, se puso de manifiesto la enorme simpatía despertada por los intrépidos expedicionarios aéreos. — A la izquierda: la cabecera de la mesa ocupada por el comandante Franco. A la derecha: una vista parcial de los comensales.



Después de las interesantes demostraciones tributadas a los aviadores españoles, fué el "xantar" que, en su honor, se realizara en Casa de Gallina, y del cual reproducimos las presentes vistas, el sitio de honor, en la mesa, y un aspecto de la concurrencia que asistió al acto.



Como vuelo de despedida dirigiendo el "Plus Ultra", el comandante Franco realizó en el glorioso hidroavión una excursión aérea sobre la capital, acompañado del capitán de fragata Gámez, teniente de navío Benito, alférez de navío Nieto, ingeniero maquinista Morey, doctor Aguilar, cabo torpedista Barreiro y radiotelefonista Ros, de la tripulación del "Alsedo", el teniente argentino Manni, ayudante del comandante Franco, y el señor Bish.



El comandante Franco acompañado del ministro de Obras Públicas, doctor Ortiz, ocupando un palco del teatro Buenos Aires durante la función en honor de los aviadores hispanos.



Un aspecto de la sala del teatro Buenos Aires mientras se realizaba la función de homenaje a los tripulantes del "Plus Ultra".



Vista parcial del público que asistió a la interesante conferencia pronunciada por el capitán Ruiz de Alda en el local de la Asociación Patriótica Española.



El oficial de ruta del "Plus Ultra", capitán Ruiz de Alda, durante su aplaudida disertación sobre la gloriosa travesía aérea.



Franco, Ruiz de Alda y Durán, acompañados por el ministro de España, señor Danvila, y otros caballeros, en el despacho del intendente municipal, doctor Noel, durante la visita de despedida y agradecimiento que los tripulantes del "Plus Ultra" hicieron al jefe de la comuna bonaerense, quien aparece entre los dos primeros aviadores nombrados.



EL VIAJE TRIUNFAL DE LOS AVIADORES ESPAÑOLES A ROSARIO DE SANTA FE



Instantes después de que el aeroplano piloteado por el aviador Luro, conduciendo al comandante Franco aterrizó en el aeródromo Saladillo. Los viajeros acompañados por el presidente de dicha institución, señor Rouillon.



El mecánico del "Plus Ultra", Pablo Rada, soportando las efusiones del recibimiento con que le acogió el público rosarino.



El automóvil que conducía al comandante Franco, llegando al palacio municipal en medio de una gran multitud que le aclama entusiastamente.



El comandante Franco y su ayudante teniente Manni, descendiendo frente a la entrada del Club Español, donde fué objeto de cálidas demostraciones.



Durante el lunch servido en el palacio municipal.—El comandante Franco y el mecánico Rada, acompañados del vicegobernador de la provincia, señor Cepeda, del intendente, doctor Pigneto, del jefe político, señor Aldao, y de otros caballeros.



Un grupo de damas y niñas de la colectividad italiana rodeando al feliz piloto del "Plus Ultra", en la recepción que organizara en su honor el Círculo Italiano.

Foto. Flores Toledo.



El buque argentino que conduce a España a los héroes del vuelo Palos de Moguer-Buenos Aires



El crucero acorazado "Buenos Aires", de 4780 toneladas de desplazamiento y 23 millas de marcha, a bordo del cual navegarán, hacia la madre patria, Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada, después de realizar la gloriosa hazaña aérea, en alas del "Plus Ultra".



Capitán de fragata Américo Fincati, comandante del crucero "Buenos Aires".



Teniente de navío Sabá Z. ro, segundo comandante "Buenos Aires".



Los jefes y oficiales de la gallarda nave, que partirá, rumbo a las costas españolas, en medio de la emocionante despedida de las autoridades y del pueblo.



E. camarote destinado al comandante Franco, a bordo del "Buenos Aires".



La cámara del comandante del buque, que será utilizada por los tripulantes del "Plus Ultra".

DEMOSTRACION A DON RAMÓN CABEZAS



ALMUERZO EN EL CAMPO DE MAYO



Tras la realización de varios ejercicios tácticos, el jefe del regimiento 2 de caballería, teniente coronel Carlos B. Martínez, obsequió con un almuerzo a varios oficiales de alta graduación y otros caballeros. Vista parcial de los concurrentes.

ANIVERSARIO DE "LA RAZÓN"



Doctor Angel L. Sojo, director de nuestro estimado colega "La Razón", prestigioso y difundido diario vespertino, que acaba de cumplir el vigésimo primer aniversario de vida periodística, en plena era de prosperidad y progreso.



Un aspecto de los comensales, al darse la orden de "ataque" al almuerzo. —Asistieron entre otros, el general Gil Juárez, los coroneles Pertiné y Toledo, el teniente coronel Alvea, etc.

NECROLOGÍA



Señor Abel Zaní.



Señora María Encarnación S. de Salinas.



Señor Francisco Ducasse, aplaudido primer actor.



"David Peña".

UN RETRATISTA DE MERITO



Señor Marcos Viberti.



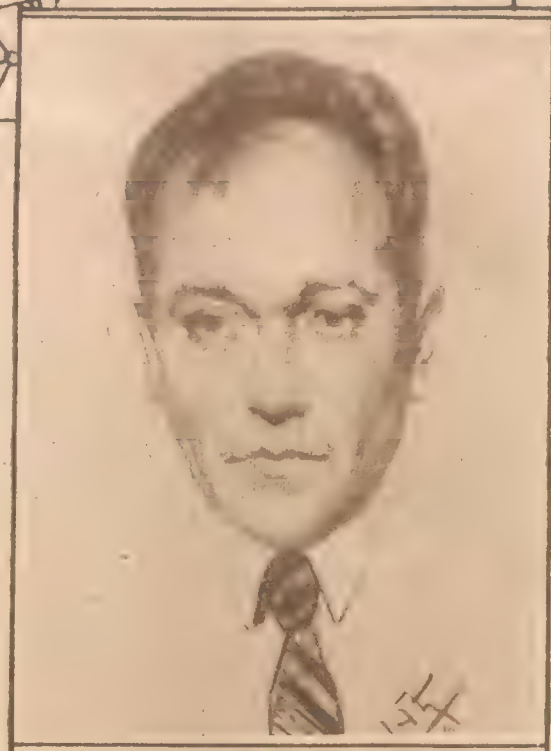
"Alberto Barceló".



"Isaac E. Castro".

Marcos Viberti es un joven artista argentino que tiene verdadero talento. Trabajador, entusiasta, humilde, ha hecho de su carrera un constante ejercicio de superación espiritual. Si ya ha dado obras meritorias, especialmente en "cabezas" de estudio, mucho más es dable esperar de quien pone tanto corazón y tan nobles preocupaciones en el anhelo de perfeccionarse, sin esas urgencias irreflexivas a que son tan propicios los jóvenes artistas.

Las cabezas que publicamos en esta página corresponden a trabajos recientes que ha realizado el destacado retratista. Alberto Barceló, Carlos Ocampo, Isaac Castro, David Peña, surgen con nitidez física y psicológica de los trazos firmes y característicos de Viberti. En esos trabajos el artista reúne todas las virtudes: parecido, carácter, penetración y sugerencias. Son cabezas que penetran el porvenir con la transparencia y hondura de sus miradas. Viberti está en un camino seguro, y es dable estimularlo y aplaudirle para fortificar su propia fe y aclararle el panorama futuro. FRAY MOCHO lo hace con esta página, siguiendo una tradición que ha sido su norma.



"Carlos Ocampo".

EL ACCIDENTE DE AVIACION OCURRIDO AL PILOTO CHILENO TENIENTE MONTESINOS



Como es sabido, tres aviones militares, pertenecientes al ejército chileno, partieron del aeródromo El Bosque, en Santiago de Chile, con destino a Buenos Aires, a fin de presentar sus saludes al comandante Franco y demás tripulantes del "Plus Ultra". — Uno de aquellos aparatos, el dirigido por el teniente Carlos Montesinos, a quien acompañaba el sargento mecánico Moragas, sufrió un grave accidente en plena cordillera de los Andes, resultando seriamente heridos ambos pilotos. La fotografía muestra el estado en que quedó el aparato, después de desplomarse violentamente desde 800 metros de altura.

Fot. Aratu



SOCIALES



Enlace Rezzano-Roldán.—Los contrayentes después del acto religioso.



Señora Asunción H. de Kreymborg.



La señorita Esther Brignardello y el señor J. Fisher, en el acto de sus desposorios.



La señorita Elena Sar y el señor Juan Belgbeder, recientemente desposados.



La señorita María L. Bertanelli y el señor Rafael Paredi, después de su matrimonio.



GENTE MENUDA



Noemí Margarita Abad.



Susana Terrie.



Daniel Agustín Magallanes.



Teresita Flores.



José y Alfredo Schenone.

CADA DIA TIENE MAS ADEPTOS EL BALNEARIO MUNICIPAL LAS OBRAS DE AMPLIACION Y EMBELLECIMIENTO



Las señoras Firpo y Clelia Hidalgo, del teatro Maipo, dirigiéndose al agua.



Las señoras Felina y Aurora Escobar, de la Ópera y la Compañía, posando para el espejo antes de zambullirse.



Una vista parcial de la hermosa obra de ampliación y embellecimiento de los trabajos de construcción.



Las señoras Ana Vello y A. Firpo, del Maipo, durante un momento de sus ejercicios.



—Junto a aquella hermosa obra de arte, que nos lleva a Europa en un viaje de ida y vuelta.



Estado en que se encuentran las obras del muro de la Avenida Costanera, en el tramo comprendido entre la calle Belgrano y el espigón.



Nuevo deporte que se practica con gran entusiasmo en las escalinatas del muelle.



Una simpática batallana oreándose antes del baño.



Un detalle de la pérgola.



Trozo de murallón casi completamente terminado. — En último término: la obra.



En las tardes calurosas, el espigón brinda gratas perspectivas a los "afiladores"...



Un grupo de batallanas posan plásticamente para "Fray Mocho".



Público que se defiende de la bochornosa temperatura aspirando, desde el extremo del espigón, las brisas del Río de la Plata.

DE PUENTE DEL INCA



Beba Gopcevích.



En la estación Puente del Inca. —Despidiendo a los que se van.



Una paciente víctima de las excursiones.



Familia del señor Leire en Los Horcones.



Señor y señorita de Gentile, bajo el Puente del Inca.



El señor Ferrari, gerente de la Compañía de Hoteles Sudamericanos, en su "reservado".



Una guerrilla de nieve en el camino a la Cumbre.



Elección de mulas en Las Cuevas para emprender una excursión a la Quebrada Matienzo.



Un grupo de familias veraneantes.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Harrison Ford y Claire Adams, en una escena de "La rueda de la fortuna", cinedrama que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Conjunto del cinedrama "Cómo eran aquellos semblantes", interpretado por Henry Walthall, Roy Stewart, Seldon Lewis y Marguerite Snow, que la Corporación distribuye desde la semana anterior.



Escena de "Los piratas del cielo", cinedrama de aventuras con Charles Hutchinson como protagonista, que la New York Film estrenó el sábado último.



Escena del film "Una madre", con Mary Carr, "la madre del cine", como principal intérprete, que la General estrenó el domingo pasado.



Rudolph Schildkrant, célebre artista germana, Blanche Mehaffey, Rosa Rosanova y Kate Price en un pasaje del notable film "Amor filial", extra Universal, que se estrenará pasado mañana.



Un cuadro de "Con que esto es el matrimonio!", interpretado por Leonor Beardmann, Conrad Nagel, Lew Cody y John Patrick, película que Max Glücksmann exhibe desde el domingo anterior.

La jira política del ex presidente Irigoyen, a la pro- vincia de Santa Fe

EN ROSARIO. — El ex presidente de la República, señor Hipólito Irigoyen, está en Rosario, desde la plataforma del ferrocarril, rodeado de una multitud de seguidores políticos, que lo acompañan a la estación Rosario Central.



Miembros que integraron la delegación rosarina nombrada por el partido Radical Irigoyenista, para acompañar al ex primer mandatario en su jira de propaganda electoral por el norte



EN SANTA FE. — Automóvil que acompaña al señor Irigoyen al lugar de la proclamación de los candidatos a diputados nacionales, hecha por su partido, rodeado del enorme gentío que lo acompañó en el trayecto.

Vista parcial de la gran manifestación pública que acompañó al señor Irigoyen en su marcha hasta la plaza España, donde se realizó la proclamación de los candidatos a diputados nacionales.



El señor Hipólito Irigoyen conversando con un viejo correligionario, el señor Amadeo Ramírez y el senador Antille.



EN LA ESTACION IRIGOYEN. — Cabeza de la manifestación en la que formó parte un apreciable contingente de ferroviarios, que saludó al señor Irigoyen a su paso por dicha localidad, y que le obsequió con ramos de flores.

Foto: Flores Toledo

DE CARHUE



Señoritas Maria y Segunda Pichinini.



Dora Emilia A. de Pippo, su hijo Alberto y su sobrina, señorita María Pippo



Señoritas Mechita Larraburu y Elena San Roman



Vicenta Dora Marrugat.



Señora de García Barreiro y su familia.



Francisca Bastarrica Pierry



Señor A. O. Figni y familia.



Niños de Repetto y Paganini.



Señorita María Luisa Badaracco y el joven Luis Pippo.



Luciano y Bachicha Larraburu.



Doctores Ignacio Blanes y N. Pérez.

ECOS DE LAS FIESTAS DE CARNAVAL



VILLA DEVOTO. -- Dos de los palcos que más se distinguieron en el corso principal.



Otro simpático conjunto femenino del mismo corso.

FLORES. -- Señoritas de Servático, Mosquera, Vázquez y Pérez.



SUNCHALES. -- Vehículo que llamó la atención en el corso local.

RUFINO. -- Señoritas Camila Alina y Lina Fiandrino e Iris y Libia Della Mattia.

Señoritas Regina, Blanca y Livia Crotti, Rosa Avaro y María Faverna.



Dos tanguistas sorprendidas sin antifaz.

Margarita Coll.

Leonor Haydée Costoya. -- "Bufón".

Edith Isela Castiglioni.

Abel Angel Fumagalli.

Néilda Cupeiro.



Regina, Angel, Clara y Luis Maskivker. — "Bataclana", "Pierrot", "Bataclana" y "Gaúcho".



Clelia, Luis y Luisa Caro. — "Fausto", "Conejo" y "Mariposa".



Mercedes, Rosa y Virginia Perogi.



Rodolfo y Haydée Quarleri.



Jacinto y Teresa Condellio.



José Alberto Padín.



Mariano Torrico.



Lidia Carreras y Juan Magenta.

DE RAMALLO

Organizadas por el Club Atlético Los Andes, efectuáronse unas animadas romerías que alcanzaron brillante éxito. — Parte de la comisión directiva de la mencionada asociación y la banda de música que amenizó el acto.



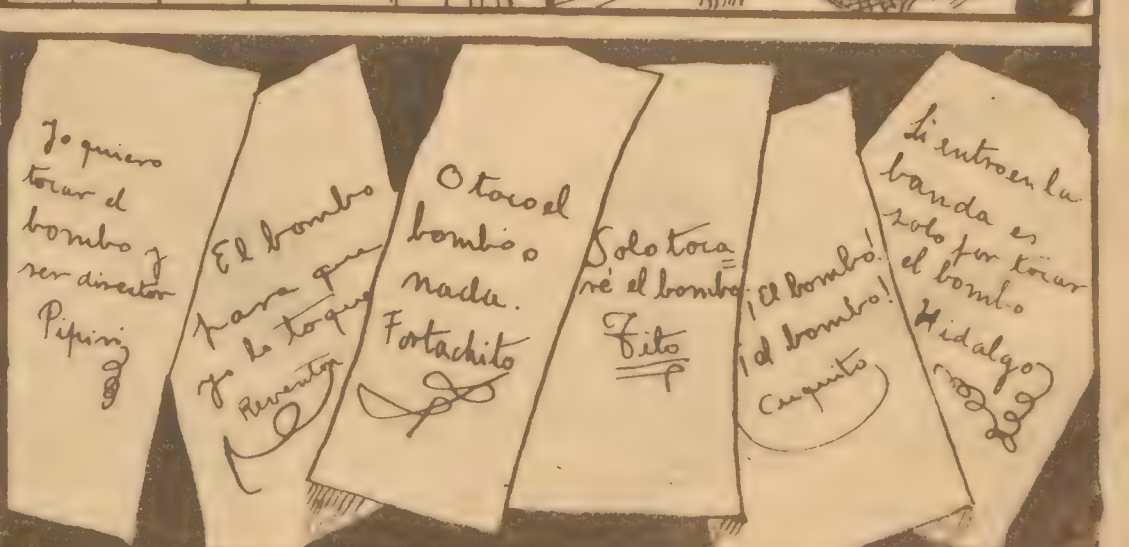
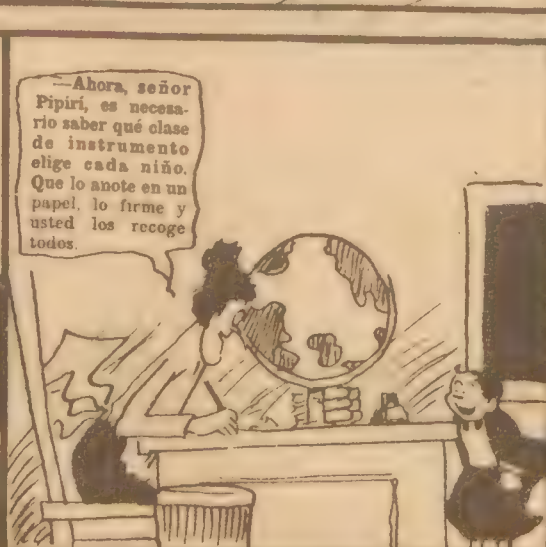
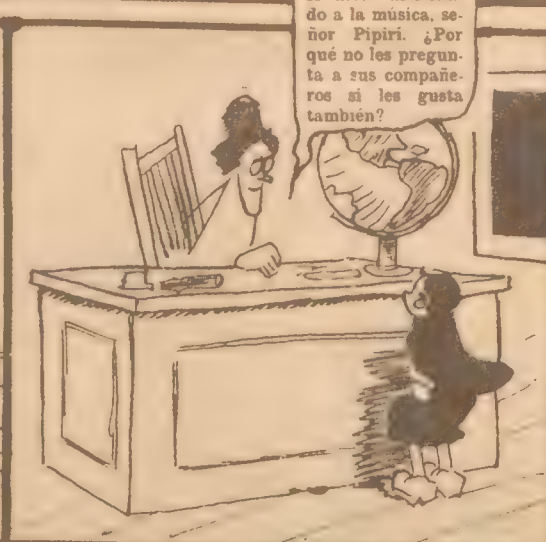
Un quinteto de simpáticas chicas, dispuestas a no perder un solo número del programa.



Señoritas que integraron la comisión femenina del Club Los Andes, a cuyo cargo estuvieron los quioscos y ruletas que funcionaron en la fiesta.

PAGINA INFANTIL

LA HISTORIA DE PIPIRI



El arte de tener dinero

Por CARLOS HERNANDEZ POZO

Hacía mucho tiempo que no veía a Pepe Fontela.

Esto no tenía nada de extraño. Desde que quebró el banco en que prestaba sus servicios como auxiliar y quedó sin ocupación, el hombre debía llevar una vida de perros. Poco tiempo después de su desgracia acudió a mí tres o cuatro veces en demanda de unas monedas para comer, y hasta llegó al límite de solicitar, en la última ocasión, una peseta para café con media tostada.

Transcurrieron los años, y Pepe Fontela permanecía invisible. No cabe duda de que se habría ausentado de Madrid, provisto de alguna ocupación en provincias o acaso embarcándose para América en pos de un porvenir más fructífero que el que le brindaran las escaseces de la patria.

Con frecuencia me acordaba de aquel muchacho inteligente, discreto y siempre vestido de una manera impecable, que era la alegría de nuestra tertulia de café y el encanto de las reuniones que se celebraban en varias casas de familias acomodadas, estaciones de enlace para los trenes del matrimonio.

Dondequiera que estaba el amigo Pepe, allí estaba el buen humor. Además poseía tales cualidades de ingenio, que difícilmente se encontraría otro capaz de superarle, sobre todo en la invención de los recursos para salir de las empresas de mayor empeño.

Cuando alguien se encontraba en situación difícil o en algún conflicto femenino, en seguida apelaba a los luminosos consejos de Pepe Fontela, que, en un dos por tres, resolvía de plano la dificultad o se prestaba por sí mismo a vencerla.

Aquel hombre constituía para nosotros una especie de providencia.

Por esta razón, nada tiene de extraño que cuando sufrió el infortunio de perder el cargo que ocupaba, todos sus conocimientos respondieran, con la largueza que la situación de cada cual permitía, a facilitarle los medios necesarios a su subsistencia. Sin embargo, como éstos resultaban excesivos para la cordedad de los bolsillos de los amigos, el bueno de Pepe se vio obligado a recurrir a ciertas combinaciones peligrosas y a ciertos eclipses de lo que las personas adineradas califican de dignidad.

Supimos que Pepe Fontela había abandonado varias casas de huéspedes, convencido de que las patronas no podían sustentarlo gratuitamente; que tuvo que mudarse de barrio con frecuencia porque debía cantidades excesivas de géneros en casi todos los establecimientos; que los sastres le perseguían con saña impiadosa; que había vendido tres o cuatro veces, a personas distintas, los muebles que alquilara en un establecimiento, y, en fin, que había realizado otra multitud de hazañas más o menos deshonestas por la imperiosa necesidad de vivir.

Tal vez la presión de los acreedores y las dificultades de conseguir el acrecentamiento de éstos con nuevas extracciones fuesen el origen de su destierro.

Algunos de nosotros, sin embargo, abrigábamos la certidumbre de que el día menos pensado Pepe Fontela se presentaría de nuevo en Madrid, resuelto a evidenciar su regeneración, y satisfaciendo las deudas contraídas y

reintegrándose a la sociedad que tanto le había echado de menos. Porque era indudable que nuestro amigo lograría dar con el rasgo genial que su claro entendimiento le inspirase, para salir airoso de la situación que los azares de la suerte le habían deparado.

No era vana esta creencia. Anteanoche, hallándome en el saloncillo de un teatro, se me apareció Pepe Fontela, más jovial que nunca, vestido con exquisita distinción, envuelto en rico ga-

tescos. Ahora me encuentro en la gloria.

—¿Has estado en América?

—No.

—¿Has heredado de un tío indiano?

—Tampoco.

—¿Has trabajado como un negro?

—Meros.

—Pues no me explico...

—Dando vueltas a mi imaginación, cuando más apurado me veía, saqué la consecuencia de que trabajando nadie

holgura y disfrutar un mínimo de placeres, ya que un máximo no pudiera alcanzarlo en mi pequeñez de capitalista puramente ideológico.

—¿Y te dedicaste a explotar ese filón?

—No tenía otro. Pero la vena descubierta por mí era rica, y con paciencia, buen humor y osadía, pude conseguir los fines tenazmente perseguidos.

—¿Cuál es el secreto?

—Sencilísimo. Se le ocurre a cualquiera.

Y cogiéndome por el brazo salimos a los pasillos, después de encender un cigarro.

—Como te decía—prosiguió Pepe—, el procedimiento está al alcance de la más pequeña fortuna intelectual. Consiste simplemente en convertir a cuantas personas se pongan a tiro en otros tantos acreedores.

—Eso tiene sus quiebras.

—Las de los acreedores, sí, acaso. Yo me dediqué desde que me vi en las últimas trincheras a realizar un movimiento de avance firme y resuelto, arrojando todos los peligros y todas las humillaciones. Entre morir de hambre y sufrir sofiones, opté por los sofiones. De forma que en aquel punto y hora del despertar de mis audacias me puse en campaña y juré no pagar a nadie. Viví gratuitamente en muchas casas hasta que me expulsaron de ellas por falta de pagos, comí de muchas tiendas hasta que me cortaron los víveres, solicité auxilios sin promesa de devolución, pedí prestado a amigos y conocidos, vendí lo mío y lo ajeno, cobré los insignificantes favores que hacía, visité los teatros con billete de favor o los vendía si el espectáculo no era de mi gusto... En suma, apelé a cuantos sistemas me sugería mi imaginación para recaudar fondos, que, como no gastaba, iban engrosando el capital. Y al cabo de algunos años, y después de haber recorrido buena parte de España, donde tengo valiosos conocimientos que me han sustentado y con largueza me han favorecido, he logrado obtener una renta suficiente para retirarme del negocio e ir poco a poco devolviendo a los más necesitados los fondos que me prestaran. Como no satisfago intereses, el reembolso me resulta sumamente económico. Confío en que en dos años podré dejar canceladas mis obligaciones, y desde ese momento iré aumentando con la renta mi capital.

—¿Debes todavía mucho?

—Una futeza. Calculo que ascenderá a diez mil duros lo que me queda por satisfacer. Figúrate que mis deudas ascendían a cerca de cuarenta mil.

—Eres prodigioso.

—Y ya que te he encontrado, aquí tienes las trescientas pesetas que me prestaste. Lo recuerdo muy bien.

—Si te hacen falta...

—Eso es indicio de que no las necesitas... Y a los que no lo necesitan no les pago...

Pepe volvió a guardar los tres billetes en la cartera, y como sonara el timbre para comenzar el acto me apretó cariñosamente la mano y me dijo:

—Gracias, generoso amigo. Cuando quieras comeremos juntos... Pero ya sabes que tratándose de personas como tú, me he habituado a la costumbre de no pagar.

"QUILMES CRISTAL"

Es la mejor
c e r v e z a

bán de pieles y ostentando en la corbata una preciosa perla y en un dedo un magnífico solitario.

Al verme me estrechó efusivamente en sus brazos, exclamando:

—¡Un siglo sin vernos!

—No tanto—le contesté.—Lo demuestra la prueba de admirarte tan joven como siempre y tan satisfecho como en tus buenos tiempos.

Todo es relativo. Ya sabes que estamos en la época de la relatividad.

—Pero, ¿de dónde sales?

—He pasado todos los círculos dan-

ha conseguido hacerse rico, a menos de encontrar un ostrero de perlas en el Japón, una mina de diamantes en el Transvaal, un yacimiento de hierro en Vizcaya o una cuadrilla de excelentes bandidos norteamericanos, provistos de potentes automóviles o de rápidos aeroplanos. Para comenzar todo negocio se necesita un capital, grande o chico, pero, al fin, un capital. Y como yo carecía hasta de lo más indispensable para la existencia cotidiana, pensé hacer de mi ingenio un capital que diera los rendimientos requeridos para vivir con



Retratos de mujeres

CELEDONIA Y ANGELICA

Por FEDERICO QUEVEDO HIJOSA

Conoci a Cele—diminutivo familiar— en los comienzos de su año. La primera cana la había arrancado de raíz con la tenacilla niquelada. Después, la prudencia la indujo a conservar las odiadas hebras de plata bajo la protección del castaño tinte de Las Carmelitas. La calvicie horroriza a las hijas de Eva. Ingresaba ya, por entonces, a la vasta y triste hermandad de las solteronas. Su fervor religioso, en aumento a medida que pasaban los años, adquiría ahora un sentido místico que le hacía gustar la voluptuosidad del dolor de vivir. Era la suya una belleza melancólica, que traía a la memoria la evocación de las madonas de Leonardo de Vinci.

—¿Por qué no te has casado siendo tan linda y no faltándote cortejantes?

—Porque mi destino no era llegar a ser una madre de familia, prolífica y feliz, como la Carlota de Goethe. Ningún hombre alcanzó a comprenderme.

—¿Yo?—pregunté arrastrado por la fuerza del diálogo y por ese incontestable deseo de desafiar el peligro que nos empuja siempre en "lo trágico cotidiano".

Ella, sin inmutarse, con una naturalidad perfecta, que hubiese envidiado María Guerrero, contestó:

—Tú, tampoco.

En idéntica situación, Angélica me había dicho, con la ternura en los labios y la dulce paz de un cielo sin nubes en los ojos:

—Te comprendo, mi Fred.

Y lo demostraba con su ciega fe en el amante, es decir, en la vida. "Sin esta confianza, que es reposo mental, no existiría para mí—agregaba—dicha posible en este mundo."

Para Cele el estado de espíritu permanente era la duda. Como los abúlicos, veía dificultades, inconvenientes y aschanzas en todas partes. El amor convertíase para ella desde el primer instante en una tortura. El divino deleite de querer y de ser correspondida no evitaba la congoja de su corazón medroso, aprensivo, pendiente en todo momento de las consecuencias de los actos humanos. Sentía sobre su cabeza la fatalidad. Hería sus oídos el chillido del cuervo de Poe. Lo precario de cuanto se agita bajo el sol, la fugacidad de las horas de placer, la irremediable "vanidad del tutto", que decía el doliente poeta Leopardi, llenaban su alma casta y buena, de crueles zozobras. Padecía, martirizaba.

—¡Si yo sé que soy mala!—exclamaba juntando las manos marfileñas y elevando la mirada con sincera aflicción.

—No, no eres mala; eres caviladora y tienes en el pensamiento, en lugar de bálsamo para las magulladuras del camino, un feroz enemigo, que no te da sosiego, que no te perdona, que hace, en suma, de tu persona una muñeca rellena de desaliento. Es sensato muchas veces, ¡oh, Cele!, dejarse llevar a la deriva aguas abajo...

—Bien quisiera yo, pero no puedo. Me asaltan las ideas. Las rechazo y vuelven con más saña. Apártolas con rabia, con angustia, como oculta el avestruz la cabeza debajo de las alas para eludir el riesgo que le amenaza, y sólo consigo agonizar de ansiedad. No, no puedo. Los nervios enloquecidos estrangulan mi reflexión. No descansaré sino en el seno de la muerte.

Y no había en las desoladas palabras de Celedonia fingimiento ni pusilanimidad. Ella era así. A despecho de sus carnes abundantes su nervosismo la do-

minaba hasta estrujar su delicada emotividad. Envejeció en su ley, sin avenirse a cambiar de temperamento como de vestido. Sufría y hacía sufrir por incompreensión.

Angélica, de sistema nervioso vibrátil, era, en cambio, la conformidad personificada en el círculo de sus afectos. La duda era para ella la espina de que habla Amado Nervo y que arrancada ya no nos punza más. Esbelta, flexible, hasta simbolizar la fragilidad de la vida, había en ella algo que estaba por encima de lo transitorio de nuestro destino en la tierra: la bondad crédula, activa, exenta de recovecos psicológicos. Se daba ella toda al amor, con los ojos vendados como el niño arquero de los griegos, esto es, sin complacerse en analizar las cosas. Había en su ternura, nada expansiva por lo demás, sino discreta y recatada, una heroicidad que la embellecía, imponiéndola a una devoción. Solía invocar el deber, porque era austera, pero cuando hablaba del amor había en su acento santidad. Dignificaba la vida, librándola de la noción de pecado y del remordimiento. Alrededor de ella continuaba representándose la comedia humana; junto a ella asistíase al desfile cinematográfico de todo lo que llega y pasa, en el rodar indetenible del universo. Sí, sin duda. Pero en Angélica descubríase lo que tiene de perdurable este desconcertante espectáculo de la tierra y el cielo. Había como una reconciliación con la vida, a ratos tan triste. Se entreveía una escondida senda, un profundo sentido al eterno misterio que nos envuelve y oprime. El amor de Angélica era *gratia plena*, inocencia, pureza, suavidad. Nunca una frase mortificante; jamás un gesto de contrariedad. Poseía ella esta fórmula de felicidad práctica, producto de su alta distinción: "no hacer sufrir". Amor de

epitalamio era el suyo, como pudo gozarlo la Sulamita. ¿Fue feliz, Angélica? En sus noches, al reclinar la cabeza sobre la almohada tenía ella el derecho de sentirse feliz al efectuar, antes de recitar sus oraciones, un rápido y severo examen de conciencia. Había cumplido con Dios, con su familia y con su corazón...

Como Celedonia sembró zarzas, Angélica cultivó rosas.

Animales útiles y dañinos.

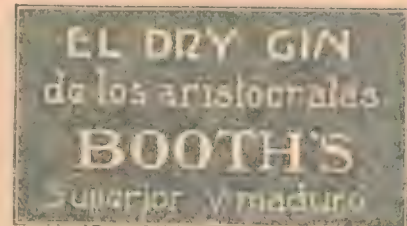
Una persecución contra las focas

Desde hace tiempo los pescadores que ejercen su industria en las inmediaciones del banco denominado Cabeza de Perro, en el mar del Norte, vienen lamentándose de la enorme destrucción de peces en aquellas aguas por las focas, quejas que últimamente han dado motivo a que se fije una recompensa de diez chelines a todo el que presente una foca muerta a las autoridades de marina británicas.

Gran número de esos mamíferos han sido ya muertos por los tripulantes del vaporcito de la Comisión pesquera del mar del Norte, embarcación que presta servicio de patrulla entre el río Humber y Great Yarmouth.

Quizá sea conveniente disminuir el número de focas en aquellos parajes. Sin embargo, hay quien opina que acaso resulte innecesario ese metódico exterminio.

"Se acusa a las focas—dice un perito en la materia—de destruir la pesca en el área de referencia; pero que yo sepa no se ha procedido hasta ahora al reconocimiento del estómago de ninguna de las focas muertas, para averiguar cuál sea su alimentación. Mientras esto no se haga no podrá afirmarse que esa matanza de focas cumple el fin propuesto. Tal persecución contra las focas ha ocasionado las quejas de los pescadores, robustecidas por un informe del ministerio de Agricultura y Pesca, en el que se encarece la importancia esencial de que no se destruyan las crías que hasta su desarrollo pueblan las aguas poco profundas, cercanas a la costa. Pues bien, en este caso lo probable es que las focas estén



prestando un gran servicio al destruir a otros peces adultos que devoran a esas crías.

Antes de la aplicación de medidas radicales para resolver cualquier problema debe estudiarse el mismo a conciencia, para evitar que, como suele decirse, sea el remedio peor que la enfermedad. Muchas veces el impulso de ciega venganza se ha contenido para dejar paso a una serena y minuciosa investigación, por haberse tenido en cuenta que en no pocas ocasiones se ha causado un mal irreparable cuando se pretendía realizar un bien.

Oportuno es recordar que hace algún tiempo clamaron también los pescadores contra la protección extraordinaria de que eran objeto las colonias de reproducción de determinada variedad de aves acuáticas de Norfolk. También se las acusaba de exterminio de la pesca. Pero hubo quien abogó por esas aves y sostuvo que antes de iniciar la extinción pedida por los que se consideraban perjudicados debiera comprobarse la realidad de ese perjuicio. Semejante proposición fue atendida. Se constituyó una Comisión investigadora, de la que formaban parte algunos de los reclamantes, y, cazadas algunas de las aves de referencia, un reconocimiento adecuado vino a demostrar lo infundado de la protesta. Aquellas aves se alimentaban de pequeños crustáceos y no de peces. No existía, pues, daño alguno para la pesca.

Así, de no haberse realizado tal investigación, se habrían sacrificado en balde numerosísimos ejemplares de la interesante especie ornitológica.

Sería oportuno por consiguiente, que antes de recurrir a esos salvajes métodos de destrucción de los que son víctimas a veces animales inofensivos, se procediera siempre al descubrimiento previo de la causa del daño, porque además ocurre a menudo que se sacrifica a irracionales que, lejos de ser dañinos, resultan útiles para el hombre, porque destruyen insectos o sabandijas verdaderamente perjudiciales."

Conforme a la teoría de ese pequeño inglés ya existe en los Estados Unidos una Sección Ornitológica Oficial, cuya misión consiste en investigar las costumbres de todas las aves indígenas y el efecto de esas costumbres sobre la economía racional. La conservación de animales salvajes, tanto cuadrúpedos como alados, constituye una de las características de la legislación norteamericana y es ejemplo digno de ser imitado por todos los países.

Láminas de acero transparentes

El doctor Karl Müller, del Instituto Físico-Técnico de Berlín, ha inventado un nuevo método para hacer planchas de acero de una tenuidad hasta ahora inconcebible.

El invento es de tanta importancia industrial como científica.

El doctor Müller ha logrado producir láminas de acero tan delgadas que resultan transparentes como el más limpio cristal. Los átomos pasan a su través sin dificultad ninguna.

Los rayos alfa no se debilitan al atravesar estas láminas. Se calcula, dado el peso específico del metal, que su espesor no está formado por más de treinta capas de átomos.

Tarde triste

Bajo el sol de esta tarde de verano vive Zárate vida provinciana, mientras dobla piadosa la campana del templo parroquial que está cercano.

Estamos en silencio con mi hermano junto al cajón obscuro. La temprana fatalidad que troncha flor lozana nos hace protestar contra lo arcano.

Voy llevando el cajón del muerto amigo que soportó la vida, cual castigo, y estoy triste porque no vive ya.

Y dobla a muerto la campana pura, y sus sonos ahondan mi amargura como cuando doblara por papá.

Oscar Alberto Ghaf

VICTOR JUAN GUILLOT

Notas sobre su sensibilidad

El autor de *Historias sin importancia* y *El alma en el pozo* está hecho de la greda ardiente de la sensualidad y de la tristeza.

De los viejos maestros latinos — Renán, Voltaire, France, Luciano de Samosata, Remy de Gourmont — ha aprendido la ironía, la claridad transparente de la palabra y el don armónico del pensamiento. Latino es.

Duerme en sus pupilas y canta en su sangre el sueño, enorme y confuso, de la raza bretona, cuyas generaciones vivieron y murieron a las orillas de un mar lejano, mar cuyas lamentaciones viven todavía a lo largo de sus arterias, como el rugido muy distante de la marea en la noche. Y, a veces, en sus ojos, pasa la nostalgia de los cielos que nunca ha visto y que sin embargo viven en él.

Pues hay una atmósfera invisible donde vive, si es que vive, esa cosa desconocida y asombrosa, esa estrella taciurna, que los viejos libros de metafísica llaman el alma. Pasos ya borrados en las playas que nunca hemos visto, y que resuenan, quién sabe por qué, en los corredores abandonados de la memoria; ciudades muertas que se alumbran dentro de uno, como si alguna vez hubiéramos llegado a sus puertas cerradas, en la tarde o en los sueños; barca abandonada donde otros pescadores cantaron las grandes palabras del mar, mientras las constelaciones, como bajeles de oro, naufragaban más allá de los horizontes brumosos y alucinados; almas que viven dentro de nuestra alma y cuyo largo drama se abre, silenciosamente, como una herida antigua en los costados de nuestro dolor; sensibilidad que ha vivido antes que nuestra propia vida y que está llenando, quien sabe para qué, el misterio de ser, de vivir, mientras las fuerzas del cosmo gravitan sobre ese punto, invisible como Dios, que se llama el alma, la substancia de Espinosa, la monada de Leibnitz, el número de Pitágoras, las ideas eternas de Platón, y el tiempo quema, segundo por segundo, las cenizas, azules o grises, de los sueños, que fueron o no fueron, en el río callado de la vida.

De esa ejercitación, anterior a su propia existencia, Guillot ha formado su sensibilidad como las barrancas rojas de Bretaña se han formado del barro y las brumas saladas del Atlántico.

De la cepa protestante, bebida largamente en su infancia, se ha henchido de la voz de la Biblia. Gran voz, sin duda, de la tierra y de los cielos. Del Génesis y del Apocalipsis ha aprendido el origen y el fin de las cosas: la estrella de la mañana y Belkiss en los jardines alucinados de Salomón, el hijo pródigo que nunca pudo encontrar los caminos del hogar, y que nunca volvió, porque todos los caminos llevaban solamente a la ciudad, sin puertas, de la Tristeza, y que, de lejos, creía que era la ciudad de oro puro de la Esperanza; palabras de Dios en la boca de Lázaro, que nunca pudo recordar al resucitar de entre los muertos; imperios desvanecidos donde encontró, una tarde, la lámpara maravillosa; la hija del Iscariote, soñando en el patio de los Gentiles; águilas blancas que midieron los abismos del cielo; ejércitos que hollaron el templo y apagaron los candelabros de oro donde vivía, como una llama, el misterio; y la sabiduría antigua y el dolor cristiano de ser hombre.

De esos sedimentos, la inteligencia latina y el misticismo oriental, se ha conformado su espíritu, como un vaso de arcilla en que se ven todavía las vetas distintas cristalizadas, para siempre, por la fusión.

Hay un desacuerdo entre su inteligencia y su voluntad, una inquietud enfermiza, una curiosidad por lo mal sano, que se ha agravado con su contacto con los hombres, y que lo empuja a andar por las zonas inferiores de la política con ese dejo amargo que aparece, a ratos, en la comisura de su boca y que se encarna en las figuras de sus libros.

En qué página de Renán, de Anatole France o de Guyau vive todavía aquella dulce mujer cuya suave demencia consistía en vestirse, por la mañana, para esperar un novio que nunca vino, y que, por la tarde, decía: ¡seguramente vendrá mañana! Y hay vidas así, almas así. Acaso todo el drama de la existencia consiste en eso: en esperar algo que nunca vendrá.

Dicen los libros santos que hay que ser como los niños para penetrar en el reino de los cielos. Y, sin embargo, hay almas que han vivido toda la vida como los niños, y que tampoco entrarán en la gracia de Dios.

Ibsen ha creado un símbolo de este estado de alma contemporánea: Peer Gynt. Todos los faros de los océanos del mundo, las ciudades muertas, la arcas rojas del desierto, las hojas de todos los árboles, todos los caminos de la tarde y de los sueños, las nubes que viajan por los cielos, las canciones sin palabras de todas las almas, la emoción sin motivo, los pasos de las estrellas en la noche, lo han visto pasar, con el traje gris, de los años inútiles que fueron. ¿Cuántos años fueron, Peer Gynt? Ni él ni nadie lo sabe. Pero cuando llega al fin a las orillas del mar muerto y contempla algas desconocidas que fosforescen en la sombra, él cree que del corazón ardiente de sus sueños brotan soles desconocidos en las nebulosas de Dios. Sólo que el Gran Fundidor, la naturaleza implacable y confusa, lo desvanece como una sombra, y en el hueco de arcilla donde se imaginó que vivía, pone una lápida que dice: "Aquí no yace Nadie."

Peer Gynt es un estado doloroso de la sensibilidad contemporánea.

El Hombre que poseyó la lámpara maravillosa y el constructor de quimeras son de la misma familia espiritual y un eco invisible les trae el mismo mensaje, que nunca realizan, de la tarde, de la noche y de los sueños.

Estas líneas son notas para un ensayo, que nunca escribiré, sobre la sensibilidad del autor de *Historias sin importancia*. Me imagino que Guillot se dirá al leerlas: mi sensibilidad no es así, no ha penetrado mi pensamiento, mi lógica es muy diferente, mis caminos no son las fugitivas huellas que han trazado en la arena de una playa que no conozco y que las borran, todas las tardes, las olas salinas del mar. Sí, sin duda. Pero el maestro de la Vida de Jesús ha dicho, en alguna parte: aquí abajo, todo es símbolo y sueño. Sueño viviente de un símbolo que no penetramos jamás. Sólo que, a veces, de entre las grietas del silencio, como de una pared rasgada en la sombra, crece la hiedra de una luz profunda y lejana.

Vicente ALLENDE.



El infierno de Dante en el cine

Seguramente, desde hace mucho tiempo, las alucinantes escenas de "La divina comedia" habrán cautivado la atención de los operadores cinematográficos, ávidos siempre de obtener el mayor partido de sus artísticas manipulaciones, y, al fin, uno de ellos se ha aventurado a acometer la sugestiva empresa con feliz éxito.

El truco de la doble figura se consiguió mediante una primera fotografía del juez de las almas, sobre fondo negro y situada la cámara a muy poca distancia, fotografía a la que siguió otra desde mucho más lejos para que resultase la figura de bastante mejor tamaño. Las figuras de condenados fueron fotografiadas desde más lejos, con lo que se logra gran diferencia de proporciones entre esas figuras y la de Minos.

En cuanto a los círculos infernales, se imitaron con masa de papel convenientemente moldeada, y su aparente movilidad se logró mediante la intensa luz proyectada por hachones que movían aceleradamente a derecha e izquierda unos cuantos hombres cuidadosamente ocultos detrás de la decoración. Por análogo procedimiento se hincharon también las llamas de la infernal mansión.

La escena del ángel que aparenta surgir en medio del fuego se consiguió por medio de una adecuada combinación de espejos.

Con todo lujo de detalles está representado el círculo tercero, en el que los golosos, medio enterrados en el fango y azotados por una perpetua lluvia, son mordidos por el can Cerbero.

Exacta es también la representación del círculo cuarto, en el que sufren castigo los pródigos y los avaros, quienes empujan constantemente unos contra otros moles inmensos.

Las ardientes sepulturas del círculo sexto, en las que expían sus culpas los herejes e incrédulos, están imitadas de un modo semejante al empleado para la simulación del ángel entre las llamas.

Igualmente es notable la escena de los simoníacos, hundidos en el suelo, cabeza abajo, y quemadas sus piernas por las llamas; detalle éste, así como el de la cabeza hundida en el suelo, fingidos también mediante otra hábil combinación de espejos.

Con gran propiedad se halla representado el lago de pez hirviendo, donde sufren castigo, en el círculo octavo, los que hicieron comercio de la justicia. Al ver a Virgilio y a Dante, intrusos en aquel lugar, los demonios, armados de tenedores y arpones, van a

arrojarse sobre los dos poetas, lo que evita una orden de quien manda a los terribles guardianes de aquel círculo del averno.

Los gigantes del círculo noveno están fotografiados en iguales condiciones que el juez de las almas para que la estatura de aquellos aparezca aumentada en las convenientes proporciones. Admirablemente representado se halla también en ese círculo el lago de hielo en que están sometidos a eterno suplicio los traidores.

Aparece, por último, Lucifer, encadenado a Judas.

La interesante película constituye un verdadero alarde en el arte cinematográfico.

El acero, el caucho y la cirugía moderna

Triste es confesarlo. De un gran mal han venido muchos bienes. La gran guerra, la guerra inconfesable, produjo infinitos daños, pero nos ha dejado una secuela de beneficios. A ella se debe el formidable avance del progreso en todos los órdenes. La cirugía, particularmente, ha llegado a los mayores adelantos.

En las naciones que tomaron parte en la guerra, la propia necesidad de atender a sus mutilados hizo que los hombres de ciencia apuraran las vigiliadas para hacer menos triste, más llevadera, la suerte de aquellos desgraciados.

Labor patriótica y humana que ha tenido honda repercusión en la esfera científica.

Claro es que a esta costa no son de desear tan calamitosos acontecimientos, y que preferiríamos avanzar más lentamente, sin más estímulo que la sed de llegar al secreto de las cosas.

No vamos a reseñar los progresos científicos debidos a las necesidades de la guerra. Sólo pretendemos ilustrar al lector en uno de los más curiosos: el empleo del acero y del caucho en cirugía.

La idea de emplear el caucho vulcanizado para substituir las pérdidas óseas importantes se debe al doctor Delbet, pero, desgraciadamente, las piezas que éste hizo construir resultaban muy quebradizas. En vista de ello, el doctor Contremoulins ha tenido la idea de armar el caucho con el acero, lo que permite disminuir el volumen de las piezas y aumentar su resistencia. Los primeros ensayos han sido hechos con enfermos del proteo de Delbet. Más tarde, el doctor Contremoulins, en colaboración con el doctor Robineau, ha hecho piezas que reproducen exactamente la parte de hueso que haya de remplazarse y hasta algunas articulaciones.

Viejas estampas madrileñas

Una aventura del Rey-Tenorio

Por ALEJANDRO LÓPEZ LLAMAS

Mi amiga Henriette es una linda francesita dorada con quien, un poco romántico, gusto de recorrer de noche las calles de Madrid en busca de esos rincones de evocación que tanto amamos ella y yo. Henriette ama a España con un amor un poco a lo Mérimée, y se entusiasma con estos relatos, que si están desprovistos de una erudición que no poseo, van en cambio llenos de fervor y llegan a su alma, iluminándola con el resplandor de lo pasado...

Lo que yo no podría forjar lo teje la Quimera en su mente, y luego la hora y el paisaje terminan de dar a la leyenda las bellas pinceladas de ensueño y maravilla que mis palabras no aciertan a expresar...

...Y Henriette, que sigue los consejos de Rimbaud, un poco trastornada de ajeno y de aventura, se apoya en mi brazo y mira al cielo, como pretendiendo que la luna bruja le ayude a comprender...

Lector: si quieres penetrar en la belleza de estas estampas de Madrid, haz lo que nosotros: un poco ebrio de quimera y de amor, pasea tu idilio por estas viejas calles, a la luz de la luna, y verás cómo en tu alma brota la leyenda, envuelta en las penumbras del misterio como un dulce cuento saturado de siglos...

Escuchame, Henriette:

Sería cerca de la medianoche, que era una de las más frías del invierno de 1628, cuando por los extraviados parajes de lo que hoy es el barrio de Maravillas, aparecieron tres caballeros embozados que, recatadamente, como temiendo ser descubiertos, siguieron avanzando por aquellos solitarios vericuetos. No habían avanzado mucho, cuando, en la paz de la noche, sonaron las doce campanadas que anunciaban el fin de un día. Estaban ante el convento de Maravillas, y en el silencio se escuchaba el murmullo monjil de los maitines. Detuvieronse, fervorosos, a rezarle a la Virgen, y luego comenzaron a rondar el palacio del duque de Monteleón, que, al parecer, espíaban.

Para mayor claridad en el relato, nosotros tendremos el privilegio de saber desde el principio que los tales embozados no eran sino el rey Felipe IV, que, acompañado de sus gentileshombres don Agustín Mexía y don Luis de Haro, vigilaban por aquellos contornos el palacio ducal con ánimo de sorprender en algo al de Monteleón y enviarlo a destierro, quitándose así el rey un gran peso de encima, pues era de temer el prestigio que entre la nobleza gozaba el duque en aquellos tiempos, en que ésta andaba disgustada por un real decreto en el que el monarca desposeía a algunas familias de las donaciones hechas por su padre, para volverlas a agregar a su corona.

Un gran rato llevaba en su ronda, cuando, deteniéndose al cobijo de los muros, cambiaron unas palabras y emprendieron la retirada por detrás de la ermita de San Vicente, hasta salir a la Cruz del Espíritu Santo. En aquella época era

éste uno de los sitios menos apropiados para pasear tres caballeros en la madrugada. Eran parajes expuestos, donde tan sólo se veía un pequeño grupo de casuchas habitadas por gente de mal vivir, entre las que abundaban muchas de esas tristes mujeres que hemos convenido en llamar de vida alegre.

Y ante aquel encuentro, los caballeros, en especial el rey Felipe IV, parece ser que quisieron vivir lo que tú, Henriette, llamarías una novela de Lorrain.

No debieron ser muy agradables los nuevos huéspedes a los caballeros de aquellas damas, cuando, poco tiempo después, se trababan de palabras, y pasando a los hechos y encarándose los matones con el principal caballero, mal lo hubiera

pasado éste a no haber sido por sus dos acompañantes. Salieron a relucir las espadas, y ya tenía un grupo acorralado al rey, cuando sus dos acompañantes, diestros y valerosos, abriéndose paso a cuchilladas, lograron amparar al monarca y huir con él, no sin que antes uno de los villanos fuese al suelo, atravesado el pecho por el acero de don Luis de Haro.

Ya fuera de peligro, comprobaron los dos gentileshombres que solamente tenían algún rasguño sin importancia. Únicamente el rey había recibido heridas de consideración, y llevado por sus caballeros, que respetuosos y solícitos le atendían, se perdió el grupo en la negrura de la noche.

Al día siguiente descubrieron las rondas el cadáver que resultó de la refriega y fueron prendidos todos los vecinos del arrabal, de los cuales cinco sufrieron la última pena frente a la Cruz del Espíritu Santo, como autores de aquella muerte.

Entretanto se divulgaba en Madrid la noticia de que el rey Felipe IV se hallaba enfermo de alguna gravedad, y en todos los templos de la corte se hacían rogativas por la salud del soberano.

Todavía es tiempo

El remedio está a su alcance. Si Ud. es un mártir de las hemorroides, empiece sin demora el tratamiento con "Noridal" que le devolverá la salud.

Noridal

HEMORROICIDA

IDEALISMO

¿Sé que sientes, artista, la bohemia doliente de los seres que luchan por sublimes ideales y la suerte maldita y el Destino inclemente te sujetan perenne a las cosas triviales.

En el atrio suntuoso de tu templo silente yo seré tu poeta, cantaré madrigales, y el chispazo de genio que en tu cuadro se ostente guardará los perfumes de mis tiernos rosales.

Y los dos viajaremos por la ruta sublime que conduce a la Gloria, por el mismo camino, con la fe inquebrantable del que nunca ha caído;

tú, hallarás el encanto que consuela y redime, yo, hallaré la esperanza, luz para el peregrino cuando va por la senda del dolor y el olvido.

Edgardo E. AUZON.

Las religiosas de Maravillas le enviaron al Niño Milagroso, que un día encontraron en su huerto entre las flores que dieron su nombre a El y a la Comunidad, y también el manto de aquella imagen de la Virgen que los cuadrilleros de la Santa Hermandad descubrieron tiempo atrás entre la carga de un traficante junto a la Puerta de Alcalá.

Sanado el rey fueron devueltas las dos reliquias al convento y, reformado éste a sus expensas, en un rico retablo se puso al Niño en los brazos de aquella Virgen que se llamó Nuestra Señora de las Maravillas...

Remolque de patinadores en la montaña y en el mar

En el Jungfrau acaba de realizarse con favorable resultado la prueba de un especial vehículo motor destinado a remolcar trineos. Partió ese motor de la cima de aquella montaña de los Alpes, que se eleva 3.474 metros sobre el nivel del mar, y descendió unos siete kilómetros en una hora y dos minutos.

El motor llevaba a remolque un trineo ocupado por tres personas y detrás otro muy pequeño que ocupaba un operador cinematográfico. El primer trineo iba distanciado del motor unos 25 metros, longitud de la cuerda utilizada para la tracción y que por cierto, se rompió, sin que, afortunadamente, tal percance pusiera en peligro a los deportistas.

Substituida la cuerda, se reforzó con otras dos el remolque y prosiguió el motor la marcha, no interrumpida ya por ningún otro contratiempo. En la mañana del siguiente día se efectuó el recorrido en sentido contrario, es decir, cuesta arriba, y la marcha duró dos horas justas.

Ha sido ésa la primera vez en que un vehículo de motor ha rodado sobre la nieve, y la principal característica del aparato de que se trata, consiste en una rueda constituida por un cilindro estriado en el sentido de su altura, lo que le da el aspecto de un gran tornillo sin fin.

Lo que no constituye novedad es el remolque habitual en Suecia y efectuado por un verdadero remolcador que rompe el hielo y a cuya popa, va atado el extremo de un cable, al que van asidos los deportistas provistos de skis, cuyo uso es familiar a los suecos desde su infancia. Natural es que así ocurra en un país donde los ríos sirven en invierno de campo de aterrizaje a los aviadores.

"En ningún otro pueblo— escribe un articulista— son tan practicados como en Suecia los deportes de invierno por tan gran número de personas de todas las clases sociales. Estocolmo es un gran centro de patinadores, y en cualquier domingo de invierno, si hace buen tiempo, sale de la capital una multitud de hombres, mujeres y niños con sus skis para dirigirse a los picachos de los alrededores y pasar el día allí, desde donde se admiran espléndidos paisajes que recuerdan los más hermosos de Suiza."

He aquí lo que otro escritor inglés dice acerca de los Alpes:

"El aire de aquellas alturas durante el invierno es puro y vigorizador como el champaña y embriaga con la alegría de vivir, porque una vez allí, desechamos nuestras preocupaciones, que quedan como flotando entre la niebla y la lluvia de Inglaterra. Nada hay más saludable que aquello. Por eso, para quien una vez ha practicado el deporte de invierno, tiene un atractivo especial la visión de la nieve, que ejerce una poderosa sugestión sobre el ánimo, ya que habla de salud y de goces físicos y morales."

Era una hermosa rubia de unos veinte años. Tenía unos ojos azules, admirables, que contaban al alma muchas penas vividas, muchas angustias olvidadas.

Estudiaba en el liceo de Varsovia, cuando la sorprendió la guerra grande, que asoló, con su hambre y con su muerte, el planeta estremecido.

Abandonó sus estudios, y como muchas sirvió en las filas del ejército de la patria. Pero, a pesar de su estoicismo, tuvo que huir de sus tierras queridas. Las hordas salvajes querían cebar sus apetitos en la pureza de sus carnes vírgenes...

Huyó. ¿Adónde? América se alzaba gigantesca, allende el océano, como un mundo incomparable.

Además un pariente, con fama de rico, le había enviado para el viaje, y "la recibiría gustoso", según leía en su última carta.

II

Rumbo al Mundo Nuevo

La travesía del océano es dolorosa y trágica, para una mujer que es hermosa y viaja sola.

Esther Berendorff comprendió que debía hallar a alguien que la protegiera de las miradas provocativas y las palabrotas insinuantes de los viajeros del "Galicia", en que navegaba.

Chaim Bluvoslem, alto, fornido y simpático, empleado tripulante y lobo de mar desde pequeño, sostuvo dos altercados por ella, defendiéndola de la agresiva picardía de algunos pasajeros.

Una corriente lógica de afecto unió a los seres. En los diez y nueve días que duró el resto de la travesía, los jóvenes se veían con muchísima frecuencia, ya que un barco es una ciudad pequeña, pero un gran infierno.

Chaim admiraba la cultura sutil de Esther. Pero la admiraba en silencio, sintiendo un gran encanto al oírla, locuaz o triste, referir o comentar acontecimientos múltiples.

Y el barco, en su vaivén eterno, iba meciendo y acercando las dos vidas, que comenzaban a sentirse hermanas...

Una noche, en que el navío era juguete más que nunca de las olas, la conversación de Esther tomó giros imprevisos y cayó con sencillez inevitable en la confidencia.

Chaim la escuchaba con una timidez que hacía un contraste violento con el coraje y la pujanza que ponía en su profesión de lobo de mar...

Y ella, alentada por sus ojos de niño grande, y sin poder contener sus lágrimas de huérfana, le narró su historia, sencilla, sencillísima.

(Las historias extraordinarias, con héroes furiosos y sucesos milimochescos, a fuerza de repetirse, van resultando vulgares y pueriles).

Un gran amigo de su familia, que la despidió al partir, le hizo revivir, ayudándola los recuerdos difusos de su infancia, no muy lejana:

"Ella era muy pequeña, casi ni recordaba siquiera, cuando una turba de asesinos, con cualquier pretexto, entró, en medio de alaridos salvajes, en el pueblito en que vivían, con muchas otras familias de su raza, y aprovechando el pánico de la pobre gente indefensa, saquearon y mataron.

Su pobre papá fue degollado.

Un hermanito de seis años desapareció. Y su madre, que había podido escapar con ella y refugiarse en casa del notario, murió a las pocas semanas, enloquecida por la desesperación y el terror".

Orfandad amarga la de aquella muchacha rubia, que lloraba sobre la cubierta de un barco, a merced de las olas, la disposición fatal de aquel designio ignoto (sabio, dicen algunos) que aprietta imperturbable la garganta del niño que clama: "mamita, quiero vivir"... y que prolonga inútilmente los segundos espantosos del viejito agonizante que gime: "dadme la muerte"...

...Y DIOS DISPONE

Por ISABELINO SCORNIK

Chaim callaba. El corazón de los lobos marinos ha sufrido todas las furias de la tempestad, y sus lágrimas, salobres, las ha barrido el mar.

Chaim pensaba que era mejor no contar a Esther su historia... porque no la tenía. La historia de los hombres es la historia de sus mujeres; Chaim no conocía ni a la única mujer...

En su rincón del barco, entre sus cosas pobres, guardaba un medallón que cuando niño llevaba colgado de su cuello, con el retrato de... su madre.

¿Pero quién le decía a él que aquella mujer del medallón que un día halló entre sus ropas, no sabe cuándo ni dónde, era su madre? ¿Pero para qué torturarse buscando un pasado desconocido que no hallaría jamás y que, por otra parte, no le interesaba?

Demasiado sabía con saber que tuvo que fugarse de la casa de aquel maldito hombre que se decía padastro.

Los hombres viven el presente, mirando de frente al porvenir.

Las mujeres... El pasado es un fantasma infatigable que las sigue como la propia sombra.

III

Buenos Aires, ciudad de ensueño

Desembarcaron.

El panorama de Buenos Aires, ciudad de ensueño y de esperanza, ensanchó la pupila ávida de impresiones deslumbrantes, imágenes fantasmagóricas y paisajes iridiscientes.

Chaim Bluvoslem descendió de su barco para siempre quizás... Y no se sintió solo... En ninguna ciudad del mundo los hombres fuertes se sienten solos.

Chaim tenía además el corazón henchido de esperanzas, y la noche tenebrosa de su soledad no le amedrentaba porque tenía el alma poblada de estrellas: amaba. Y cuando se ama silenciosamente, como amaba Chaim Bluvoslem, la tierra es pequeña, todos los propósitos resultan alcanzables, las más ciclópicas empresas se sienten insignificantes.

Un hombre joven, enriquecido rápidamente por negocios poco escrupulosos, esperaba a la joven en el puerto.

Chaim comprendió entonces que debía separarse de Esther. Así se lo impuso casi aquel señor, de aspecto que quería ser respetable.

Ni pudieron estrecharse las manos siquiera. Y en el aturdimiento de aquella llegada tumultuosa, Chaim se quedó, de pronto, solo, solo.

Esther se había marchado sin despedirse casi. Estaba aturdida.

La confundió aquel hombre desconocido para ella, que tuvo que averiguar para hallarla y que, invocando un lazo de parentesco, se la llevó quién sabe adónde.

Chaim protegió su tristeza en el Hotel de Inmigrantes. Luego una sociedad que socorría a los recién llegados, le dio una sopa miserable, y días después, una ocupación, más miserable aún.

IV

Esther

Hacía una semana que Chaim buscaba a "su" muchacha. Averiguaba con desesperación... y ¡nada!

Si hubiese sido rico, no habrían faltado los detectives diligentes que darían con ella.

Pero... Una mañana, el hambre arreciaba... Y Chaim necesitó vender algo querido. Le informaron dónde podía hacerlo.

Entró en un compra-venta de la calle

Libertad (¡oh, ironía!, debería llamarse calle de la Esclavitud... de los necesitados). He ahí un negocio, miserable incubadora de operaciones fraudulentas, con apariencias de...

Un empleado grosero—como casi todos los de esos comercios—le salió al paso con la frase hecha:

—¿Qué buscaba, señor!

Chaim enseñó un medallón artísticamente labrado, con dos retratos, en el anverso, su madre, y en el reverso, Esther.

—¿Vender esto!—dijo en mal acento castellano. E iba a sacar los retratos para guardarlos; pero como le extendieran rápidamente la mano para examinar el objeto, lo entregó.

El empleado observó distraídamente, y con fijeza después, el retrato de la joven, y sin poder contener un gesto de sorpresa, dirigiéndose a un muchacho que bajaba unas monturas, le dijo:

—Mira, Saúl, juraría que es el retrato de la parienta de él... la gringa...

—¿Yo también!—Y mirando a Chaim, que no comprendía nada, le dijo:

—¿De dónde saca usted esto?

El hombre se indignó. Tomó el portarretrato, sacó las fotografías y se las guardó en el fondo de un bolsillo de su saco mugriento.

Y sorprendiendo a Chaim, el empleado añadió en un idioma comprensible para él:

—Pero si es el retrato de Esther... la señorita de aquí...—y, dirigiéndose a la trastienda, agregó en voz alta:

—Señorita Esther... señorita Esther... ¿quiere venir un momentito?...

Esther no estaba.

Cuando quisieron acordar, Chaim había desaparecido, ante el asombro de los dependientes.

V

Por la noche

Por la noche volvió al negocio y entregó al empleado una carta "para la señorita Esther", que decía:

"Querida Esther: No puedo comprender nada de nada; compadécete de mi vida miserable. Te he encontrado al fin. Recuerda los días vividos a bordo del "Galicia". ¿Es posible que el pasado haya muerto? Di que no me olvides.—Chaim."

El vendedor no sabía qué hacer. Por fin se decidió y entró a la trastienda.

Estuvo allí unos minutos interminables.

Chaim oía espantado que comentaban y reían varias personas.

El empleado volvió diciendo:

—El patrón dice que usted está loco!

Una ola de sangre inundó los ojos de Chaim. Un temblor eléctrico, fulminante, sacudió sus carnes. Un sabor amargo, como de hiel, subió a su garganta, y le hizo contraer los músculos faciales en una mueca feroz.

Con brutalidad salvaje apartó de un empujón a los dos empleados, que le impedían el paso a la trastienda, y arrancó con violencia la cortina que ocultaba a la mujer queri... ¡maldecida!

—¡Dios, qué es esto!—gritó Felipe Berendorff, que se hallaba tomando te con Esther, que se horrorizó.

Chaim estaba clavado en el umbral de la portezuela. Transcurrió un segundo de silencio mortal.

Y después rugió el hombre su ira:

—¿Con que no me conoces?... y paseando la mirada por la habitación

adornada con lujo,—... ¡es claro!, ¡estas bellezas te marean!... ¿Cómo puedes recordar los días miserables del vapor? ¡Estoy loco!, me doy cuenta... mi presencia ruin no puede darte sino náuseas; estoy loco, ¡es claro!, ¡qué locura! ¡Ahora tienes todo esto! ¡Esté!... ¡esté!... ¡te da todo!

—Si... mi... este... Felipe—dijo Esther sin poder dominar su excitación—dé a este hombre un poco de dinero; me cuidó durante el viaje...

—¿Qué!...

—¿Que salga de aquí en seguida! A ver ustedes qué hacen! ¿Quién le ha dado orden de entrar en mi casa? ¡La policía!...

—Orden... su casa... ¡es claro!... orden... esta es su casa... si...

Chaim ya no veía nada. Estaba casi idiota. Casi loco. Casi muerto. Los dos empleados lo sacaron a empujones, y no lo entregaron a un vigilante "de lástima", "porque la señorita Esther pidió llorando que le tuvieran compasión"...

Felipe Berendorff estaba fuera de sí. Pero aquello de tan ridículo y extraordinario le causaba risa.

—¡Harapiento, estúpido! ¿Cómo se permite tu corazón el lujo de amar a Esther, o es que no tienes ojos para ver el traje de espantapájaros que llevas?

—¿Sabes, por ventura, que has estado en casa de cambalachero más rico de la calle Libertad, y por lo tanto, el más distinguido... ladrón con patente? O pretendes...; pero, ¿qué pretendes, mil veces estúpido? Ni eres médico, ni ingeniero, ni dentista, ni siquiera usas bastón, ¡torpe!

—¡Fuera de aquí, basura de...!

VI

Después... la fatalidad...

Al día siguiente, a la hora en que el sol tenía de sangre el ocaso, Chaim Bluvoslem se encaminó hacia el negocio de la calle Libertad, dispuesto a hacerse justicia.

Se detuvo frente a la vidriera, en un hondo recogimiento. Luego, con precipitación, como respondiendo a una idea fija, penetró en el establecimiento.

Ante la vista de aquel hombre enfurecido, que esgrimía un pequeño revólver, los dos empleados sólo atinaron a huir hacia el interior de la casa.

Chaim los siguió, buscando a la maldecida. Y allí... en aquella pared de enfrente, vio lo que ayer no había visto. Colgaba un cuadro grande, a lápiz, como esos que se encuentran en casi todas las casas, honrando la memoria de los muertos. Era una mujer de una expresión beatífica, con esa dulzura en los ojos con que miran los retratos... la misma bata... los mismos encajes... la misma cabeza, cubierta con el clásico chal de todas las abuelas, el mismo rostro... un retrato idéntico al que Chaim tenía en su medallón.

Mientras el hombre iba haciendo, veloz como el rayo, aquel examen, la desesperación le mordía el alma, el cerebro se oscureció, sintió que su razón se desplomaba, de pronto, en el vacío temeroso de la gran agonía.

Pero todavía tuvo fuerzas para alzar el arma, y se partió el corazón de un balazo.

Tambaleando, dando traspiés, rompía la ropa del pecho, buscando el medallón... Las piernas le flaqueaban. Cayó pesadamente. La sangre caliente le bañaba el pecho y las manos. Abrió y cerraba la boca, como ahogándose, sacudía los brazos, como un gran pájaro herido, que agita las alas en el estertor de la agonía...

Esther, que llegó corriendo, se precipitó sobre el moribundo, empujada por la fatalidad. Sollozos y gemidos sacudían su vida en convulsiones violentas, y presa de un furor pasmódico, abrazaba y besaba la cabeza espantada de un pobre hermanito.

"Durante las horas de la noche, en medio del resplandor circundante, esas casas abrían y cerraban un paréntesis de sombra."—La Prensa.

Acertaba a pasar aquella noche por la acera en que se hallaba ubicado un comité político, y agrias voces detuviéronme un momento. Recordé la advertencia de Dante: "non ti curar di lor, ma guarda e passa", y proseguí filosóficamente mi camino; pero no había llegado aún a la bocacalle, cuando dos detonaciones "hirieron" mis oídos. Inquirí, y supe, con no poca satisfacción, que las balas habían respetado a entrambos contendientes, tal vez por ser dos de los predestinados para determinar con sus arrogancias, dignas de mejor causa, el triunfo de la idem de su partido frente a las visperas electorales.

Soliloquiaba calle abajo sobre la pasmosa facilidad con que la bella y poderosa facultad de la palabra cede el puesto al cañón fatal de una pistola para que los hombres diriman sus querellas en esa forma brutal, sin que ello pueda ser óbice para que sigan llamándose "racionales", cuando los diarios de la noche me daban la gratísima nueva de haber sido decretado fiesta nacional el primer centenario de la primera presidencia constitucional.

"¡Tardas, Justicia, pero al fin tú llegas!"—me decía yo con el valiente apóstrofe del poeta al ver que la posteridad no se la escatimaba a la veneranda memoria de don Bernardino Rivadavia; y enamorado, como el que más, de su obra de alientos de gigante, me preparaba, con el júbilo consiguiente, a formar en las filas populares que debían dar elocuente testimonio por su número y por su entusiasmo, de que la figura que la efemérides provocaba era la más grande entre las grandes.

Pero estaba fatalmente decretado también que una tristísima revelación vendría a amargar mi ánimo, exaltado de verdadero patriotismo pocas horas hacía.

Porque tristísima revelación era, sin duda alguna, de los tiempos de empedecimiento moral que corremos, "o que nos corren", como diría un escritor festivo, aquel diminuto puñado de ciudadanos avergonzados de que la gran capital del sud se desborde por sus arterias cuando de festejar a un boxeador se trata y apenas si asoma sus narices cuando reparaciones tan justicieras, aunque tardías, debieran sacudir saludablemente su aletargado espíritu patriótico.

Y como si esto fuera aun muy poco para robustecer nuestra desconsoladora certidumbre de que los mietos de los hombres de Mayo no saben hacerse dignos en las mejores ocasiones de su glorioso abuelo, aquella noche me reservaba una de esas sorpresas que bastan por sí solas para que el sociólogo

LA IMPERDONABLE AFRENTA

Por MANUEL BENÍTEZ

pueda dar su fallo sobre toda una época.

La profusa iluminación en los edificios públicos que circundan nuestra plaza histórica daba la impresión de las solemnidades patrias, y lo era, en efecto, el acontecimiento que se conmemoraba, porque nos hacía revivir, a través de

una centuria, la aurora constitucional de la nacionalidad inaugurada por el más vidente e ilustre de sus hijos.

Pero la iluminación estaba trunca. Acostumbrados, desde tiempo inmemorial, a ver el edificio de la curia y la iglesia catedral asociados, en esa forma, a todas las fiestas

oficiales, mi primera sospecha, lógica, por cierto, al verlos a obscuras, fué la de un percance, un contratiempo de última hora. Y hasta, créemelo, lector, tentado estuve de hollar con mi herética planta los umbrales de la sede para inquirir la causa.

Porque, ¿cómo dejar que ganara terreno en nuestro ánimo el juicio temerario de que los ineludiblemente obligados a observar el precepto cristiano de "perdonad a vuestro enemigo" eran los que lo quebrantaban de esa manera descarada, infiriendo, a un mismo tiempo, tamaño ultraje a su Divino Maestro y a la patria?

Sin embargo, había que rendirse, una vez más, a la—¿por qué no decirlo?—vergonzosa evidencia.

E inadvertidamente he incurrido también en una contradicción.

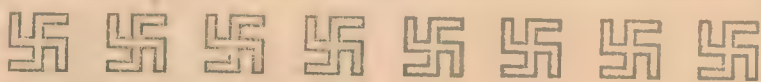
¿Enemigo de la iglesia quien juró por Dios y sus santos evangelios? ¿Enemigo de la iglesia quien detuvo su coche presidencial para que penetrara en él el clérigo que conducía el viático una noche que amenazaba tormenta? ¿Enemigo de la iglesia quien durante su gobierno, determinó la conclusión de las obras en la iglesia catedral?

¡Y pensar que esa misma iglesia saludaba con tinieblas, esa noche conmemorativa, la querida memoria del que difundió tanta luz, del que trazó a la República los derroteros por donde debía marchar a sus venturosos destinos!

Nunca como en aquella hora se sumergió mi espíritu en tan profundo ensimismamiento.

Arrimado contra un árbol, no podía apartar mi vista de aquellas dos casas que "durante las horas de la noche, en medio del resplandor circundante, abrían y cerraban un paréntesis de sombra", y mi imaginación volaba al comité político de las dos detonaciones. Ronqué despierto unos instantes, y vi que aquellos valientes, contagiados telepáticamente de mi indignación patriótica, acudían en tropel al lugar tenebroso, y parecían que en sus relampagueantes miradas se mecía, sabio y fatídico, Lucifer. Me estremecí de gozo, porque al fin, me dije, van a hacer, con justicia, derroche de su guapeza. "¡Aquí fué Troya!", se escapó del fondo de mi ser; pero, ¡ay!, cuando volví a la realidad, aquellas dos casas permanecían aún en pie.

Sólo en sueños pude ver castigada esa afrenta, que nos seguirá hablando, con la elocuencia de los hechos, de la poderosa razón que acompañaba al gran repúblico cuando en la bahía de Río de Janeiro no abrió la puerta de su casa a los dos compatriotas que querían estrecharle la mano a su paso para Europa, atreviéndose a contestarles desde adentro: "¡Bernardino Rivadavia ha muerto para los argentinos!"



LAS CUENTAS, CLARAS

Voy a contaros la historia de mi última enfermedad. El mes pasado empecé a sentirme mal. Algo extraño subía y bajaba de mi interior. Tenía la impresión que una nube de microbios, más o menos agresivos, había elegido mi organismo como campo para ventilar sus cuestiones de honor.

Me decidí a llamar a mi médico, que se apresuró a acudir a mi llamamiento. Entró con su habitual aire fúnebre, se acercó a mi lecho, me vió la lengua, me auscultó, me hizo respirar fuerte, etc., etc.

Reflexionó unos instantes y murmuró:

—¡Hum!

Por cierto que no entendí este diagnóstico.

El doctor escribió una receta, me instruyó acerca del uso del medicamento que iba a tomar y se fué, no sin volver a lanzar un nuevo "¡hum!" más significativo que el anterior.

Pero apenas salió el doctor me encontré tan mejorado, que pude tomar sin peligro alguno la medicina ordenada.

Todas las mañanas y todas las tardes, enfermo dócil y obediente, me colocaba el termómetro para ver la temperatura, y esto me hizo tanto bien, que no tardé en encontrarme convaliente y curado a los pocos días.

Ya no sentía microbios dentro de mi cuerpo. Mi salud era excelente. "Debía ir a casa del médico—me dije un día.—Se alegrará al verme."

Y me fui a su casa.

Me recibió en su despacho, y aun-

que le sorprendió verme restablecido tan pronto, me acogió muy amablemente.

De lo atractivo de la conversación que mantuvimos se formarán ustedes una idea leyendo esta parte del diálogo:

—Caballero...

—Caballero...

—Hace buen tiempo.

—¡Magnífico!

—Tal vez tengamos en mayo algunas heladas tardías.

—Es muy posible.

Y al cabo de un momento (pues soy muy aficionado a la política:)

—¿Qué opina usted de la situación ministerial?

Me contestó en términos mesurados y corteses. Es un hombre de mundo.

Después que hubimos hablado algo de literatura me creí obligado a dar por terminada mi visita. Me levanté, y entonces el doctor me hizo una pregunta muy extraña.

A propósito—me dijo (¿a propósito de qué?)—Ya que está usted aquí, ¿le parece que liquidemos nuestra cuentecita?

—¡Eh!—le contesté asombrado.—¿Qué cuentecita?

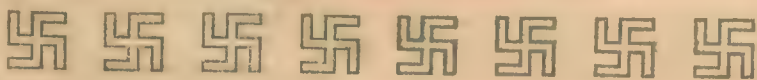
—La cuenta de mis honorarios. Le he hecho una visita...

Entonces comprendí, y no pude por menos de decirle:

—¿Una visita? Claro que me ha hecho usted una visita; pero..., ¿no acabo de devolvérsela a usted? ¡Estamos en paz, caballero!

Y salí muy dignamente.

Jules RIVET.



FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sabados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre, \$ 2.50	Trimestre, \$ 3.00	Trimestre, oro 2.00
Semestre, " 5.00	Semestre, " 6.00	Semestre, " 4.00
Año, " 9.00	Año, " 11.00	Año, " 8.00
N.º suelto, 20 cts.	N.º suelto, 25 cts.	
N.º atrasado, 40 "	N.º atrasado, 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande, cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico, " " " "	" 8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande, " " " "	" 9.—	2.—
" " " chico, " " " "	" 6.—	1.50

El payaso que hizo reír a la muerte

Novela corta

Por JAVIER FERNÁNDEZ PESQUERO

Hasta el "tony" Caramelo se quedó embobado, y sin acertar a explicarse qué le pasaba esa noche a su compañero el famoso payaso Rigoletto. A la legua se traslucía la desesperación de éste, al ver que, por más que apretaba el torniquete de la ingeniosidad, el retuécano y el chiste agudo y sutil, que tantos éxitos le granjeara entre el público que lo había proclamado su favorito, todo era en vano: la frase salía torpe, la ocurrencia ingenua, banal y displicente, sin la menor gracia.

Era un fenómeno telepático. Había salido a la pista alegre, locuaz y dicharachero, como de costumbre, hasta hacer reventar de risa a grandes y chicos; estaba en vena como nunca de salado y habilidoso, cuando ¡zas!, de repente, como el que es atacado de una apoplejía cerebral, se quedó turuluto, embobado y sin saber qué decir. Forzaba, se torturaba el magín, y nada...; el chiste no salía, y en su lugar tartamudeaba una chirigota de mal gusto, grosera y forzada, que hacía a unos desconocerlo y a otros, menos pacientes, les obligaba a silbarlo.

En el primer entreacto y en los demás fue una y otra vez llamado por el director de la Troupe del Circo Internacional y amonestado seriamente con una multa y hasta con despedirlo si no recuperaba el favor del público, y el pobre payaso Rigoletto, mohino, temblando como un azogado, no pudo explicar lo que le ocurría; sólo atinó a balbucir una tímida disculpa, negando, como le acusaban, de que estuviera borracho y que por eso estaba torpe.

El maestro de la gracia, como le llamaban sus admiradores, era un ruidoso fracaso. Esa noche se operaba en él un desdoblamiento de su persona, un sortilegio fatídico; le presagiaba al oído una desgracia; una venda roja, hechicera, deslumbrante, lo cegaba; una agitación convulsa le sacudía el cuerpo como víctima de una epilepsia, el corazón, como un pajarillo loco, pugnaba por escaparse del pecho, y ya un ataque de furia le hacía mesarse los cabellos en su camarin o bien un nudo de sollozos y lágrimas le apretaba la garganta.

Miss Flory, la diablesa trapezista que tan enamorada estaba de sus gracias, en una de sus emocionantes caídas sobre el vacío, pasó rozándole a flor de oído de esta manera: "¡Te desconozco, mi Rigoletto! ¡No me echas a perder la noche! Sabes cuánto me animan tus gracias, en las que no tienes rival. ¡Animame!" y, dándole descaradamente un sonoro beso, al volar otra vez trapezio arriba, con una carcajada cristalina y provocadora, agregó: "¡Chico, un valiente nunca se rinde; arriba mi muñeco de goma, mi Rigoletto, el más gracioso de los payasos de todos los circos del mundo!". Y la muy picara, revoloteando como una mariposa de fuego, no dejaba de lanzarle besos con la puntita de sus dedos rosados. Y caminando, alcaído, derrengado, como encorvado por el enorme peso de una desgracia invisible, abrió la puerta de su casa, ascendió los escalones y quedito, como ladrón que teme ser sorprendido, penetró a las dos de la madrugada en su departamento y, guiándose por el azulado reflejo fantasmal de su linterna sorda, con ella, como en un nido de salvación, alumbró primero la cunita de su pequeño primer hijo. El plateado reflejo, como una aureola, redondeó su luna blanca sobre aquel rostro de rosas y jazmines que apenas coronaban de un resplandor de oro los rubios rizos, los párpados dorados del niño, cortin de aquellos luceros azules que tenía por ojos alcearon como palomitas despertadas; los labios, rojos y frescos de

guinda, silabearon; sus bracitos, regordetes y blancos, revolotearon entre las blondas de su cunita, y de la garganta suplicada de Gracián, el payaso Rigoletto, se escapó un suspiro gutural de consuelo al ver la apacible sonrisa de su pequeño tirano, el ídolo de su amor y de sus afanes, y temiendo despertarlo desvió la linterna, enfocándola hacia la cabecera del lecho matrimonial cercano, intentando sorprender en sueños a la dulce compañera, la reparadora de su angustia, la madre de ese chico.

Mas, ¿qué había sucedido?... Por más que mariposeaba el blanco foco por todo el ancho lecho, no atinaba a

taban al pie de la cama; revisó la habitación; todo estaba en orden: el ropero cerrado, como los cajones del peinador; las ropitas del bebé a los pies de la cunita; los perfumes y útiles de tocador de ella, como siempre, en el peinador; sólo ella, la soberana de ese trono, era la única que no estaba. ¿Qué habría ocurrido?

Desarrugó el entrecejo; un rayo de esperanza iluminó las tinieblas de su espíritu fugazmente; encendió de nuevo su linterna y salió al corredor, encaminándose a la cercana alcoba de su madre, diciendo entre dientes:

—No me han sentido llegar. Estará

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

descubrir la cabeza de su amiga; guió la luz hacia la llave de la luz eléctrica, y mientras apagaba la linterna sorda con una mano, con la otra, dando vuelta a la llave, encendió la luz eléctrica de la alcoba y, resistiéndose a creer lo que sus ojos empañados por la emoción se empeñaban en engañarlo, se restregó los párpados y dió un salto hacia el lecho; pero no, no era engaño. El lecho matrimonial estaba intacto, sin deshacer, nadie lo ocupaba ni las ropas de ella, como de costumbre, es-

con mi madre. Tal vez la vieja esté enferma y ella la cuida; veamos.

—¡Eh!, ¿quién va?—dijo la anciana desde su lecho en su habitación a oscuras, al sentir que alguien abría despacio la puerta de su alcoba.

—Pero, madre, ¿no está Angélica tampoco aquí, con usted? Entonces, ¿dónde está?—Y encendió la luz eléctrica de la pieza de su madre, a tiempo que ésta, intrigada y asombrada por la extraña pregunta que su hijo le hacía, contestó:

SE DISCUTEN LOS EFECTOS DEL VINO

Si es saludable o es nocivo

En la primera sesión pública recientemente celebrada por la Sociedad Española de Higiene, en Madrid, el señor Santolaya leyó unas cuartillas acerca de "El vino como bebida higiénica y como agente terapéutico". Defendió su gran utilidad por la considerable cantidad de vitaminas que contiene, y citó numerosas experiencias realizadas en España y en el extranjero, con palomas y cobayas, que confirman el poder alimenticio del vino.

En los países en que se ha promulgado la llamada "ley seca" se ha visto que la prohibición del vino da lugar a la ingestión de líquidos perjudiciales al organismo, y hoy hasta en esos países se duda ya de la eficacia de dicha ley, pues en el año 1924, en los Estados Unidos, han sido detenidas por embriaguez sesenta mil personas más que en años anteriores. Terminó diciendo que en China, desde que desaparecieron los viñedos, comenzó la decadencia de su industria y su cultura y se entregó el pueblo al uso del opio.

El señor Yagüe, aunque confiesa que es abstemio, reconoce que el vino es necesario, siempre que sea empleado con moderación y no esté adulterado. Combate en cambio el uso de los licores y aperitivos tan en boga.

El señor Olea, que, al contrario del señor Yagüe, bebe vino, lo cree,

no obstante, nocivo, o, por lo menos, inútil, pues ni es alimento ni puede fortalecer el organismo. En apoyo de su tesis hace un ligero estudio químico de su composición, de sus adulteraciones naturales y de sus efectos en la economía. Rebate el que la civilización china haya decaído por haber abandonado el uso del vino y asegura que la Humanidad puede pasarse admirablemente sin él.

El señor Franco Martínez se muestra partidario del consumo del vino, y dice que, sobre todo para el trabajador, constituye un restaurador de energías, pues si bien no es alimento de reconstitución celular, lo es, en cambio, termógeno y energético. Expone algunos datos históricos, defiende el uso moderno de esta bebida y pide al señor Santolaya que resuma su trabajo en unas cuantas conclusiones para hacer más fácil la discusión.

El señor Olea rectifica, y el señor Redondo dice que la iglesia no condena el uso moderado del "buen vino", del vino puro, del cual los mismos textos sagrados hacen notar "que alegra el corazón del hombre".

El señor Morcillo manifiesta que los naturistas rechazan el uso del vino porque creen que los frutos debben consumirse tal y como los da la Naturaleza, sin someterlos a manipulaciones que los transformen.

—¿Cómo? ¿No está con el niño? ¡Santo Dios!, ¿dónde está esa mujer?

Y la buena anciana, mientras Gracián, cruzado de brazos en medio de la alcoba, pálido y temblando como un espectro, desorbitados los ojos, permiencia meditabundo; ella, después de besar al dormido nene, como temiendo se lo arrebataran, se puso a arreglarle el embozo de la cunita, y al remover las ropitas un pequeño y coquetón sobrecito saltó al aire entre los dedos de la anciana, quien, al sentir el roce extraño del papel, no menos sorprendida, lo alargó a su hijo diciéndole:

—Debe ser para ti. ¡Pero santo Dios!, ¿qué ha hecho esta mujer? ¡Si se ha fugado no tendrá perdón de Dios, por mala mujer y peor madre!...

Gracián recibió la carta hosco y cejijunto, y al oír a su madre contestóle:

—¡Detenga su lengua, madre! No la sentenciamos aún; es la madre de mi hijo...

Y rasgó violentamente el sobrecito, leyendo, con voz bronca, lo siguiente:

"Gracián:

El paso que doy, para la hipocresía vulgar en que vivimos, será un crimen.

No he nacido con vocación de mártir; para mí es la liberación de mi alma; estoy hastiada de ser la misera mujer del payaso.

Muchas veces he pensado que para esto no había valido la pena que tú me hubieras librado de las garras del tren que me iba a destrozar.

Tres años siendo tu mujer, y el haberle dado las primicias de mi belleza, como lo demuestra el hijo que te dejo, han pagado bien tu valentía.

Aunque tú gustaste las primicias y mieles de mi juventud, a los diez y nueve años aun, me creo con derecho a gozar de la vida y hacer pagar bien el valor de mi hermosura.

¡Enorgullecete; al menos no soy una mujer vulgar que se fuga con otro pobrete como tú; es rico y joven y bello el galán que a estas horas me lleva en sus brazos al gran mundo para resarcirme de las angustias que me han ultrajado. Bien sabes, que si me casé contigo fué, más que por gratitud romántica de haberme salvado la vida, por librarme de la crueldad de mi padre, del martirio de mi madrastra y de los atropellos de mis envidiosos hermanastros, que me hacían considerar la miseria y degradación de mi casa peor que un presidio.

Huyo con mi amante a otro gran país, la Argentina; no pierdas el tiempo buscándome; a estas horas la frontera está por medio; así como yo me desquitaré en Buenos Aires de lo sufrido, así tú consuélate con algunas de las "ecuyéres" de tu circo; ellas no se avergonzarán como yo de ser la mujer de un payaso, no tienen nada que echarte en cara, así estamos salvados en nuestras deudas.

Angélica murió; así se lo dirás al niño si es grande, para que, al menos, no maldiga a la que no trepidó en hacerlo hijo de un payaso..."

De esta guisa rebotaba hasta las veces aquella mala mujer al cáliz de la amargura que en forma de carta dejó a beber en su huida a su esposo.

—¡Bien me lo anunciaba el corazón esta noche en el circo!...—dijo, por todo comentario, al terminar la carta Gracián, pálido y desencajado, y como fulminado por un rayo dando un gemido alarido de dolor se desplomó sobre el pavimento, víctima de un ataque nervioso. Ocho días permaneció entre la vida y la muerte, temiendo los médicos que, al terminarse la crisis, quedara loco o tonto, tal fué de fuerte la conmoción. En sus delirios, lo sabía exclamar siempre: "¡pronto, pronto, arriba



carle el zapato, ligero, que la va a destrozarse el tren!", y se debatía frenético. A los que intrigados por escucharle siempre la misma sugestión, preguntaron a la madre a qué obedecía esa obsesión, ella les contó lo siguiente:

"Trabajaba mi hijo en un circo en Lima, cuando una tarde paseando solo por la línea que va de Lima al Callao, alcanzó a divisar a una joven, que caída sobre la línea habiendo metido el tacón de su zapato derecho entre las junturas de dos rieles, forcejeaba por librarse de aquella prisión, en los precisos momentos, que a toda velocidad doblaba la curva próxima, el expreso; mi hijo viendo que aquella joven iba a ser destrozada por el tren, sin vacilar en el peligro que él corría también, se abalanzó hacia la joven y de un fuerte tirón dejando incrustado el tacón libró el pie de la niña, y despidió a la muchacha de un empujón hacia la cuneta. En el momento que él quiso saltar para no ser atropellado por el tren, la máquina lo alcanzó de refilón y lo despidió dejándolo aturdido cerca del cuerpo de la niña desmayada.

Resultado de este encuentro, fué el enamoramiento de los dos muchachos y el casamiento del que nunca fué gustosa y más cuando conocí, era una coqueta muy pagada de su gran belleza de la que estaba orgullosa diciendo no pocas veces que el destino había sido cruel con ella, porque dándole tanta hermosura, sólo podía ser la mujer de un payaso..."

II

Y el predicador seguía diciendo: "aquel monje, delante del altar de la Virgen de los Angeles, se quitaba el hábito y quedándose en traje seglar, se ponía a dar vueltas de carnero y a hacer piruetas, hasta cansarse y sudar a torrentes, entonces, los monjes acusadores que lo acechaban con el prior, por las rendijas de la puerta de la sacristía, vieron con asombro, que la Virgen, descendía sonriente de su hornacina del altar y enjugaba cariñosa la frente sudorosa de aquel hombre. Como esto sucediera una y otra vez todos los días, el prior llamó al monje piruetista, y le preguntó por qué hacía tamañas irreverencias ante la Virgen, y él confesó que como era tan rudo que no sabía rezar, ni leer, ni escribir como los demás monjes, recordando sus andanzas de payaso y titiritero de circo en el mundo, deseando agradar a la Virgen le ofrecía, hasta cansarse, el único trabajo que sabía hacer."

Y terminó el predicador: "este payaso y monje murió en olor de santidad y siendo bendecido por Dios y por su Santísima Madre la Virgen Angélica."

Y Gracián, que sin saber cómo aquella tarde, al regresar a su casa, se halló dentro de aquella iglesia, después que desde que se casó en Lima no había vuelto, no por ateo, sino por indiferente, a entrar en iglesia alguna, al escuchar esta anécdota religiosa salió con los ojos arrasados en lágrimas y diciendo:

—Virgen Angélica, piadosa, mística tenía que ser para no avergonzarse del pobre monje payaso; en cambio, yo he sido burlado por otra mujer, y ¡oh, sarcasmo!, también ella se llamaba Angélica, pero una Angélica de Luzbel, al fin mujer..."

Y haciéndose estas amargas reflexiones llegó a su casa, y entrando en la alcoba donde se hallaba enfermito su hijito, se acercó a la cuna y lo besó en la frente ardorosa; el pobrecito niño, al sentir los labios de su padre, abrió sus ojitos color de cielo y dibujó una sonrisa desmayada en el rictus cárdeno de sus labiecitos exangües y, alzando sus manecitas, acarició el rostro lacrimoso del payaso murmurando:

—¡Papito, mi papito, no me dejes solo!...

Gracián volvió el rostro para que no cayeran sobre la frente del niño aquellas dos piedras acuosas que, como brillantes opacos, le brotaron de sus ojos, y balbuceó, mirando a su anciana madre:

—¿Y qué dijo el médico? ¿Da alguna esperanza?

La anciana dobló la cabeza desconsolada, como una azucena amustiada por el vendaval, y silabó en voz queda:

—¡Siempre lo mismo, hijo mío!... Sin esas inyecciones, que cuestan cien nacionales, dice que no responde...

Gracián, al callar la anciana, tendió una mirada por toda la misera habitación, y, tomándose la cabeza entre sus manos, murmuró:

—¡Qué año, Dios mío, desde que aquella... nos dejó...! El empresario dice que no puede adelantarme más que el sueldo que me adelantó, porque los gastos de viaje aquí, a la Argentina, y el no saber cómo nos irá en nuestra primera estación de Mar del Plata, no le permiten prestarme más

ella está aquí y ni ella tampoco que él la puede reconocer algún día. Dios santo, que eso no ocurra; el corazón me dice que ello sería la perdición de los dos...

Estaba ya bien entrada la noche, cuando la anciana descendía vacilando como ebria las escalinatas de mármol del elegante hotel, y encorvada bajo el peso de una mayor desgracia se perdía calle abajo hacia el arrabal, murmurando entre dientes de esta manera:

—Peor que una fiera. Tuve que amenazarla con un escándalo si no me recibía y escuchaba. Cuando la hablé de su hijo, la muy criminal y zafada, riendo a carcajadas exclamó, cinica, por única respuesta: "¡Ah, sí; me venís a hacer el cuento viejo del niño enfermo...! Me habláis del hijo del payaso..." Estuve tentada de lanzarme a su garganta desnuda de mujer diabólica y ahogarla entre mis manos. ¿Qué se perdía?... Una víspera menos... Supo que su hijo se moría por no tener unos pesos para esas costosas inyecciones, y la muy vi-

verde de la pantalla, semejava la fatídica silueta de la muerte arrehujada en un negro manto de tinieblas.

—¡La he visto, madre! ¡La he visto, y ella no me ha reconocido! ¡Si vierais qué hermosa y qué lujosa estaba la muy...!

Y reparando en que el enfermito a sus gritos y exclamaciones había abierto sus ojitos tristes, enmudeció la última sílaba que iba a concluir.

La anciana, que dormitaba, sin darse cuenta de lo que oía, entre soñolienta y atontada, contestóle:

—Pero criatura, ¿a quién has visto?

Y Gracián, al oírlo, la contestó:

—A quien va a ser: a ella; estaba acompañada de un caballero muy elegante, cuando la reconocí, y yo pasaba haciendo cabriolas, que ella reía, por delante de su palco; me dieron arrebatos de tirarme sobre ella y ahogarla allí mismo. Este angelito me detuvo; pensé en él y la ola roja huyó como ángel malo. Esta noche he estado como nunca; el empresario, contento al ver cómo el público me aclamaba, me prometió aumentarme el sueldo.

La anciana no resistió más, y fuera de sí se alzó y llevándolo a un rincón de la pieza, le dijo con risa que daba terror:

—Sí, muy hermosa, hermosísima tú... También yo la vi y hablé esta noche, ¿sabes?; le conté de su hijo, le pedí por él y...

Entre gorgoteos y risas macabras fué destilando en los oídos atónitos del cadavérico payaso todo el acibar que la hermosa mujer había derramado en el rostro de la anciana. Y como el enfermito pidiera agua y los llamase a su lado, ambos, como dos fantasmas, acudieron a acariciarlo y atenderlo, hasta lograr que, más sereno, se volviera a dormir en aquel terrible sopor de la fiebre que lo devoraba. Gracián, por toda respuesta al terrible relato de su madre, castañeteándole los dientes en un escalofrío de odio y venganza, rió ferocemente y con una serenidad que helaba de espanto, brillantes sus pupilas de león, contestó:

—¡Qué loca; juega con la fiera, y la fiera está hambrienta de su carne bella...! ¡Sca! Quien ama el peligro en él perece; ella lo ha querido, Dios me perdone...

III

Aquella mañana, Gracián, en tono resuelto y desesperado, dijo a su madre:

—También yo, como tú, madre mía, tengo una idea para salvar al niño. Veré si él, como su madre, me debe también a mí la vida. A más tardar mañana, si no hoy, mi hijo tendrá puestas las inyecciones...

Y tras de dar un beso al pequeño enfermito, desapareció escaleras abajo.

Regresó a la noche, sólo por unos minutos, para dar un beso y ver cómo seguía su hijito, y desde entonces, ya casi veinticuatro horas, su madre no sabía qué era de Gracián.

Y la pobre anciana, que cual otra madre Dolorosa al pie del calvario seguía el curso destructor de la enfermedad, siempre mirando a la puerta por donde ya le parecía ver entrar a su hijo con el remedio salvador, se alarmaba cada vez más por su tardanza y por los rápidos avances que el mal hacía en aquel inocente cuerpecito, víctima de los pecados ajenos.

Crispando las manos implorantes ante la estampa de la Dolorosa, decía:

—¡Se muere, se muere, y no hay remedio; llegará tarde, si llega!

En ese preciso momento el niño daba un violento estertor, y tras de violentas convulsiones al fin se quedó inerte, y con sus pupilas azules muy dilatadas, como en un espanto, acabó de morir aleteando como un pajarillo en la agonía. La anciana, al reconocer la triste verdad, exhaló un estridente alarido de desesperación y se abalanzó sobre aquellos frágiles despojos como si quisiera

LOS DRAMAS DEL HAMBRE

Una poetisa trata de matarse, y con ello obtiene la celebridad que perseguía

Una muchacha de diez y siete años llamada Lily Olsen, autora de varios libros de poesías que no habían sido admitidos por los editores, después de sufrir los efectos de la mayor miseria y vagar varios días por las calles de Chicago sin conseguir que las revistas que allí ven la luz aceptasen sus composiciones, decidió poner término a su vida, y para ello absorbió una fuerte dosis de veneno.

La policía la encontró en la vía pública sin conocimiento y la condujo en gravísimo estado a uno de los hospitales.

Cuando el juez se presentó a recibir la declaración, la joven le reveló lo que antecede, añadiendo que las repulsas que recibiera de las casas editoriales en donde había ofrecido sus trabajos le revelaban que "dentro de ella no anidaba el chispazo del genio", y por esta razón había resuelto poner fin a una existencia que consideraba inútil para ella y para la Humanidad.

Pero he aquí que en cuanto las autoridades judiciales divulgaron la noticia del suceso, varias casas editoriales y directores de revistas se han apresurado a buscar las obras de Lily Olsen para publicarlas inmediatamente.

La primera persona que ha acudido en demanda de las poesías de la joven es la ex directora de la revista "Poetry", miss Harriet Munro, la cual prometió publicar las composiciones de la suicida.

Cuando los médicos que la asisten dieron cuenta a la poetisa del movimiento que se había provocado en favor de su labor literaria, miss Lily Olsen expresó el deseo de vivir si quiera lo suficiente para ver impresas sus composiciones en las revistas más famosas de los Estados Unidos. Pero los facultativos no abrigaron la menor esperanza de salvarla. Creían que la joven sólo viviría pocos días, pues los efectos del veneno han provocado otras complicaciones difíciles de combatir, entre ellas la neumonía.

dinero. Aquella... se llevó con ella la poca suerte que yo tenía... ¡Quién fuera aquel pobre monje payaso!...

Aun moría la última sílaba en los labios tartamudeantes de Gracián, cuando la pobre anciana, en un arranque nervioso, miró a su hijo, se levantó del asiento, y después de alisarse y componer un poco el desaliño de su traje negro, se tocó la cabeza con una toca negra de viuda y disponiéndose a salir a la calle dijo:

—No descuideis al niño. Voy a tentar un recurso desesperado. No me preguntes cuál es, ni yo misma sabría decírtelo. Dios ve mi intención y el sacrificio que me cuesta. Pero las abuelas somos dos veces madre.

Y dejando perplejo a Gracián, la anciana, resuelta, se alejó al oscurecer calle arriba monologando entre sí de esta manera:

—Veremos si esa mujer aun tiene entrañas de madre. Aunque lo dudo con lo que hizo. Jamás sospecha ella que aquella mujer que le pidió limosna a su amante que la daba el brazo era yo, y la seguía para saber dónde se alberga esa víbora. Y está hermosa y arrogante esa pícara con tanto lujo y joyas. ¡Ah, si Gracián supiera el paso que voy a dar...! Me mataría de vergüenza... Creó que él no sabe que

llana... Llegó a tirarme con desprecio aquel billete de diez pesos que yo ya, sin poder aguantar más, le arrojé a la cara... Y volviéndome las espaldas desnudas salió al encuentro de aquel engominado, mientras con risotadas y burlas se colgaba de su brazo y le decía en alta voz para que yo la oyera: "Venid, Chelo. Probemos con estos cien pesos que me querían estafar con el cuento del niño que enterrar; estoy segura que en la ruleta me traerán suerte".

La anciana, jadeando y amarilla como vela de finado, transpuso la puerta del cuarto, y desolada se dejó caer sobre la silla cerca de la cuna donde su hijo velaba al niño dormido.

—Nada..., ¿verdad?—exclamó Gracián levantándose del asiento y mirando la hora en su reloj.

—¡Nada!—contestó la anciana.

Gracián hizo un gesto de resignación y exclamó a tiempo que tomaba el sombrero:

—Es la hora del circo. Hasta luego, madre. ¡Dios tenga piedad de este inocente!...

Y desapareció escaleras abajo, quedando la anciana sumida en su dolor, mientras la sombra que proyectaba en la pared su cuerpo encorvado, al reflejarla la luz tamizada entre la seda

detener aún la vida y defenderla contra la harpía insaciable de la muerte. Vio lentamente se abrió la puerta de la alcoba, y Gracián, seguido del médico, que traía las inyecciones, penetraron atropelladamente sin parar hasta la cabecera de la cunita.

Saltando y riendo, entre lágrimas y risas, Gracián decía al entrar:

—No le decía, mamá, que hoy a más tardar mi hijo tendría las inyecciones? Aquí están las salvadoras; al fin rescataré a mi hijo y me lo deberá a mí. Sí, como ella, a mí solo...

Mas la última sílaba se ahogó en un grito de espanto y angustia al reparar que su madre tenía en sus brazos la cabecita del enfermo, la dejaba caer inerte sobre la almohada, y poniéndose un índice en los labios, señalando al muertecito, exclamó interrumpiéndolo con acento ronco:

—¡Llegaste tarde! ¡Ya Dios lo ha salvado para siempre...!

Gracián que, paralizado, extático, se había quedado mudo, al convencerse de la triste verdad, rompió en una violenta explosión de llanto, y levantando hasta su rostro el ya helado del muertecito, como si aun quisiera revivirlo y hacerle entender sus palabras, le decía, terrible en su gesto fiero:

—Hijo mío, tu vida resguardaba la de ella. Ella te ha matado, yo te vengaré. Mis pruebas de payaso mientras tú vivieras servirían para ganar y comprar tu vida... Ahora servirán para enterrarte y también para vengarte...

Al caer la tarde del día siguiente, un cochecito blanco conducía al cementerio del lugar, bajo un montón de flores de nieve, un pequeño ataúd del mismo color. No faltaron ninguno de los compañeros de circo, y cuando Gracián, antes de sepultar a su pequeño muertecito, ordenó abrir el ataúd al borde mismo de la sepultura y sobre él derramó sus lágrimas y estampó sus besos, le pareció ver a Jesús Nazareno, vestido de blanco, orlada su cabeza con el sol de oro de sus cabellos rubios, que le sonreía...

Al regresar a pie del cementerio, sus amigos y compañeros, al pasar por frente a los cartelones que anunciaban precisamente para esa noche, en grandes letras y con el retrato del payaso y del terrible león Menelick, su contendor, la gran prueba sensacional, le pidieron que postergase por unos días hasta que estuviera más tranquilo, semejante atrevido espectáculo.

Gracián, al verse retratado, rió fúnebramente, contestando:

—Es condición de varón el sufrir. Al contrario, esto me da más bríos. Me luciré, será sensacional; os aseguro que quedará recuerdo, ¡vaya si quedará! Sobre todo si no falta a la cita con la muerte la compañera... Y no faltará..., el corazón no me ha mentido nunca...; puede mucho la curiosidad en las mujeres... Ella quería ser célebre, pues lo será, ¡vaya si lo será!... Y soltó una carcajada que hizo helar la frase en su boca.

Aquella noche, al irse al circo, Gracián, fuera de lo de costumbre, se inclinó sobre su madre abatida y la besó en la frente y los cabellos blancos, estrechándola en un fuerte y ahogador abrazo y salió, huyendo, escaleras abajo. La anciana achacó este transporte a las emociones del día y a que sólo ella le quedaba ya en la vida a su pobre Gracián.

...

"Mar del Plata ni ninguna ciudad del mundo, ha visto hasta ahora el sensacional espectáculo que esta noche ofrece el gran Circo Internacional.

Espectáculo fuerte, sensacional y emocionante.

El payaso Calavera, el doctor y maestro de la risa, convertido en Caballero de la Muerte, bailará con el fiero e indomable león Menelick, terror de los campos africanos, la danza macabra de la muerte y hará reír a

ésta... Hará erizar los cabellos a los más valientes..."

Así rezaban los cartelones por toda la ciudad y a la puerta del circo.

La gran carpa del circo estaba esta noche de gala; millares de luces y banderolas dentro y fuera le daban un aspecto fantástico.

Armonizaban las casacas rojas, amarillas y azules de los empleados y músicos, con la rebotante multitud de vestidos del enorme gentío que desde bien temprano invadía todas las localidades; y entre la blusa y la chaqueta de los hijos del pueblo y la percalá de las mujeres, arrabaleras, en los palcos se lucían mejor las carnes desnudas de las aristocráticas bañistas de ojeas agrandadas por el "rimmel" y labios rojos por el "rouge", luciendo elegantísimas y provocadoras "toilettes". Hacía rato que los trapezistas, malabaristas, caballistas, domadores de fieras y "tonys" y payasos, al son de la música, se esforzaban por singulari-

su insolente y provocadora hermosura. Opulenta de carnes rosadas y frescas, al entrar dejó caer la capa de zorro azul, drapado de armiño, que su cortejo, un joven almibarado y engominado, de "smoking", colocó servilmente sobre la silla.

Gracián, al divisarlos, pálido como la cera y con sus ojos brillantes, como fascinado, saltaba de alegría y estrujaba en su paroxismo a cuantos compañeros se le ponían delante, exclamando, al retirarse a su camarín, pues su número se acercaba y debía estar dispuesto:

—Al fin mi mascota llegó... Chicos, mi gran noche, no lo dudéis, sensacional, sensacional...

La muchedumbre, como en un circo romano ante el César en las gestas más sangrientas de la Roma pagana, estaba excitada y a gritos, impaciente, pedía la danza de la muerte.

Por fin, entre el rugir de las fieras enjauladas, el relincho de los caballos,

mismo de la barandilla del palco que ocupaba la bella y con la puerta de la jaula casi sobre ese palco; y empuñando en una mano un revólver y en la otra una fusta, después de mirar a aquella mujer un corto rato, lanzando una carcajada abrió de repente la puerta de la prisión de la fiera y de un salto se entró danzando al compás solemne, ceremonioso, imponente de la música metálica.

El león, al verlo entrar, rugió y, agazapado, en ademán de lanzarse sobre el intruso, que disparaba tiros al aire y atraillaba a la fiera con fustazos para acorralarla al fondo de la jaula, dejando abierta la puerta, siguió obligando al felino a dar formidables saltos, que Gracián esquivaba y que hacían a la multitud dar gritos de horror y espanto, y en estas vueltas y revueltas el payaso logró colocarse al fondo de la jaula y obligar al león, que no dejaba de hacerle frente, a retroceder de espaldas, hasta llegar a quedar con la cola y las patas traseras fuera de la jaula en el vacío mismo y a punto de desplomarse sobre el mismo palco que ocupaba aquella hermosa desconocida que, horrorizada, sin comprender, como el público y los empleados del circo la imprudencia del payaso, que ponía a la fiera a punto de escapar de su prisión, ella, viendo que no podía retroceder por más que lo intentó su acompañante, cayó desvanecida sobre su asiento, mientras el público, mudo, desencajado, contemplaba ese fortísimo e imponente espectáculo a que a tanto peligro lo arrastraba.

Gracián, al convencerse de que el león estaba ya a punto de caer en el vacío, lanzó una terrible carcajada, y asestando a la fiera un fustazo y un disparo a bocajarro, logró que el león cayese al palco, de espaldas y sobre la misma mujer desmayada, y entonces él mismo se arrojó también sobre, no se sabía si la fiera o aquella mujer, y los tres, enredados, rodaron al fondo del palco, y mientras la fiera daba rugidos y a dentelladas y zarpazos destrozaba a la mujer y al payaso, el galán que acompañaba a esa dama huyó aterrorizado atropellando a todos, mientras la multitud horrorizada, dando grandes gritos, trataba de escapar a la calle antes que el león, después de dar fin a aquellos desgraciados, continuara haciendo más víctimas. Con lazos y con armas se abalanzaron sobre la fiera para obligarla, tras no pocas angustias de los domadores, a volver a subir a la jaula, lo que lograron después de titánicos esfuerzos, viendo después de haber asegurado al león y cerrado su prisión que habían llegado demasiado tarde, porque el payaso y la mujer eran una masa informe de despojos sangrientos y de trapos destrozados. Alguien que muy cerca de la escena de esta tragedia no perdió detalle de ella, aseguró después que Gracián, al arrojar el león sobre la hermosa y saltar sobre ellos, él, con ojos felinos, riendo, sacó la cabeza por entre la calavera y el encapuchado y la dijo a gritos, mientras la hacía abrir los ojos moribunda por las dentelladas del león:

—¡Mia hasta la muerte!... De tu Gracián, sí, de tu Gracián... Para que veas lo que vale tu payaso... Ríe, mujer, ¿no ves cómo el payaso hace reír a la muerte?

Y el payaso, riendo como un loco, bebió en la garganta de aquella mujer destrozada los borbotones de sangre que había abierto el león.

Al día siguiente, la anciana madre del desgraciado Gracián supo la horrible tragedia. Meditabunda y horrorizada, dibujando una mueca de dolor, sólo murmuró a los que la interrogaban:

—Lo dijo él. Como payaso ella lo había despreciado. Pero tendría que admirarlo como león cuando lo vio, haciendo reír a la muerte...

AVISOS ESPECIALES

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. GARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sebillan (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375—U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal.—Señoras y Partos.
Bm. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

zarse en esa noche de gala, sin que el público, ansioso por la prueba final anunciada, les diera mayor importancia. Gracián estaba nervioso; no hacía más que ir y venir de su camarín a la cortina de terciopelo rojo que separaba la sala, y se le oía, contrariado, después de escudriñar ansioso la sala, exclamar.

—¿Habrá algún Dios que protege a los pillos?...

En una de esas exploraciones, el rostro se le iluminó de alegría: precisamente en ese momento una pareja acababa de entrar al único palco vacío. Ella, la mujer, era una bellísima y arrogante moza; vestía un corto traje de seda negra, que dejaba con su escote de flecha al descubierto sus espaldas y sus senos hasta la cintura, un collar de perlas y diamantes, como sus pendientes entre la brillantez de su melena "garçonne", negra como sus ojos de diablesa y una esclava de bruñido oro ajustando la morbilidad de sus brazos desnudos como el busto resaltaban más

las órdenes a gritos de los empleados, el murmullo de oleaje ronco de la multitud risotera y bulliciosa y los fuertes estruendos de la música, aparecieron los heraldos a caballo en corceles blancos, vestidos de rojo y negro, tocando sendas trompetas; seguíanle payasos, "tonmys" y todo el personal del circo, y la troupe entera, en procesión, y al final, en negro caballo engualdrapado de oro y terciopelo, montado, el Caballero de la Muerte, vistiendo una túnica de seda negra, y sobre ella, como una armadura embutida libraban las fosforescentes pupilas del moderno gladiador, que, después de recorrer la pista entera, despidió su cabalgata, y al pie mismo del palco en que estaba la bella recién llegada, echó pie a tierra, y haciéndola un saludo ceremonioso, al estilo de los gladiadores que decían el "Morturi te salutem, Ave, oh, César!", ordenó que hicieran rodar hasta allí mismo la jaula donde inquieto y amenazador rugía el feroz y hermoso león Menelick, colocándola al borde

Cómo principiaba el tratado entre Enrique IV y el sultán Amat

"Yo, que soy por las infinitas gracias del Justo, Grande y Todopoderoso Criador y por la abundancia de los milagros del jefe de los Profetas, Emperador de los victoriosos emperadores, Distribuidor de las coronas a los más grandes príncipes de la tierra, servidor de las dos sacratísimas y augustas ciudades de la Meca y Medina, Procurador y Gobernador de la Santa Jerusalén, Señor de la Europa, Asia y Africa, conquistadas con nuestra victoriosa espada y nuestra terrible lanza: A saber de los países y reinos de la Grecia, de Themistvar, de Botssut, de Sequetvar, de los países y reinos del Asia, de la Natolia, de Caramania, de Imadia, de Egipto y de todo el país de los Partos, de los Georgianos, de la Puerta de Hierro, de Tiflis, de Sirvan y de los Países del Príncipe de los tártaros llamado Cerim, de Chipre, etcétera etc., y de otros muchos países, ciudades y señoríos conquistados con mucho poder imperial, señor de los mares blanco y negro y de la inexpugnable fortaleza de Tigris y de otros tantos de diversos países, islas, estrechos, pasajes, pueblos, familias, generaciones y de tantos millares de guerreros victoriosos que reposan bajo la obediencia y la justicia de mí, que soy, el emperador Amat, hijo del emperador Mehmet, del emperador Amurates, del emperador Selim, del emperador Solimán, del emperador Selim, del emperador Bayaceto, del emperador Amurates, etc., por la gracia de Dios recuso de los grandes príncipes del mundo y refugio de los emperadores.

Al más glorioso, magnánimo y gran señor de la creencia de Jesús elegido entre los príncipes de la nación del Mesías, mediador de las diferencias que sobrevienen entre el pueblo cristiano, Señor de grandeza, majestad y riqueza, glorioso guía de los más grandes, Enrique IV emperador de los franceses. Que el fin de sus días sea feliz.

En el nombre de Dios el altísimo, porque es bueno, justo y conveniente invocar primeramente su nombre para después recibir su gracia. Con asistencia del soberano rey de los reyes, el Altísimo señor y autor de todos los dones y movimientos, incomparable, sin igual, invisible e incomprensible a ningún espíritu terrestre, señor del infinito poder, liberal en perdonar, sin disminución de la infinitud de sus dones y gracias y la protección del sello de la belleza de los profetas, y señor y patrono de la fortaleza de las virtudes, señor de la sociedad de los profetas, elegido por toda la asamblea de los inmaculados, bien querido de Dios, salvador de las naciones en el día del juicio final, Mahoma Mustafá, en el que reposan las oraciones y la paz de Dios, con las soberanas y abundantes bendiciones de los que están en su compañía y patronos de las leyes y otros santos profetas, con quien sea el honor de Dios y la alianza de que los santos, que son el premio de los honores y los inaventurados una soberanía de la santidad, están ligados a Dios, debe ser santificada y sus santas almas gozarán de la gloria divina.

(Aquí está la firma del sultán, que está dentro de un nudo de oro, que tiene estas palabras sultán Achmet Can, siempre feliz.)

Yo, que soy el rey de los reyes, príncipes y emperadores, distribuidor de las coronas de los reyes del antiguo imperio de la tierra y de las fortalezas, administrador de los bienes de todos los países, y con mi sombra los países y las

bitantes de aquéllos, bajo el gobierno y señorío de mi majestad y conserva a mi majestad en el mundo, a mí que estoy en lugar del Profeta y soy señor de las ciudades, reinos, imperios y sus plazas adyacentes, conservador de las dos grandes cortes y juez de la bendita Jerusalén y emperador de la alta real puerta del señorío de Constantinopla, que quiera Dios guardar de todo mal, y de Andrinópolis, etc., de Valaquia y del resto de la asistencia de Dios que es un rey victorioso de fuerza real y por la considerable probidad de nuestros reyes se han librado del poder de los enemigos, yo que soy rey de todos los reinos, ciudades y fortalezas que han sido conquistados por la mano de los invencibles y de las victorias, yo que soy un rey coronado de estirpe real, rey de los mares blanco y negro y rey de otras muchas islas y reinos y puertos de mar, monarca de muchos pueblos y naciones y emperador de muchos ejércitos invencibles, emperador legítimo, luz, antorcha y devoción del mundo, conde de la ley de Mahoma, sultán Achmet, hijo del sultán Mahometchan, hijo del sultán Murat Chan, del sultán Selin Chan, del sultán Bayaceto Chan, del sultán Mahoma Chan,

cuyas almas deben reposar en la misericordia y gloria de Dios que nos ha concedido, a nosotros, que somos los defensores del Alcorán, el someter a nuestro poder las cuatro partes del mundo, el gran Dios quiera conceder a mi majestad una larga vida, a mí que soy el auxilio de los reyes y de las naciones y la excelencia de los príncipes. A nuestra alta y sublime corte imperial, que es nuestra feliz puerta por la gracia de Dios que es dispensador de gracia y rey de todos los pueblos, cuyo nombre sea eternamente alabado, como auxilio de los reyes y protector de todos los famosos príncipes, han enviado," etc.

Una importante arma política. — La cultura alemana en el Extremo Oriente

Antes de la guerra europea desarrollaban sus actividades en China y en el Japón médicos y alemanes.

La Escuela Superior de Shanghai, equivalente a una de nuestras Universidades, durante aquella mundial contienda tuvo que prescindir del concurso de los doctores germánicos, con cuya cooperación cuenta de nuevo, y entre los que actualmente ejercen allí la profesión figuran dos de los más famosos en Alemania.

No ha ocurrido lo mismo en el Japón, donde se aprovechó aquella oportunidad de la guerra para prescindir definitivamente de los servicios de los facultativos extranjeros, porque es ten-

dencia de los japoneses la de bastarse a sí mismos en todo.

Hoy no hay en Tokio ni un médico alemán, sino sólo uno de nacionalidad suiza, porque además de aquella apuntada inclinación de los japoneses, éstos sienten desconfianza de los extranjeros que, como es natural, prefieren ejercer la profesión en China, donde son mejor acogidos y donde se reconocen sus méritos. De lo que no disponen allí es de los elementos necesarios para el desarrollo de su labor científica.

La llevada a cabo en ambos países asiáticos antes de la guerra por los profesores alemanes ha dado sus frutos, y principalmente en lo que respecta a Filosofía y a Economía política.

Para que continuase explicando aquella rama del saber fué solicitado en 1920 un profesor alemán por la Universidad de Pekín, quien tuvo que empezar por establecer una clase de alemán para poder entenderse con sus alumnos; al cabo de cierto tiempo de esa previa enseñanza, que ha sido la base de una cultura general alemana en China, que hoy está en progresivo desarrollo, lo que indudablemente ha de llegar a ejercer en no lejano plazo una profunda influencia en la historia política de Europa, tanto más cuanto que el chino tiende constantemente a ensanchar todo concepto, a enriquecerlo con todos los matices que pueda admitir, y, por último, a incorporarlo a la realidad, hasta tal punto, que para dar idea del espíritu analítico del chino se dice de él que incluso cuando va de paseo lo hace científicamente, y cuando se ha convencido de que, no obstante su gran paciencia, no le bastaba con las fuerzas propias, ha decidido recurrir a las extranjeras, para asimilarlas y utilizarlas.

Esos estudios se realizan en China con tal seriedad, que en la Universidad de Pekín, y fuera del edificio, hay construida una serie de celdas, cada una de ellas destinada a un examinando, que, aislado allí, tiene que desarrollar, sin auxilio alguno en su trabajo ni consultas de última hora, cuantos temas le proponga el tribunal, que se muestra severísimo para las calificaciones.

Al florecimiento de la cultura entre los chinos dedica la más viva atención Alemania, que ve en ello un medio de influir en lo futuro sobre los destinos de Europa, merced al considerable esfuerzo constituido por aquel pueblo educado a la alemana, y que tan importante papel representará algún día en la historia de Occidente, donde ya se presiente con razón y desde hace bastantes años el llamado peligro amarillo.

Cómo se salvó el navío

El popular novelista italiano Ulises Barbieri tenía la especialidad de escribir novelas en las cuales los personajes, por una serie de accidentes o crímenes, morían de una manera inquietante.

Mas como este género siempre ha tenido y tiene su público, el editor Perino le encargó un día una nueva novela muy dramática, prometiendo dar al novelista diez francos por cada persona que en ella falleciese de muerte violenta.

Barbieri era un verdadero bohemio que tomaba la ocasión por los pelos, y con tal de llenar su bolsa, empezó a matar varias personas en cada capítulo. Cuando escribía un capítulo se lo remitía al editor, pues, dada su vida, siempre estaba Barbieri falto de dinero.

Ocurrió que, al final de uno de los capítulos, el novelista dejaba a un navío entre los embates de un furioso temporal que amenazaba acabar con la vida de los seiscientos pasajeros que transportaba. El editor, espantado, llamó a Barbieri y le dijo:

"Os prevengo que si el navío perece, yo no os pagaré sino diez francos por todos los pasajeros."

Ante esta disposición, Barbieri tuvo misericordia y acordó salvar al navío.

LOS HEROES DE LA FANTASIA

Han de Islandia

En todas las obras de aquel genio de la literatura francesa que se llamó Victor Hugo, existe lo feo, lo horrible, lo monstruoso, como sombra, como reverso de lo grande, de lo hermoso, de lo bueno; sólo en la historia espeluznante de Han de Islandia lo horrible y lo feo es lo principal, y lo bueno desaparece casi entre las sombras de lo malo.

Han de Islandia es un monstruo espantoso, un ser mixto de hombre y fiera, un horror viviente tal como no puede existir fuera de los límites de la leyenda, algo así como la realización de los vampiros y de las gúlias. Es un absurdo en forma humana, que tiene atemorizada a la isla entera, una especie de reliquia de la humanidad más primitiva, que se viste de pieles, brama como un león, come carne cruda, casi siempre carne de otros hombres, y bebe agua del mar y sangre humana, sirviéndole de copa el cráneo de su propio hijo.

Han de Islandia tiene por enemigos a todos los hombres, y por único amigo a una fiera, un oso, tal vez más forzudo, pero no más feroz que su dueño y señor. Han de Islandia, que goza y rie cuando ve a los hombres matándose entre sí, y que contribuye a la matanza arrojando sobre ellos enormes peñas desde su inaccesible refugio en las montañas, se hace casualmente dueño de unos papeles que para un hombre valen más que la vida. Este hombre es el bravo, el pundonoroso capitán Ordener, enamorado de la bella Estel, y los papeles son los documentos que han de permitirle salvar la vida del canceller Schnunnaker, padre de su prometida, que ha sido complicado en una conspiración de mineros, conspiración traducida bien pronto en sangrientas colisiones que proporcionan al antropófago macabro festín.

El intrépido Ordener, que recorre

Islandia en busca de estos papeles, lucha con Han, el monstruo espantoso, y le mataría si el oso no acudiera en su socorro.

El contraste entre la figura noble y atractiva del joven capitán y la del extraño salvaje es realmente extraordinario. El primero es tan inverosímil en su belleza moral como lo es el segundo en su ferocidad primitiva. Pero Han de Islandia no es simplemente el polo opuesto del valeroso militar; es algo más, es un símbolo del país en que se desarrolla la acción, de esa isla que los antiguos miraban como jalón que marcaba el fin del mundo, y que aun para los modernos viajeros está llena de encantos misteriosos y terribles. El hombre-fiera es el alma de Islandia, que con sus tormentas espantosas, sus lluvias pertinaces, sus heladas, sus "geysers", sus estériles campos de lava, lucha contra el hombre civilizado que quiere explotar su suelo y colonizar sus agrestes montañas y sus nebreros valles. Islandia era en Europa el último país de leyenda, la última tierra extraordinaria, donde se ponían los últimos cuentos de hadas y las últimas maravillas de lo sobrenatural; era la famosa Thule, especie de antecala del caos que reinaba al otro lado del océano. Han, el ser mixto de hombre y fiera, es el último monstruo que, como trasto de las épocas de la leyenda, queda en esta isla donde la naturaleza, los elementos, el clima son por igual salvajes e inhospitalarios. Han de Islandia sucumbe al fin; el monstruo humano muere tan horriblemente como vivió, con verdadera muerte de fiera. Su isla, la Thule misteriosa más allá de la cual creían nuestras antepasados que no había más mundo, dejó de ser la isla del misterio y de la leyenda, y hoy es sólo uno de tantos países pintorescos.

Los múltiples usos del azufre

Para el común de las gentes el azufre es producto de poco uso. Al oír nombrar ese metaloide lo corriente es pensar en las cerillas o, por asociación de ideas basada en la extendida creencia popular, acordarse de la pavorosa mansión de Lucifer, de quien es fama que utiliza el azufre como heraldo de sus apariciones y también para entenebrecer sus dominios con el humo asfixiante que desprende por combustión ese cuerpo simple. Algunos saben que constituye uno de los ingredientes usados para la fabricación de pólvora y de ahí no suelen pasar las nociones sobre el azufre.

En un tiempo, todo el azufre nativo provenía de las minas de Sicilia, uno de los principales países productores. En 1868 se vino en conocimiento de que en Luisiana existía el azufre, enterrado bajo arenas movedizas y terrenos pantanosos. Había, pues, que extraerlo. Y esto lo consiguió el químico Frash. Hoy se explotan yacimientos de azufre en Luisiana y en Texas, y la competencia norteamericana ha estimulado el perfeccionamiento de los métodos practicados en Sicilia para la extracción del azufre—procedimientos que eran muy deficientes,—lo que se ha traducido en un progreso industrial.

El azufre es una sustancia de la que pudiera decirse que posee dos personalidades, o, mejor dicho, tres, porque se presenta en tres distintas formas, aunque siempre es azufre y nada más que azufre, no obstante sus diferentes aspectos físicos. Así por ejemplo, cristalizado es un brillante polvo amarillo; también se presenta amorfo, y, por último, en filamentos gelatinoso, que son extensibles como la goma. Y en cuanto al color puede ser también obscuro y aun llega a aparecer completamente negro.

Cuando el azufre es sometido a la acción del calor empieza a fundirse, pero si se mantiene la elevada temperatura ese cuerpo se endurece otra vez, y, si aún se le calienta de nuevo torna al estado líquido. Por último, cuando persiste la acción del calor el azufre llega a destilar. Precisamente esta propiedad es lo que facilita el laboreo de las minas de azufre de Texas y Luisiana, donde los yacimientos se hallan a una gran profundidad y se descubrieron casualmente al buscar manantiales petrolíferos.

El procedimiento para la explotación del azufre es muy sencillo. Se excava un pozo, lo mismo que cuando se trata de extraer petróleo, y se introducen allí dos tubos por uno de los cuales se vierte agua caliente cuyo contacto hace pasar al estado líquido al azufre que se halla mezclado. El azufre líquido sube por el otro tubo a impulso del aire comprimido y circula por canales de madera preparados en la superficie y en ellos se solidifica. La masa así formada se rompe con palos o azadones cuando llega el momento de transportar el producto.

Agotado el rendimiento de un pozo se abre otro a no mucha distancia del anterior, y allí se transportan los dos tubos para proseguir en la forma descrita la explotación del yacimiento. Se puede calcular en un 99,9 por 100 la pureza del azufre así obtenido, que contiene, por lo tanto, muy escasa cantidad de grasa, petróleo y otras impurezas.

Representa el azufre una de las más importantes materias primas para las industrias químicas y sus similares, tales como la fabricación de goma, papel, productos insecticidas, etc., en las que ese metaloide es el elemento esencial. Pero el principal papel lo desempeña en la obtención del ácido sul-

fúrico, cuyo consumo se afirma que da la medida de la importancia de toda empresa industrial.

Hay mucha gente que no tiene idea de que su bienestar depende en gran parte del ácido sulfúrico, que actúa en la preparación de abonos destinados a fertilizar las plantas que más tarde han de servirnos de alimento, así como también se emplea para los tintes de las telas, y va mezclado en la gasolina que impulsa a los automóviles y con el aceite lubricante para las máquinas y hasta forma parte del material con que se fabrican objetos de adorno y utensilios, tenedores y otros artículos. El agua que bebemos puede purificarse por medio de un derivado del ácido sulfúrico, que es el sulfato de cobre. Es también el ácido sulfúrico uno de los elementos necesarios para fabricar la dinamita, indispensable para la explotación de las minas de hulla e igualmente se utiliza para la fabricación del celuloide, de tan numerosas aplicaciones. Ácido sulfúrico contienen algunos de los ingredientes con que se fabrican el jabón, el vidrio, los perfumes, numerosas drogas y otros muchos productos, hasta el extremo de que puede afirmarse que apenas habrá algún que otro artículo en la industria o en el comercio que no esté relacionado con el ácido sulfúrico.

Se comprenderá ahora por qué se le considera como barómetro de los negocios e indicador de la prosperidad de un país. Véase, pues, la importancia del azufre, más de la mitad de cuya producción se destina a la fabricación del ácido sulfúrico.

Pero aún hay otros usos importantes del azufre, que sirve, por ejemplo, para fabricar papel de periódico, así como también sedas artificiales, explosivos, etc.

En cuanto al empleo del azufre en los abonos es de advertir que, añadido a las composiciones fertilizantes y en contacto con las bacterias del suelo, se transforma en ácido sulfúrico, y éste obra sobre los otros ingredientes del abono y, en especial, sobre los fosfatos a los que presta propiedades alimenticias para las plantas.

También será nuevo para muchos el hecho de que el azufre se emplea en la preparación de alimentos de corriente uso. Todos los productos alimenticios secos han estado sometidos a la acción del humo del ácido sulfúrico. Así las frutas secas. Y en cuanto a las almendras se blanquean con el gas que se obtiene al quemar el azufre, gas que también se utiliza para refinar el azúcar.

El azufre, o, mejor dicho, los humos del azufre se emplean para blanquear las retamas con que se fabrican las escobas, la paja para los sombreros, las plumas, el fieltro, el cáñamo para la fabricación de cuerdas y otros muchos productos. Con azufre se fijan en el suelo las grandes máquinas y las dinamos, cuya base se asienta sobre azufre líquido que, al solidificarse, asegu-

ra perfectamente la adherencia. Si se añade azufre al agua que bebe el ganado, se mantiene en buen estado de salud a los animales. También el azufre se emplea en la preparación de algunos medicamentos.

Con humos de azufre se desinfectan los barriles, y análogo procedimiento emplean los floristas para aclarar el color de violetas, orquídeas y otras flores.

Se utilizan, en fin, los humos de azufre como quitamanchas, para fumigaciones en los hospitales y para limpiar las colmenas.

¿Podríamos hacer una sola comida?

A pesar de que algunos casos que por ahí se nos muestran, los cuales nos indican, con la elocuencia del silencio, que eso del comer demasiado no reza con todos, se prosigue discutiendo si la humanidad come demasiado y si es factible suprimir una de las dos reuniones que diariamente celebramos para criticar el régimen de subsistencias.

Un filósofo de esos que les da por emborronar cuartillas cuando las digestiones se ponen más pesadas que de ordinario, dice a este respecto lo siguiente:

"En estos tiempos en que la vida está cara y el estómago se entristece de esta carestía, existen una porción de reformas que llevar a cabo, las cuales harán que el estómago sea más dichoso y la vida no esté tan cara.

Comemos demasiado. Comemos por el gusto de comer, no por llenar una necesidad; frecuentemente empezamos una comida antes que la otra esté digerida. Esta superposición de comidas ataca al bolsillo y es perjudicial a la salud; de aquí provienen la enteritis, el reuma, la neurastenia y otras enfermedades que influyen tanto en la moral de los individuos.

El estómago se puede disciplinar. No es necesario para ello que imitemos a aquellos individuos que se meten en un frasco y así pasan horas y horas contemplando tan sólo las carnes de los visitantes, sino que comprendamos cómo, poco a poco, a medida que le vayamos restando exigencias, el estómago se conformará con menos y acabará por quedarse en el justo medio que es necesario esté para no dañar a la humanidad.

En esta época odiosamente cara, ¿cuánta economía se lograría si se comiese menos! ¿Qué tranquilidad nos quedaría si nos pudiésemos sentar menos veces a la mesa! Mi propósito es fundar una liga para comer menos y hacer que cada uno tome los alimentos más en armonía con sus necesidades.

Aparte aquellos casos que necesiten, para realizar su trabajo, de determinadas calorías, los demás nos podemos sentir dichosos haciendo una sola y nutritiva comida diaria. Por la mañana tomaríamos una ligera colación, café y leche, por ejemplo, y un poco de pan, e igualmente haríamos al anocheecer.

Hacia las dos de la tarde se tomaría la comida sólida, excelente, proporcionada... A esta comida seguiría una hora de siesta y, reposadamente, la digestión estaría exenta de tomar caminos equivocados.

De este modo, al disminuir las necesidades, disminuirían también los gastos, y nosotros estaríamos exentos de gastar tanto y de que, con estos gastos, el estómago nos pusiese en condiciones tales que dieran como consecuencia ese cuadro aterrador de las enfermedades y el no menos aterrador que se presencia en muchas casas cuando es necesario hacer sumas que restan los mayores entusiasmos.

Una extraña historia de policías y ladrones

En la noche del 30 de septiembre último, la señora Jessie Woolworth, hija del fundador del famoso rascacielos, de quien heredó 50 millones de dólares, y que está casada con Mr. James P. Donahue, regresó a sus habitaciones del Hotel Plaza, en Nueva York, después de concluir la función en un teatro. Al entrar en el tocador para cambiarse de traje, advirtió que durante su ausencia alguien le había precedido para robarla.

De los estuches que guardaba en los armarios faltaban joyas cuyo valor ascendía a 750.000 dólares. Solamente un collar de perlas, todas del mismo tamaño, substraído, está tasado en dólares 250.000.

La millonaria se apresuró a llamar por teléfono al jefe de policía y le denunció el despojo.

Los agentes de la autoridad se movilizaron sin pérdida de tiempo para perseguir a los autores del delito y dieron órdenes a todos los bancos, comercios y demás establecimientos de compra, venta y depósito de alhajas para que se apresurasen a detener a quienes se presentaran a comprar las joyas.

Los agentes emplearon cuantos procedimientos la práctica, la habilidad y el ingenio de los detectives supusieron eficaces, nada lograron en su empresa para obtener el triunfo.

Entretanto, la policía particular dedicada a estos menesteres por las compañías aseguradoras practicaba de manera incansable activas investigaciones para conseguir la victoria, y con ella una supremacía resonante sobre los funcionarios del Estado.

La lucha era formidable entre los dos bandos. La prensa y el público, en todos los Estados Unidos, la seguía con vivísimo interés.

Por fin, hace pocos días, misteriosamente, presentó en el Hotel Plaza un detective particular de la sociedad aseguradora de las alhajas y solicitó ver con urgencia a la hija de Woolworth.

Después de cerciorarse de la personalidad del agente, que era mister Noel O. Scaffa, la señora Donahue le recibió en su morada.

—¡He triunfado!—exclamó el agente cuando estuvo en presencia de la opulenta dama.—Aquí tiene usted todas sus joyas.

Y al decir esto le entregó una bolsa de cuero con el collar de perlas y demás objetos substraídos.

Parece que en la entrevista de la millonaria con Mr. Scaffa, éste refirió minuciosamente a la sorprendida señora todas las peripecias del rescate de las joyas; pero nada de la conversación se ha traslucido que pueda orientar sobre los autores del delito.

Pero he aquí que la policía oficial toma cartas en el asunto y acude al fiscal Pecora en demanda de que las autoridades judiciales intervengan en este suceso, que califican de "caso escandaloso".

El fiscal, o attorney, llamó al detective Mr. Noel O. Scaffa, e invitó que revelase el nombre del malhechor o malhechores que realizaron el delito. Pero el agente ha contestado que no puede acceder a la demanda, porque a la reserva le obliga un juramento.

La policía oficial dice que Scaffa, con su silencio, encubre a los autores del robo, y, por tanto, que se le debe procesar.

El attorney Pecora, a su vez, declara que solicitará del Gran Jurado que proceda contra el agente particular si éste persiste en reservarse los nombres de los delincuentes, porque considera necesaria su detención.

CON LA COMEDIA "LOS TESOROS DE GOLCONDA", INAUGURÓ SU TEMPORADA DEL NUEVO LA COMPANIA DE CASAUZ.

Todos los años, la iniciación de la temporada del Nuevo suscita interés y expectativa, sino tanto por la nueva producción que se da a conocer, por la labor del gran comediante que es el señor Casaux, quien ha ido acrecentando sus prestigios de intérprete de año en año, hasta constituirse en uno de los artistas más populares y notables de la escena nacional.

El celebrado cómico ha llegado a la madurez de su talento artístico, constituyendo actualmente una de las figuras más representativas del teatro criollo de género grande. Las aptitudes de Casaux, desarrolladas en el curso de su carrera, han destacado en él a un intérprete de excepción, capaz de imponer con su sola labor piezas de discutible calidad.

Este año se presentó con la comedia del director artístico de su compañía, don Enrique García Velloso, titulada "Los tesoros de Golconda", en la que encarna un tipo de viejo cómico español, ya retirado de la escena, catarroso y parlanchín, dibujado con muchos perfiles de verdad por el difundido autor de "El tango en París". Pero si bien el personaje protagonista de la pieza ha sido motivo de meditado estudio por el señor Velloso, la comedia en sí, tanto por su técnica antigua, su desarrollo pesado y su carencia de fuerza cómica, no puede considerarse como un acierto ni mucho menos. La verbosidad del teatro de Velloso, visible en casi todas sus producciones, se acentúa en ésta, restando interés a la acción, que corre lánguidamente a través de tres actos poblados de episodios innecesarios que resienten la teatralidad de la comedia. Fatiga un poco la cantidad de hechos que se acumulan en torno del tema principal y que, en realidad, para nada sirven. Además, algunos sucesos resultan novelescos y los recursos de cartas que se leen en la escena y monólogos, hacen pensar en las dificultades que tuvo que salvar el autor para realizar su trabajo, toda vez que esos expedientes, por gastados, son inadmisibles en la escena moderna.

La fábula es interesante, aunque sólo verídica para las gentes que actúan en el teatro, y tanto el cómico Rafael Barbacena y Mendigorría como la actriz Estrella Golconda, son tipos muy humanos extraídos de la fauna teatral.

Minuciosa y bien detallada la interpretación de Casaux, resultó demasiado papel para la señora Palomero el de Golconda. Los demás, discretos.

La obra fué aplaudida y llamado a escena el autor.

DEBUTO DE LA COMPANIA "SARMIENTO"

Buena compañía, mala obra, sería la síntesis que podría hacer el cronista al reseñar la inauguración de la temporada oficial del teatro Sarmiento. Por lo demás, es el comentario más común que con estricto espíritu de justicia puede hacerse de la mayor parte de los debutos, desgraciadamente. Hay casos, sin embargo, en los que en vez de formular el juicio enunciado, hay que decir: malas obras y peor compañía.

El conjunto organizado por Reali para actuar con el nombre de compañía "Sarmiento" en el teatro de igual denominación, es un acertado esfuerzo en pro de la constitución de elencos compuestos por figuras de actuación destacada y de homogéneo valor artístico, capaces de tomar a su cargo con fortuna la interpretación de obras en las que intervengan diversos personajes cuya psicología y actuación escénica sea interesante y de importancia en el desarrollo del asunto.

Esta modalidad teatral, lamentablemente olvidada entre nosotros, ofrece campo propicio para la labor de los escritores que encauzan su producción en el sentido de lo que llamamos "el buen teatro", aunque sea dentro de modestos límites. Ello tiene la ventaja de que así se forman autores y cómicos en una disciplina y ejercicio bien orientado.

En lo que se refiere a los actores, pudo comprobarse lo afirmado precedentemente, en la interpretación que nos fué ofrecida de la pieza de César Iglesias Paz, titulada "La conquista", que alcanzó relieves bien definidos llegando al público en forma sumamente expresiva y eficaz. La bella producción de Iglesias Paz encantó al auditorio, que con sus repetidos aplausos tributaba su homenaje al extinto autor y su simpatía a los actores.

En cuanto a la pieza estrenada en esa función, se trata de una pochada titulada "Humahuaca 17", de la que es autor el señor J. F. Ferlini. Ocurrió con ella lo que con los mucamos que acumulan buenas referencias para disfrazar sus malos servicios. Se había dicho mucho bueno de esta pochada, pero nosotros nos limitaremos a consignar el significativo hecho de que cuando esta crónica de su estreno vea la luz pública, la obra ya la habrá dejado de ver.

Integran, como decimos, el conjunto de la compañía "Sarmiento", buenos actores y actrices y casi puede alabarse en general su actuación sin reservas de ninguna especie. Fanny Brenna, Rosario Agueda, la Duckse, Flores, Camilla, Passano y Fiorito, se comportaron con notable acierto

EL TEATRO CRÍTICA-GLOSAS - HUMORISMO -

en sus respectivos papeles, dando la impresión de su dominio en la escena y de sus grandes posibilidades artísticas.

"FRASQUITA", EN EL MARCONI

Esta dama, muy interesante por cierto, pertenece al celebrado músico vienés Franz Lehar, y nada tiene que ver con la famosa cuasi tocaya "Doña Francisquita", del eximio maestro español Amadeo Vives.

La opereta "Frasquita" fué dada ya a conocer en Buenos Aires en versión italiana, por la compañía de Inés Lidelba. Ahora se nos ha ofrecido por el elenco Soler-Vela, en el Marconi, una traducción al castellano debida a Cappenberg y Viérgol, hecha con mucho acierto y fino.

La interpretación de esta opereta ha sido muy ajustada por parte de la compañía Soler-Vela. Pierrette Fiori interpretó con mucha gracia y desenvoltura el papel de protagonista, arrancando muchos aplausos al público. Entre los demás elementos merece citarse la actuación de Teresa Arce, José Vela, Ureta y Garrido.

EN BUENA MARCHA

La brillante iniciación de la temporada del Apolo, a pesar del escaso mérito de las piezas estrenadas, se ha traducido en un continuado éxito de público. Casi a diario se ve llena la sala y los aplausos menudean que es un contento. Ello se debe a la labor de los populares actores Arata y Morganti, con el complemento del conjunto que acandilaban, el que ha resultado muy del agrado del público. Por ahora parece que no preocupa a la compañía la preparación de nuevas obras.

DEBUTÓ MUÑO EN EL BUENOS AIRES

La primera temporada que efectuará el popular actor Enrique Muñoz en el Buenos Aires sin la colaboración de Alippi, ha sido inaugurada con el mejor de los éxitos.

Muñoz atrajo a su aula un público entusiasta, que le brindó cálidas manifestaciones de simpatía y que aplaudió las dos piezas nuevas con que se cubrió el cartel la noche del debut: "Un caballero y un ladrón" y "También yo carrero fui", de las cuales, con más tiempo que ahora, nos referiremos en otra edición.

REABRIÓ SUS PUERTAS EL NACIONAL

El teatro más popular de género chico criollo, también entró en funciones tras corto receso, inaugurando su undécima temporada con los estronados de "Donde cantan los zorzales", sainete de Alberto Vacarezza y la pieza de O. Martínez Payva, "El rancho del hermano". Ambas producciones fueron muy celebradas por el público que colmó la sala de Caracalvo desde la primera sección.

En otro número daremos nuestra impresión de dichas obras, que por la acogida de la primera noche, parecen destinadas a largo cartel.

BLANCA PODESTÀ PREPARA SU DEBUT

La compañía argentina de dramas y comedias que encabeza la estimada actriz señora Blanca Podestà, ha comenzado los preparativos para iniciar su temporada, que este año realizará en el Liceo.

Como anunciamos en otra ocasión, será obra de debut "La danza del fuego", drama en tres actos de Luis Rodríguez Acasuso, autor que registra buenos éxitos con esta compañía.

ELENCO DEL PORTEÑO

Para fines del corriente mes, se anuncia la inauguración de la temporada de revistas que se realizará en esa sala y que promete ser tan interesante como las anteriores.

He aquí los elementos que constituyen la compañía:

Primeras "vedettes": Irvin Sisters (del Moulin Rouge, de París), Iris Marga, Carmen Lamas, Sarita Watte y Marialde; "vedettes": Encarnación Fernández, Lidya Campos, Amanda Falcón, Inés Murray y Carmen Castex; bailarinas clásicas: Aída Ollivier, Bebe Reynolds, Esther Quiroga, Pepita Venus, María Nerone y Lucy Morán; bailarinas: Juana Farías, Argentina Cardoso, Mary Douglas, Tita Morales, Teresa Morales, María Maza, Olga Reyes, Carmen Sanguinetti, María Luisa Ventura, Baby Dalton, Esther Rada, Juanita Farmer, Nélida Borelli, Guillermina Lalanne, Esther Gómez, Ludy Clayton, Margarita González, Elisa Zarone, Aída Giordano, Luz Supervia, Amelia Padrón, Marta Dorys, Tita Neri, Olga Valdez, Eugenia Miles, Livia García, Clara González, A. de Labar, Elma Lucas, Raquel Naschell, Rosa Antelo, Marta Mendietta, Pilar Serra, Esther Durand, Bety Rufino, María Luisa Rosolen, Ana Loten, Sara Galdani, María Angélica Farías, Teresa Supervia, Etel Gilbert, Carmen Rivera y Marta Swanson; 16 Jack London Girls (bailarinas acrobáticas y

excéntricas): Elsie Silvester, Cassy Bayand, Enid Hill, Dorothy Green, Nelly Benson, Winnie Hare, Nora Smith, Betty Hare, Vera Napier, Geraldine Spear, Rhoda Mac Auliff, Bebe Stewart, Bay Edwards, Babe Abby, Pat. Mac Canley y Daphne Hill; primer actor cómico, Leopoldo Simari; actores: José Arias, Juan Porta, Tito Luisiardo, Marcos Caplan, Pablo Cumo, Eduardo Martínez, Régulo Rojas, Antonio Masi, Pablo Dumeni, Felipe Maciel, L. De Labar; fantasma: José Bohr; tenor, Augusto Gentili; barítono: Juan Andrade; director de escena: Roberto Fontalna; maestro director de orquesta: Ermanno Andolfi; otro maestro: S. Liska; coreógrafo: Eladio Alonso; "regisseur": Armando Rial; modelista: Muñoz Mora; "costumier": José Machado; apuntador: Eulogio Gutiérrez; jefe de máquina: Arturo Boggi; jefe electricista: Alejandro Biaggi; Escenografía de José Tarazona.

PARRA REAPARECERÁ EL 26

Con la pieza cómica "De Mar del Plata a Sevilla, a bordo de una barquilla", original de Parravicini, reaparecerá el 26 del actual el popular bufo y su compañía, ausente del escenario del Argentino desde que terminó la temporada de 1924. Hay gran expectativa por ver de nuevo junto a las candelillas a nuestro máximo artista cómico, que tiene todas las simpatías del público porteño, que seguramente saludará su reincorporación a la escena con sostenido aplauso.

LISTO... ¡PIV!

Ya está completamente alistado el elenco de la compañía Ratti y todo preparado para el debut que tendrá lugar pasado mañana, en el Smart, siempre que circunstancias imprevistas no obliguen a modificar esa fecha. La presentación de Ratti es esperada con interés por los numerosos admiradores que él y su hermano Pepe tienen entre el público.

Constituyen la compañía los artistas cuyos nombres figuran a continuación:

Actrices: Celia Cordero, Emma Martínez, Enriqueta Mesa, Teresa Plaggio, Aída Sportelli, Mary Rose, Violeta Cervetti, Angélica Pasquetti, Marta Lagos, Alicia Santa Cruz y Carmen Suly.

Actores: César Ratti, Pepe Ratti, Mario Cullen, César Mariño, Gregorio Guadalupe, Vicente Porastieri, Rogelio Martínez, Eduardo Genovese, Juan Rossi, Ricardo de la Villa, Italo Sportelli, Raúl Fernández, José Alvarez, Eliseo Bermúdez, Alejandro Rodríguez, Raúl Seckel y Severino Lento.

El cartel inaugural constará de dos obras inéditas, las tituladas: "¡Qué noche de bodas!", historieta nupcial de Alejandro Berruti, y "Por mi Dios y por mi dama", farsa cómica en casi versos, original de Eleodoro Peralta. En ambas tendrán papeles comiquísimos los hermanos Ratti y las figuras de mayor significación del elenco.

REVISTAS Y SAINETES LÍRICOS

Oportunamente dimos a conocer la composición de la compañía nacional de revistas y sainetes líricos que efectuará este año la temporada oficial del teatro de la Comedia. Como dijimos, el debut tendrá lugar en esta segunda quincena del mes con las piezas "La primera sin tocar" y "Morrifa... Morrifa mía".

Es fácil que en el próximo número podamos ocuparnos del debut, dada la actividad que hemos observado en los preparativos.

TEATRO INQUIETANTE

Leemos en los anuncios del teatro Ideal: "Compañía argentina de teatro dramático. — Teatro de vanguardia, teatro realista, gran guignol." Después de leer esto a cualquiera se le ponen los pelos de punta y se imagina que la temporada del Ideal va a ser algo desopilante, abracadabrante, horroso y peripatético. Así sería si no nos tranquilizara el ver al frente de la compañía una figura prestigiosa y de responsabilidad artística como Enrique Arellano. Para mayor seguridad del público damos a continuación la lista de los componentes del elenco:

Actrices: Carmen Lemus, Aurelia Ferrer, Margot Segré, Mina Segré, Marija Royo, M. Jesús López, Mary Dornal, Nélida Guerrero, Rosa Soriano, Blanca Ferrer, Marta Varola y Josefina Barroso.

Actores: Enrique Arellano, Argentino Gómez, M. Gómez Bao, Héctor Hugazio, Carlos A. Casselli, Marino Seré, Ricardo Cerebello, Ricardo Palombo, Juan Masatelli, Alberto Méndez, José Miraglia, Emilio Romero, Alberto Rodríguez.

Durante la semana en curso ha de producirse la inauguración de esta inquietante temporada y ello nos hará salir de dudas.

JUAREZ-SANJUAN

Se anuncia para mañana la reaparición de la compañía Sanjuán en el Mayo, con la

incorporación del popular actor Rogelio Juárez y de la distinguida actriz Concha Abaroa. La presentación deberá tener lugar con "El rayo", de Muñoz Seca, a la que seguirán los siete estrenos de las obras cuya exclusividad tiene esta compañía y que son las siguientes:

"El sonámbulo", de Muñoz Seca y Pérez Fernández; "Lo que Dios dispone", de Muñoz Seca; "¡Hijo de mi alma!", de Sinesio Delgado; "La niña bien", de Plafil y Candela; "Abarragoitia y Salambochurreta", de los mismos autores; "El as de los inquilinos", de Martínez Olmedilla; y "Málaga, ciudad bravia", de Ruiz Aguirre.

COSAS DE MÉJICO

Prosigue con gran éxito la temporada de arte mejicano en el Avenida, bajo la graciosa dirección de la simpatísima Lupe Rivas Cacho, que es lo más interesante del conjunto y de lo mejor que pueda haber en Méjico.

"LA NOCHE EN EL ALMA"

Tal es el título de la pieza de Vicente Martínez Cuitiño que estrenará la compañía de Camila Quiroga en el Ateneo, a principios de abril, al comenzar su temporada oficial. Se tiene confianza en la obra del aplaudido dramaturgo uruguayo, radicado entre nosotros.

AL PASAR

—En el diario dijo que iba a revelarse una actriz.

—Y se rebeló el papel.

—¿Sabes cuál es el peor de los diez actos que tiene el autor X para estrenar este año?

—No.

—Pues el acto de escribirlos.

—El autor Fulano dice que ha escrito una obra en colaboración con un novel, a quien atribuye grandes talentos.

—Es una manera teatral de calificarse a sí mismo de talentoso.

—¿Te gustó "Los tesoros de Golconda"?

—Me habría gustado, si se hubiese estrenado en 1906.

—¿Quienes fantasean más cuando hablan de cosas de teatro? ¿Los autores, los cómicos o los empresarios? (Se reciben soluciones.)

Entre la Opera y el Porteño, salas situadas una al lado de la otra, se va a producir este año una competencia formidable, parecida a la de dos bazares de la calle Pellegrini. Y es que, sin exagerar, bien puede calificarse de bazares humanos o, mejor, femeninos, los elencos de revistas.

VIEJAS NOVEDADES EN EL MAIPO

De tales pueden calificarse las revistas "Labios pintados" y "Abajo los hombres", que han sobrepasado las doscientas representaciones sin que el público deje de aplaudirlas todas las noches como novedades del día.

El Maipo es la única sala que no interrumpió su funcionamiento desde enero de 1925 y que ha llegado al 1926 con el mismo brío exitoso, si cabe la expresión, de la época del debut.

Para fecha cercana, se viene preparando el estreno de la nueva revista "Lo que gusta a las mujeres", de Cayol, Cairo y maestro De Bassi, con la que se incorporará a la compañía el parodista Rafael Arcos, bien conocido del público.

Además, está en viaje rumbo a esta capital, la "troupe" Beautiful New Amsterdam Girls, constituida por nueve "girls" y que se presentará en el Maipo a principios de abril.

CASINO

Muy interesante el cartel de esta sala de espectáculos variados, siempre concurrida. Uno de los números que más gusta al público es Les Samber, acróbatas que ejecutan arriesgados ejercicios y trucos emocionantes. Son también aplaudidos Okito, Felito, Halifax y Lolita Benavente, simpática artista.

GRAND SPLENDID

Marzo es el "principio del fin" del verano y apenas entra este mes, se producen las inauguraciones de las nuevas temporadas en las salas de espectáculos teatrales y cinematográficos.

El Grand Splendid aún no ha anunciado su "season" de 1926; pero el público selecto que ha terminado su verano, constituyéndose en la sala, casi puede decirse que ha anticipado la inauguración. Bellas películas cubren noche a noche el cartel y las familias salen satisfechas de las funciones.

CAPITOL

Numeroso público selecto concurre a este hermoso cine, predilecto de mucha gente conocida en los círculos mundanos. Los programas cotidianos ofrecen notables películas, anunciándose bellos estrenos para esta semana.

Renee Adoree



Estrella famosa del cine, nació en Francia y vino a Norte América en su más tierna edad. Desde modestos comienzos se ha elevado a la fama internacional como estrella del arte mudo en la Metro-Goldwin-Mayer y recientemente ha alcanzado un éxito enorme en "Hombre y Doncella", de Elinor Glyn, y en "El Bandolero", una vista española.

Para todos los tipos de belleza, para toda clase de cutis, el polvo Leichner es el mejor. Se adhiere delicadamente a la piel y existe en todos los tonos de moda. No olvide que los cupones contenidos en todas las cajas de Polvo Graseoso Leichner son canjeables por valiosas joyas.

POLVO GRASEOSO LEICHNER

Tonos: blanco, rachel, rosa, natural y ocre rosado. En venta en todas las farmacias y perfumerías.



Usted necesita vitaminas para su salud

Empiece cada día
con un vaso de leche
pura y Galletitas
Digestiva.

Haga de cada día
una jornada activa
y enérgica.

Las vitaminas constituyen la parte principal de los alimentos. Es un elemento esencial y vital tan necesario al cuerpo humano como la chispa al motor. Despierta las energías, vigoriza el organismo y mantiene en buena salud.

No obstante, la proporción y calidad de vitaminas en los alimentos, varía siempre. La vitamina del trigo, por ejemplo, una de las más eficaces y poderosas, está contenida en la misma cáscara, que es lo que generalmente se separa del grano.

Pero Bágley, teniendo en cuenta esta necesidad vital, elabora sus ya famosas Galletitas Digestiva con trigo entero, es decir, hasta con la cáscara plena de tan valiosa vitamina. Por eso los médicos las recomiendan a niños y adultos y, especialmente, a los delicados de estómago.

Pregunte a su médico

Galletitas
Digestiva
Bágley

